

ADELINA MÉNDEZ FUNES DE MILLÁN

# RÍO NATIVO

LIBRO DE LECTURA PARA  
6° GRADO



JACOBO PEUSER, LTDA.  
EDITORES

PRECIO \$ 1.50

RÍO NATIVO

ADELINA MÉNDEZ FUNES DE MILLÁN

---

*U. R.  
E. N. de E.*

# RÍO NATIVO

---

LIBRO DE LECTURA PARA

6° GRADO

29316



*128 x 184*

BUENOS AIRES

TALLERES S. A. CASA JACOBO PEUSER, LTDA.

1931

## PRÓLOGO

He querido dar a estas páginas el sabor de lo nativo: tienen ellas, a veces, el murmullo del aire agreste que entre los montes se desliza, otras el retoque de la vida ciudadana, muchas el aroma provinciano. «*Río Nativo*» he llamado a este conjunto de notas nacionales, porque sólo el río brota de las neveras o de las peñas abruptas — ya cristalino y manso, ya hirviente y fangoso, — y se aleja cruzando llanos, fertilizando campos, desmoronando barrancos, mudando las sendas, y al atravesar el territorio, de uno a otro lado, copia todos los paisajes del suelo nativo, murmura todas las leyendas de los tiempos lejanos.

Así este libro, copia en sus páginas muchos aspectos nacionales poco conocidos; pone de relieve idiosincrasias de los pueblos tierra adentro; relata creencias y estados espirituales, germen ancestral de la raza autóctona, y que la civilización borrarán con el tiempo; revela riquezas y amplios horizontes, muy nuestros, sin descender a la descripción geográfica, y hace sentir la manera de pensar y *hablar* de los pueblos interiores.

Como el río deja limo fecundante en su veloz carrera, así ha de dejar «*Río Nativo*», al murmurar sus relatos, un conocimiento de cosas y lugares distantes unos de otros, aunque nacidos bajo un mismo cielo y embellecidos por el mismo suelo.

Como dedicados a estudiantes de años superiores, no he vacilado en copiar el lenguaje campesino en los diálogos o descripciones hechas por gente de campo. Conocer las costumbres y el lenguaje de cada región del país, es conocer la patria. Y si en el teatro y en bellas obras literarias, cada país introduce el lenguaje típico de cada región, y en el nuestro el habla pintoresca es empleada profusamente por nuestros autores, no he creído oportuno quitar el sabor propio a cada asunto que lo ha demandado.

He transcripto, por creerlos necesarios, trozos de bellísimas obras argentinas, que los alumnos leerán con placer.



## RÍO NATIVO

¡«Río Nativo», ancha corriente de los recuerdos!  
¡Nuestra anhelante mirada absorbes!  
¡De tus ondas resurgen las leyendas del tiempo  
De la indiada bravía y los malones!

De tus ondas resurgen las leyendas heroicas  
Y los gritos salvajes de los indios...  
¡Cómo agrandan tus aguas rumorosas  
Aquellos tiempos idos!...

Gigantesca, la patria, en tus orillas  
Levantóse después  
Junto al sauce y la selva florecida...  
¡Oh río, río amigo, evocador y fiel!



PRIMERA PARTE





## NOBLES AMIGOS

Alamedas y saucedales flanquean los canales y los ríos correntosos y crecen a lo largo del camino, formando tupidas barreras.

¡Álamos y sauces, añosos, corpulentos!

A la vera de la acequia — curioso o melancólico, — el viejo sauce, de tronco resquebrajado, se inclina para mirar en la linfa su encrespada y abundosa cabellera.

A su lado — inseparable compañero, — el álamo, altivo y enhiesto, de elegante ramaje, receloso se empina, avizorando la intención de las aguas rumorosas que, insinuantes, arrastran los crespones de los sauces.

¡Heráclitos y Demócritos de los campos de mi tierra, álamos y sauces! Altivos como los criollos; sufridos cual todos ellos; *como carne de perro*, brotan donde los plantan.

El hacha cruel los derriba. Arden los troncos en el horno campero; pero queda un palo de palenque, un horcón afirmando la batea de la criolla, un *pie de gallo* en el río y al llegar la primavera, de aquellos pobres despojos, tímidamente primero, resueltamente después, brotan las copas lloronas de otros sauces o el tupido varillaje de otros álamos.

---

¡Álamos y sauces renacientes de una estaca abandonada!

Sois la vida victoriosa; la que surge, la que alienta de sus mismos despojos. Encarnáis la vida, siempre hermosa, de los espíritus, acaso doblados por invencibles fuerzas, pero no vencidos.

Os amo por eso por nobles, por sufridos, álamo altivo y enhiesto, sauce añoso y taciturno, árboles predilectos!

## SERRANA

Ya estamos en plena serranía.

Es fuerte la repechada y el auto asciende velozmente.

El camino serpenteante absorbe la atención. A un lado la barranca cortada a pico, el precipicio; al otro, el granítico cerro de empinada falda.

Como distribuidos en el erizado terreno de las laderas, recios cactus, equidistantes, parecen gigantescas quillas, abandonadas al comenzar el interesante juego, esperando aún quién sabe qué legión de ignorados jugadores.

Rocas estratificadas, volcánicas, monolíticas; peñas negruzcas, verdes, amarillosas, rojizas, todas presentan formas irregulares, raras, humanas a veces.

En «*El paso de la Muerte*» hacemos alto.

Descendemos. A las diez de la mañana, sol de un día espléndido. Reverbera la tierra blanquizca; las rocas se abri llantan; la pupila, ávida, se embriaga de luz y de colores...

Cerros al frente, a la espalda, a derecha e izquierda, intercalados, aislados, agrupados, disgregados. Rocas en todos ellos; rocas desgarradas, hechas añicos, partidas, truncadas.

¿Qué cataclismo horrísono elevó estas moles?

¿Qué soberbia incontenible sacudió las tierras indomables?...

La obsesión nos domina.

Estos peñascos no fueron siempre granito. Seres humanos pululaban aquí cuando estalló en hervor bramoroso la entraña de la tierra...

Aquellos tres monolitos oscuros, aislados, inclinados, sosteniéndose mutuamente, semejan frailes con la negra sotana. Hermanos en la vida, hermanos en la muerte.

Allá chiquillos dispersos; allí, cabezas separadas del tronco, ojos inmensos, de mirar espantado; manos abiertas, brazos levantados cual en trágica imploración.

En esotro montón informe, aquellas dos han querido saltar, con salto de tigre, sobre las demás personas para salvarse, al sentir el terrífico estruendo, y quedaron así, petrificadas.

Y esta amplia sierra, ¿no es un anfiteatro donde vemos aún, claramente, miles de seres agrupados, sentados unos, de pie otros, atentos todos al espectáculo? Las filas apretujadas, apiñadas, de individuos escalonados en tres grupos, fueron sorprendidas por aquel caos.

Ahí están: son formas humanas que velan, inmóviles, desde tiempos milenarios... , mientras los campos cercanos se cuajan de pueblos, se cubren de verdes pámpanos.

Desde la altura contemplamos el camino, serpenteante entre cerro y cerro. Se nos antoja el camino de San Gotardo, traído a los primeros contrafuertes de los Andes.

A lo lejos, entre un azul como de niebla marina, cual palomas, las casas de San Rafael, cercadas por cuadros de verdor.

Y mientras el auto regresa, el sol poniente blanquea los cerros, amarillea el camino; en las hondonadas, un haz de luz, un chorro de luz rojiza, pone su tinte vivo sobre las cumbres de las últimas lomadas...

## COLUMBINA

La tarde acentuaba el tono hosco de sus velos. En el poniente fulguraba Véspero, cual enorme solitario en enjorado azul. Era la hora calma del recogimiento, la hora del *Angelus*.

Fué en ese instante de paz, en ese silencio del estival crepúsculo: se oyó cual simultáneo silbido de innúmeras pitones en el bosque, y ondulantes, rabiosas, malvadas, las sierpes del incendio se vieron desde lejos elevarse flamígeras y rojas.

Y lanzaban aullidos de diabólica alegría al introducirse entre los maderos y virutas, que volaban por los aires convertidos en levísimos, deleznablez trozos ígneos.

Espeso, lento, negro, cual si fuera el alma misma de las cosas, enlutada por la destrucción, alzóse el humo del corazón potente de aquella fábrica.

Crujía el maderaje; gemidos de herrajes acompañaban el desplome de los techos, el desgarró y derrumbe de las tapias.

Junto a la fábrica, convertida en hirviente fragua, estaba el palomar, donde gorgoteaban muchos albos, muchos grises pichones. Cesó el arrullo de los machos; las palomas, queriendo proteger los nidales, se achicaron más y más. Pero, ¿qué puede el amor, qué la inocencia, contra los elementos desencadenados? ¿Qué pueden contra el mal? Llegaron las llamas, adelgazándose, sutilizándose, para alcanzar, por las rendijas, hasta los nidos. . .

Cayó como una masa el palomar. Las madres, entonces, en el instinto de conservación, se elevaron por arriba del fuego y huyeron. Mas fué sólo un instante: en seguida una,

dos, diez, en bandada, con vuelo lento rodeaban la inmensa hoguera y enfilaban al lugar adonde estuvieron los nidos. Lamíanlas las llamas y una a una caían, quemadas las alas.

Una sola, una paloma blanca, blanquísima como su puro amor materno, cruzó una y otra vez la espesa columna de humo, en busca de sus pichones.

Entre el gris y el rojo del incendio se destacaba el albor de su plumaje y llenaba de congoja el corazón la dolorosa ansiedad de su vuelo. Hasta seis veces consiguió volar en torno a la hoguera. A la séptima vuelta intentó descender. El dolor, la fatiga, el calor sofocante, la fuerza brutal del voraz elemento la abatieron y cayó entre las llamas, quemadas las puras alitas.

Cuantos habían desviado la mirada del incendio para seguir en su ansiedad al ave, en vano pretendieron ocultar el contraído semblante. Cada garganta se sentía fuertemente atenaceada.

Aquella paloma quejumbrosa y anhelante, aquella avecita en doloroso empeño por arrebatarse su nido a las llamas, ¿no nos dice que no es absurdo pensar en un alma de los animales?

## UN VIAJE A PARANÁ

Una tristona mañana nos despide. Sueltan amarras y el vaporcillo se aleja... , mientras se agitan los pañuelos en la borda y en la dársena.

A poco de pasar la isla de Martín García entramos en pleno delta, entre la selvática espesura de las orillas y una sensación de soledad que, despacio, despacio, va infiltrándose en el ánimo...

Rumorea el agua bajo la presión de las máquinas, único ruido en el silencio cada vez más grande. Nuestros ojos, quitados ya de edificios y de cosas fatigosas y pesadas, empiezan a entrever el panorama inmenso, la naturaleza salvaje, aislada, sola en su grandiosidad incomparable. Y el aire cargado de pureza, el cielo, despejado del todo ya, y no sé qué ambiente de sugerencias vagas, nos trasladan de improviso a una región ignota y a un tiempo más ignoto aún...

La alegre campana que llama a la mesa quita nuestros sentidos del cielo y de las aguas...

Entramos al comedor. ¡Allí son las charlas y el reír bullicioso! Pero, una vez concluído el almuerzo, nos arrancamos de toda compañía, y otra vez frente a frente con el cielo y con las aguas, nos hallamos fuera de las cosas, fuera del tiempo...

Desfilan ambas márgenes con su tropelía de selvas y sus flancos de sauces llorones... A veces, en un claro, una habitación lacustre nos indica la presencia de un isleño. ¡Vida agreste, si las hay! ¡Vida selvática, gozoza de libertad, de raudales de libertad recibidos en la onda indómita y en el susurro del bosque! ¡Vida empapada de la amplitud de los

cielos y el imponente silencio de los soledades!... ¡Sólo el canto de las aguas y el murmullo de las selvas!... Y una música, dulce como otra ninguna; los gorjeos y las quejas, llenas de ternura, de los pájaros maravillosos de estas orillas, pájaros a los que yo llamaría pájaros poetas...

Una canoa, plácida, navega a la par nuestra. Otra, más allá. Y el sol comienza a ponerse, como un disco de fuego, en medio de las aguas... Un rato más y toda luz se apaga...

Antes de recogernos volvemos a la borda, como atraídos por esta fuerza irresistible que nos ha tenido imantados toda la tarde.

No se ve nada, sólo la luminosidad lejana de un pueblecillo que se queda atrás... Después, otro, que se va acercando... Ya lo pasamos... Y así, hasta que dejamos a nuestras espaldas el último punto de la provincia de Buenos Aires: Villa Constitución. Y entramos en la noche cerrada, en la gran noche, que como una boca de lobo nos abre su garganta, hecha un río, y sus mandíbulas hechas de una arboleda prieta y misteriosa...

La sucesión de las luces ha quedado, imborrable, en nuestros ojos, en una estela de lejanías y de grandezas que poco a poco se van empequeñeciendo... Pueblos vistos desde lejos, en la obscuridad de la noche, como un punto apenas perceptible... Y todos ellos, como buscándose unos a otros y buscando un amparo junto al río, hacinados en manojo para no perderse en la vastedad de la tierra abierta a todos los caminos... ¡El hombre buscando la protección del hombre contra todas las fuerzas de la naturaleza!

Al otro día, muy de mañana, llegamos a Rosario. Ya no se ve tanta selva. Grandes barrancas van supliendo su verdor, cada vez más escuetas y peladas. En la costa de Entre Ríos, sin embargo, persiste siempre la confusión de umbrías y ramajes.

El río, anchuroso, sereno, lleno de majestad, trae a nuestra mente una gran evocación: Gaboto. Este es el río y estas son las mismas barrancas exploradas en aquel entonces, tan distante ya de nuestros días.

Parajes soledosos, que habrán sobrecogido en más de un instante los valientes ánimos de los que tan lejos de la patria se lanzaran...



Más allá, en la provincia de Santa Fe, pasamos el pueblo de San Lorenzo, cuyo histórico pino se divisa desde el río. ¡Patria, patria esta, llena de recuerdos en todas las vueltas de sus caminos!

Pasamos, después, bajo un sol ardiente, por la ciudad de Diamante, y aquí evocamos «el pasaje de un gran río por un gran ejército»...

¡Urquiza!... ¡Figura que surge, agrandada, sobre la masa compacta de sus soldados!...

Pero..., estamos llegando ya. Plena siesta. Paraná dormita, bellamente recostado al frescor de la corriente... Atracamos al puerto y los abrazos y apretones de mano nos arrancan de este viaje que yo diría soñado.

## FLOR DE TUNA

Hermosa y perfumada cual ninguna  
se yergue en su jarrón la flor de tuna.

Anoche me la trajo un buen muchacho,  
hecha gloria de luz como un penacho.

Ella tiene del valle los portentos  
y sacó su hermosura de los vientos.

Y al mirarla parece ser la sierra  
que, hecha nuncio de paz, baja a la tierra.

¡Qué prodigio más grande hay en su entraña!  
¡Tiene todo el fulgor de la montaña!

Sostenida por rojo carapacho,  
bien parece el airón de algún picacho.

Y al abrirse en la luz de su blancura,  
es su cáliz sol de oro y nieve pura...

Palidece la rosa en los jardines  
y apocados se esconden los jazmines.

La magnolia repliégase en su broche,  
y hay llanto de lirios en la noche.

Suspirando se agacha la azucena,  
como reina vencida por la pena,

y en el vasto recinto de las flores  
hay un salmo de quejas y dolores...

¿Qué motiva esta triste despedida  
a las glorias triunfales de la vida?

¿Por qué cesa el concierto milagroso  
que era mágica luz y fiel reposo?...

Yo no sé, pero pienso que encantada  
me llega entre sus pétalos, bordada

al claror vagaroso de la luna,  
el alma de la sierra, flor de tuna!...

RICARDO TUDELA

(Argentino)

## EL DERECHO A SER ARGENTINO

«Nos, los representantes de la Nación Argentina, reunidos en Congreso General Constituyente, por voluntad y elección de las provincias que la componen y en cumplimiento de pactos preexistentes, con el objeto de constituir la unión nacional, afianzar la justicia, consolidar la paz interior, proveer a la defensa común, promover el bienestar general y asegurar los beneficios de la libertad para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino, invocando la protección de Dios, fuente de toda razón y justicia, ordenamos, decretamos y establecemos esta Constitución, para la Nación Argentina.»

Tal es el hermoso preámbulo de nuestra Suprema Ley, tal reza esa primera página, y tales las declaraciones y derechos que han convertido a este país en centro de mira, en puerto de bonanza, vislumbrado como un ideal, por y para los hombres libres; por y para los hombres de grandes y nobles aspiraciones, de energías potentes; de los trabajadores bien intencionados y de los espíritus selectos y fuertes.

*Constituir la unión nacional, afianzar la justicia, consolidar la paz interior, proveer a la defensa común*, fué el anhelo de los constituyentes del 53, para borrar las huellas de la pasada anarquía y para convertir en bella realidad los sueños de los hombres de 1810, 1816 y 1825.

Justicia, no venganzas; paz interior, no acatamiento servil a cualquier dominación, sino la unión de todos los argentinos en defensa de sus libertades, en propulsión de los ideales y de su prosperidad; el bien de todos por el legal ejercicio de aptitudes conducentes a la riqueza colectiva.

¡Libertad para nosotros, los argentinos, *para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino!*

Sí; el trabajo redentor llama a los extranjeros, que se convierten pronto en hijos de esta ubérrima tierra, la cual tiene para todos mieses de oro, ganados prolíficos, bosques seculares. Para todos los hombres del mundo que llamara Rivadavia, el primero, y que señalara Alberdi en su aforismo: «*Gobernar es poblar*».

Aquí está para todos, fértil y generosa. No necesitan los hombres de otras tierras llegar a ésta con desalientos o rencores estériles, con enfermizas ideas o airadas protestas, no. No caben en este suelo, por el mismo espíritu de sus leyes, ni envidias, ni rencores, ni desalientos, ni ideas de sectas destructoras.

Aquí el brazo fuerte golpea una tierra que da ciento por cada semilla arrojada al surco; aquí el cerebro sereno y fecundo recoge bienestar por cada buena idea sembrada y cada gota de sudor honrado se convierte en oro que permite un tranquilo vivir.

Los que pretendan riqueza improvisada, los que miren envidiosos la fortuna de los elegidos, con pensamientos tétricos amargándose la vida, para éstos no puede ser nuestro país, que llama a sí a *los hombres de buena voluntad*; cuyas leyes son amplias y terminantes y les señalan ámbitos abiertos a todas las esperanzas, a todas las aspiraciones.

El derecho a ser argentino reclama amor al trabajo, buena voluntad, respeto a la humanidad y un respeto sacrosanto a las leyes.

## ORACIÓN

Tiempo que vas pasando como un río  
Junto al árbol tenaz de la ribera,  
Linha constante de agua pasajera:  
Yo soy un árbol de tu cauce umbrío.

Caen las hojas secas en las aguas,  
Y al dejar el nostálgico ramaje,  
Se van para un quimérico viaje  
Con el lento bogar de las piraguas.

Y al promediar la noche taciturna,  
Baja una estrella en medio de la fronda,  
A esconder sus tesoros en la onda,  
Como una blanca náyade nocturna.

Pasa la vida lenta, hora tras hora,  
Y en la noche de invierno sólo queda  
Un fantasma callado en la arboleda,  
Y en el agua una estrella tembladora.

Yo te daré todo el follaje mío;  
Guárdame hasta la hora del invierno  
La fiel estrella del amor eterno,  
Tiempo que vas pasando como un río...

RICARDO ROJAS  
(Argentino)

## LA BLANCA TEJEDORA

Albertina se arrellanó en mis faldas, y, mimosa, pidió:  
— Cuéntame un cuento.

La besé en los ojos y le referí:

— En los atardeceres de verano, cuando el sol tramonta los Andes, en el profundo silencio del crepúsculo, me has sorprendido, más de una vez, atisbando el poniente.

Cuando la bruma serrana pone velos en los montes y en los valles, en las arboledas y en las hondonadas, voces extrañas se escapan de las rocas y de las laderas, y llegan a la llanura en ecos levísimos, tan leves, que no alcanzan a turbar la imponente quietud vespertina.

Esos ecos montañeses trajeron a mí la historia de la blanca arañita que días pasados observaras en las sierras, entre las rocas brillosas de mica...

---

Van corridas más de dos centurias.

Al pie de lejanas montañas, en un verde vallecito regado por el río Atuel, se alzaba una ranchería, cuya veintena de diseminadas chozuelas de adobes, vista desde las alturas, no desemejaba de los achaparrados matorrales.

Una buena mujer, llamada Ramona, vivía en uno de esos humildes ranchos, con tres mozueros y la pequeña Clarisa.

La viejecita, menuda, magra, muy trabajadora, mantenía la familia vendiendo hermosos tejidos en telar. Con lana de guanacos y vicuñas fabricaba telas finísimas, que igualaban la seda; teñíanlas vivísimos colores y adornábanlas labores maravillosas.

Afamadas eran por su belleza las telas tramadas por doña Ramona. En las extensas regiones del oeste y sur argentinos y hasta en Chile, cristianos e indios ricos adquirían los renombrados trabajos.

Era tan activa la mujercita que, levantada al alba, antes que la luz sonrosara la nieve de los Andes, por dos veces ya había desatado y atado el envolvedor de su rústico telar.

A su lado, en el suelo, un hornillo con *charamuscas*, hacía borbolar el agua en una pava de hierro. Y mientras tramaba la tela, de vez en vez, chupaba el infaltable mate.

Así pasaba los días y los años, siempre paciente, siempre bondadosa y fuerte en el trabajo y en la pobreza.

Cuando Clarisa cumplió seis años, inicióla en aquella industria casera. La chiquilla, blanca, muy blanca y colorada cual manzana, tenía ojos grandes, renegridos, de mirar fuerte, labios rojos, voluntariosos. Muy desarrollada, pronto se vió convertida en una hermosa jovencita de evidente origen andaluz.

Hasta los diez años ayudó Clarisa en el hilado, urdido y tramado de las bellísimas telas, fuente segura del relativo bienestar disfrutado en la casuca. Pero después, odió el telar. Aquellos cuatro palos torcidos de chañar, plantados bajo el emparrado; aquellos tientos que ataban los envolvedores, lastimando las manos; aquellos millares de hilos cruzados, en un ir y venir trastornante, la enfurecían.

— ¿Tejes, Clarisa?

La joven golpeaba con la pala para engañar a la madre.

— ¡Teje, Clarisa! — ordenaba, suplicante, la pobre viejecita.

— Estoy cansada — pretextaba aquélla.

— Aprende a tejer, Clarisa, que yo he de faltarte pronto — con amargo acento repetíale una y mil veces la buena mujer.

Y solía enjugar los ojos viejos, pobres ojos, cansados en el trabajo, agrisados por los años.

La muchacha, tan linda como mala, despreciaba los consejos de la madre y la ocupación salvadora.

La lucha entre la previsión y la pereza, el trabajo y la soberbia, duró varios años. Cuando Clarisa cumplió diez y siete primaveras, sentimientos de rebelión se infiltraron en su espíritu...

---

Ramón, Belidoro y Lindor, los hijos mozos ya, se fueron a probar suerte en la ciudad de Mendoza. Habían llegado



hasta ellos las maravillosas noticias de aquella remota ciudad, situada a la margen del Mendoza, y, ante la perspectiva de hallar lucrativa ocupación, no trepidaron en abandonar el hermoso rincón nativo, eternamente tranquilo. Y en un atardecer de estío, cuando el sol poniente enrojecía las blancas nubecillas navegantes en un cielo añil, ribeteándolas con hilo de oro, abrazaron apesadumbrados a la querida anciana y partieron los tres, que no es la paz inmutable del villorrio natal la que dará prosperidad en la vida.

La tristeza de Ramona aumentó; muchas veces, desde entonces, pudo vérsela suspender la tarea y quedar con las manos apoyadas en los extremos de la pala, mirando largamente el camino cuesta abajo, por donde se fueron *los muchachos*.

---

En otra tarde apacible como aquella del éxodo de los hijos, cansada de laborar, Ramona sentóse a la vera de la higuera cuajada de frutos pulposos. Extraño malestar la dominaba. Pensaba: «¿Me vencerá ahora la vejez? ¿Me doblará el pesar? ¿Será la muerte que llega?...»

—¡Teje, Clarisa! — dijo fatigosamente.

La muchacha profirió una insolencia... La mujer dobló la cabeza, pesarosa. Dos lágrimas, lenta, muy lentamente, se deslizaron por las arrugadas mejillas...

—¡Teje, Clarisa, teje! — musitó, apenas, en un soplo...

Los dedos, crispados, plegaron la falda... La mala hija no la vió morir...

---

La noche, noche serrana de plenilunio, serena y callada, evocadora de ánimas y espíritus, halló a Clarisa sorprendida, perpleja ante la situación tan de súbito presentada. Tuvo miedo y llamó a los pocos vecinos, todos amigos de la muerta.

Al lado del telar, testigo tantos años del valeroso esfuerzo de aquella criolla, a la luz de la luna, velaron los misérrimos despojos.

El rosario rezado por las mujeres se denunciaba a intervalos por el «Dios te Salve María», recalcado en cada cuenta

y seguido en voz muy baja por los hombres, los devotos campesinos de antaño...

---

Reverberaban las aguas del Atuel, bajo los rayos del sol, cuando en triste procesión emprendieron, hombres y mujeres, el camino de la montaña. El cadáver, atado sobre una tabla, era conducido por cuatro fornidos mocetones: dos de la cabeza, dos de los pies.

Enterraron a la pobre mujer al abrigo de una enorme roca; una cruz, de maderos viejos, señaló el lugar de reposo. Una vecina colocó un manajo de margaritas rojas sobre el sitio recién removido.

Pilcha, el viejo perro desdentado de la difunta, acercóse, olfateó la tierra y alzó la cabeza en lúgubre aullido. Los presentes se persignaron.

---

Al día siguiente, como temerosa de un instante de indecisión, apenas se vió sola, Clarisa empuñó el hacha y se dirigió al telar.

Al primer hachazo, dado con vigor, respondió el crujir de los maderos. Un segundo golpe, más recio, con más odio asesinado, partió el más grueso poste de chañar.

Y fué como un gemido humano, como un sollozo del alma de la madre, ante aquel sacrilegio, el que respondió esta vez...

Saltó un palo, y al rebotar pegó en la cabeza a Clarisa, que cayó desvanecida. Cuando ésta volvió a la vida, la forma humana había desaparecido de ella.

En su lugar, una enorme araña blanca extendió y recogió, lentamente y por varias veces, las arqueadas patas y la esfera de su cuerpo se movía como dudosa de la transfiguración.

De súbito, como impulsada por fuerza irresistible, el animalito comenzó activamente a tender hilos, desde el suelo a los palos rotos del telar y tejió rarísimas telas, finísimos encajes.

Tejió en el parral, dentro de la habitación, en el techo, cada vez más hermosas, más preciosas filigranas... Cuan-

do la araña terminaba sus extensos y complicados encajes, el viento los desgarraba y tenía que comenzar de nuevo...

---

Transcurrieron los años. El chozo de Ramona, la hábil tejedora del Atuel, se convirtió en tapera, pero en las ruinas, en los árboles, en las rocas, en la montaña, teje infatigable la enorme araña blanca, desde hace más de doscientos años...

Esto es lo que me contaron hace días las voces que el aire crepuscular traía desde las sierras...

---

## TELA ANTIGUA

—¿Cuándo llegaremos?

—Prontito, no más; di' aquí dos leguas, está la estancia de Martínez; di' allí a la laguna grande hay otra legua. Ricién después de pasada la laguna grande dentraremos a los campos de Tordillo.

—¡Válgame Dios!... Entonces, ¿cuántas horas tardaremos?

—No se aflija, señora; al cair la noche estaremos en «Las Cigüeñas».

La viajera, resignada, arrebújase en el largo mantón de paño merino, procurando engañar su impaciencia.

Si al menos consiguiera dormirar... Pero, con el rudo traqueteo de la *diligencia*, el sueño está vedado a los pobres viajeros.

El postillón, vuelto a su mutismo, acelera el galope de las cuatro yuntas de caballos; hace chasquear la fusta a derecha e izquierda, azuzándolas.

Galopan, jadeantes, los animales; tira con bríos el cadenero y el ladero afirma las vigorosas patas en aquel terreno pantanoso, resbaladizo, guadaloso. En las charcas salta el agua, enlodando el coche. Pasan hasta media legua, a veces una, entre el agua; en ocasiones en un mal paso, se corre el peligro de que se empantane el coche.

Los gritos del postillón y de los pasajeros, a los que presta eficaz ayuda el chasquido del látigo, impide que las bestias, cansadas, se detengan en tan crítico momento; si una cediera habría que pasar la noche entre la laguna.

El sol de la tarde cabrillea en el agua, que por espacio de varias leguas cubre los campos, casi sin interrupción. De los altos y tupidos pajonales — erguidos de trecho en trecho a manera de islotes amarillentos, en aquella plani-

cie líquida y brillante — salen espantadas al paso del vehículo multitud de aves acuáticas.

La tarde declina; el frío del agua traspasa las ropas y entumece las carnes. Graznan patos, gaviotas y cigüeñas; gritan gallaretas y teros; el chajá pasa volando y pone su ¡alerta! en el espacio...

En las *estancias*, lejana una de otra, separadas por extensiones de esteros, van a entregarse al reposo cuando la galera llega a su destino. La fogata, ardiendo en la cocina donde *yerbean* unos peones, es la única guía para el experto mayoral.

Cielo y agua casi todo el trayecto, tal era el camino, muchos, muchísimos años atrás, por la región de Dolores, Ajó y Tordillo...

---

¡Los campos del Tordillo!...

Llanura inmensa, inconmensurable, casi totalmente cubierta de lagunas, más bien esteros, inconmensurables también. Altos pajonales donde anidaban miríadas y miríadas de animales acuáticos.

Los paisanos, gente ingenua, eran duchos en hallar, en los espacios secos, los nidales de teros y dentro del sombrero llevaban a la *patroncita* docenas de pintados huevitos, como finísimo obsequio.

Llegada de aquel lejano Buenos Aires, la joven, flor delicada trasplantada a región tan solitaria y triste, se hacía querer de la peonada. Los chicuelos la entretenían y con ellos solía ir a los pajonales, en un carrito tirado por un petiso *bichoco*, a cazar patos y juntar huevos.

Descalzos, arremangado el pantalón hasta medio muslo, los paisanitos ponían el carrito, en el cual quedaba su señora, en sitio seguro y se desbandaban. Los más listos cazaban patos, con un palo, sorprendiéndolos entre las pajas. Los otros, con sendos pañuelos de algodón a cuadros de colores, iban a la recolección de huevos. ¡Dios de Dios!... Si era increíble la cantidad que había. Sacaban una nidada de patos, levantaban la paja y encontraban otra de gallareta; luego otra de gaviota o de cigüeña; al carrito de la *patroncita* llevaban satisfechos la incalculable provisión.

Aventuraban, a veces, los traviosos chicuelos, una carcajada colectiva, ante una broma o un cariño de la joven. Pero el jolgorio no conocía límites cuando alguno de ellos, más afortunado, conseguía atrapar en el nido una yunta de patitos.

Apretaditos entre ambas manos arrimadas al pecho, traía los preciosos pichoncitos, cubiertos de suave plumón amarillo. En la falda de la patroncita, entre el mantón de merino, los depositaba con temeroso respeto...

La vuelta era triunfal. Regresaban montados de a dos y hasta de a tres en los caballos. El más fuerte, el más baqueano y más jinete, montaba en el petiso del modesto vehículo y, al paso, procuraba conducirlo por lo más liso y seco del camino. Generalmente anochecía cuando llegaban a las casas.

Más tarde, entre la peonada, era de oírse el comentario de los chiquillos, satisfechos del éxito del paseo...

Pero la *patroncita* y el *buen patrón* se fueron...

De los campos del Tordillo, de hace cincuenta años, han desaparecido muchos de los bañados por los desagües y por las obras de ingeniería efectuadas para extender poblaciones, caseríos, lugares de pastoreo para los animales...

Regiones de Dolores, Ajó, Tordillo, atravesadas antaño por mensajerías pesadas, en cuyo alto pescante el postillón chasqueaba la fusta, a derecha e izquierda, para animar las cuatro yuntas de caballos criollos, galopadores y fuertes; campos inundados en leguas y leguas!...

De los llanos del sudeste de la provincia de Buenos Aires, el penacho de humo del tren ahuyentó las bandadas de aves acuáticas y el chajá vigilante ha enmudecido ante el silbato de la locomotora.

# UN PASTORCITO SE HA MUERTO

(MOTIVO NORTEÑO)

Un pastorcito se ha muerto  
y lo llevan a enterrar  
por la quebrada de Escoype  
hora de la soledad.  
Como el camino es muy largo  
se paran a descansar.  
Beben un trago de chicha  
que unos arrieros les dan  
los que vienen de los valles  
con sus carguitas de sal.

La pastorcita no bebe  
que no hace más que llorar,  
las palabras que le dicen  
nunca la consolarán.

Al pastorcito lo entierran,  
la noche se gana ya,  
las cabrillitas del cielo  
como nunca han de brillar.  
Las flautas de los pastores  
¡ay qué tristes sonarán!  
La pastorcilla se duele,  
se duele cada vez más,  
y no cree si le dicen  
que el pastorcito estará  
cuidando de otras cabrillas  
que con los ángeles hay.

Un pastorcito se ha muerto  
y lo llevan a enterrar  
con la boca perfumada  
y los ojos sin cerrar,  
con su chuspita de coca  
y su flauta pastoral.

La pastorcilla esta noche  
cómo, cómo rezará  
pidiéndole al Niño Dios  
se lo haga resucitar.

Un pastorcito se ha muerto  
tiempo de la Navidad.

R. JIJENA SÁNCHEZ  
(Argentino)



## LOS POLLOS FINOS

Corría el año 1870.

A raíz del asesinato del general Justo José de Urquiza, temíase en Entre Ríos una revolución y el gobierno de dicha provincia pidió auxilios al de la Nación.

El general Viejobueno recibió orden de reclutar gente y preparar a toda prisa un ejército «por lo que pudiese ocurrir».

Entre los reclutados encontrábase Dámaso Vergara, gaucho haragán, taimado, indiferente, que sólo se animaba ante su espectáculo favorito: la riña de gallos.

Dámaso era el único sostén de la anciana madre, ña Ventura.

El mozo, incorporado al ejército, no se aviene a la vida militar, tan opuesta a la de holganza llevada hasta entonces. La disciplina del cuartel está en contraposición con su voluntad *sin ley*. Tener que caminar, marchar, hacer lo que no se quiere, cuando es tan agradable ver deslizarse las horas sentado o echado al pie de un chañar...

Dámaso, por intermedio de un amigo, consiguió hacerle saber a la madre «*la terrible vida*» que pasaba.

Para la pobre vieja, el hijo, holgazán y taimado, era, ante todo, su hijo. Hizo, pues, cuanto en su mano estuvo para sacarlo de las filas, y, después de muchas peripecias, presentóse ña Ventura, amazona en su único caballejo, en casa de uno de los más caracterizados vecinos de Paraná, a quien contóle sus cuitas y pidióle hiciese algo por el muchacho.

Aquel señor, conociendo las *actividades* de Dámaso, descontaba la poca ayuda que éste había de llevar al ejército. No vaciló, pues, en requerir del gobernador, pariente y amigo suyo, se diese de baja al paisano.

El primer magistrado de la provincia consultó con el general, el cual convino en la inutilidad del recluta. A las pocas noches Dámaso, huído del cuartel, llegaba a casa de su protector.

Según la ley era *desertor*, palabra que sólo después de múltiples explicaciones pudo ser comprendida por aquel pe-zoso cerebro.

El gaucho, obligado a permanecer en aquella casa hasta tanto dejasen de buscarle, pasábase las horas, largas y can-sadas, echado en una hamaca. Esta hamaca, invención su-ya, estaba formada por una puerta rota, puesta sobre un trozo de ñandubay; así contaba las vigas del techo de la ha-bitación que le servía de refugio.

Ocioso y taimado, el mozuelo permanecía «a la bartola» levantándose tan sólo cuando los sirvientes de la casa le lla-maban para comer o *matear*; era, entonces, en la cocina, el hazmerreír de los demás.

Acaso en una o dos ocasiones consintió, movido por las bur-las de la cocinera, en hachar un poco de leña; pero los tro-zos fueron tan grandes que no cupieron en el fogón.

Los domingos rodeábanle los chicos de la casa. Con la in-sistencia propia de la edad, conseguían de Dámaso que les refriese cuentos medrosos, en los cuales «*el coludo*», «*el alma en pena*» y «*las brujas*», así como «*las médicas*» que cu-ran las malas artes de los primeros, desempeñaban el rol principal. Y lunes hubo en que la señora, incomodada por la mala noche que le dieran los chicos asustados, llenas las cabezas con los fantásticos personajes, dijera al narrador:

— Pero, Dámaso, ¿no sabe que a las criaturas no se les cuentan esas cosas?

Obteniendo por única respuesta, dada sin abandonar su postura predilecta:

— ¡Oh! ¿Y ellos pa qué son zonzos?

Un domingo, Chirulo, el más travieso de todos los mucha-chos, corrió como un cohete, plantándose delante de Dáma-so:

— ¡Che! Ahí viene tu mama, montada en el *tubiano*... Y vie-ne con sombrero de hombre... y montada como hombre... y en la mano trae un paquete...

A todas estas noticias, dichas a gritos y con mucha agitación, dada la capital importancia que tenían, el *ex militar* limitóse a contestar:

— Y... dejala nomás que llegue.

— Pero, ¿no vas a recibirla? — preguntóle una de las mujercitas.

— ¿Pa qué?... ¡Tanto trabajo!...

Al poco rato, escoltada por los chicos, hizo su entrada en el patio ña Ventura, quien, para resguardarse del fuerte sol, habíase puesto, sobre el pañuelo atado a la cabeza; un sombrero de hombre.

El hijo mostróse tan parco en efusiones que los chicuelos le decían:

— Pero, Dámaso, ¿no abrazás a tu mama?

— ¡Oh!, ¡pa qué querés que haga eso! Si ya la 'ei visto muchas veces.

Atraídos por las voces de los niños llegaron los dueños de casa, a los cuales la viejita manifestó su agradecimiento por el beneficio recibido.

— M'hijo no ha di' olvidar tampoco este favor, señor. Tendrá siempre en él, pa cuando quiera ocuparlo, un siguro servidor.

Luego, desenvolviendo el paquete, agregó:

— Señor, le'i traido estos pollitos pa que se los coma a mi nombre.

Al oír estas palabras, incorporóse Dámaso y dando pruebas de gran descontento, increpó a la madre:

— ¿Y quién le ha dao permiso pa que los traiga?... Tan luego los pollos de *mi giro*...

Ante expresión tan fehaciente del agradecimiento del paisano, una sonrisa bondadosa movió los labios del protector de Dámaso.



LA DANZA DE LA FLECHA

ESCULTURA DE LUIS PERLOTTI

## LA DANZA DE LA FLECHA

Magnífica escultura del artista argentino Luis Perloti.

Es el símbolo de la raza vencida, de la triste raza autóctona, otrora dueña y señora de los valles y collados, de los ríos y bosques, de los altos picachos, habitáculo del *kuntur*, como ella indómito, como ella libre.

Es el símbolo de la raza fuerte que con benignas leyes y beneficios inmediatos conquistó a otros pueblos, limítrofes o distantes, a los que dió, en cambio de la ignorancia en que vivían, la civilización de los Incas, junto con el culto de *Inti* (el Sol) y *Mama Quilla* (la Luna).

Es el símbolo trágico de la noble raza de los Incas, mansa en su vida ordinaria y en sus deberes; heroica en el sacrificio, pasiva en el dolor; supersticiosa hasta el renunciamiento: por eso cayó el vasto imperio indígena en poder de los *hombres blancos*; las sombrías profecías tenían que cumplirse.

Acatando su sino ineludible, vencida y triste, tuvo, sin embargo, sus momentos de soberbia y dolor, de airada protesta, de rugiente rebelión, y así la refleja la obra impresionante de Perloti.

Baila, el indio, danza frenética para arrancarse la flecha que abrió profunda herida intercostal. Pero la flecha (la civilización) ha penetrado muy hondo en el corazón de la raza, y ésta va desmayando poco a poco.

Echada hacia atrás la altiva cerviz; crispada la mano derecha sobre el corazón desgarrado; el brazo izquierdo en supremo esfuerzo por arrancar el arma fatal; tensos los músculos del cuello en rebelde gesto, no tardará en caer exánime el ya rendido pueblo incaico.

Es la de Perloti, que nos ocupa, una escultura trágica, vigorosa, de fuerza emotiva, trabajada con amor de artista y argentino a lo que fué, en parte, nuestro pasado; hay en ella un simbolismo histórico que la destaca entre las obras de arte argentinas.

## CANTO A ESPAÑA Y LA ARGENTINA

¡Salve, España, la grande, la magnífica!  
¡La del Cid y Cortés, bravos leones!  
¡Salve, España, la dulce y devotísima,  
La de Santa Teresa, mis loores!

¡Yo saludo a la España del guerrero,  
vencedor o vencido!  
¡Sangre noble, que corrió como el deshielo  
Bramador y terrible de los ríos!

Orgullo de su España ellos tuvieron,  
Orgullo de una moza muy garrida,  
Que es la Virgen, y es la novia, y es el suelo  
Donde sentó sus lares la alegría.

Y España tiene orgullo de sus hijos,  
Soldados valerosos en la guerra,  
Denodados, heroicos y sufridos,  
¡El manco de Lepanto a la cabeza!

Y sus patios se pueblan de aromas...  
Y sus huertos encierran dulzores...  
¡Para Cervantes, genio, lumbrera y honra!  
¡Para Fray Luis, dichoso entre los hombres!

Y sus damas remedan a Jimena  
Y a Isabel la Católica,  
¡Que todas son apuestas como reinas  
Y todas son creyentes y donosas!

Yo saludo a la España de Murillo,  
De Goya y de Velázquez, pincel noble;  
De la Virgen de Triana y «Don Ramiro»,  
Del Apóstol Santiago y de los nombres  
De hidalgos, Castelares y Zorrillas,  
De Góngora y Quevedo,  
Valle Inclán, Benaventes y Marquinas,  
De Ricardo León y la Guerrero!

Yo saludo a la España de Toledo,  
De Málaga y Sevilla, la gitana;

De Córdoba y Galicia, de mi abuelo  
La tierra pintoresca y recordada.  
Y pido voces y murmullos suaves  
A las selvas, los montes y los ríos;  
A la gran Cordillera de los Andes,  
Al Paraná magnífico,  
Para cantar a la Argentina heroica  
De San Martín, Belgrano y de Las Heras;  
Para llorar con ellos, pesarosa,  
Por las horas luctuosas y sangrientas.

Pido voces a la guitarra amiga  
Para cantar loores a mi tierra,  
La de Payró, Güiraldes y Mansilla,  
Patria del pericón y de la cueca!

Pido dulzuras al zorzal cautivo  
Para cantar vidalas quejumbrosas  
Y al sauce de la orilla de los ríos  
Pido el murmullo suave de sus hojas  
Para entonar mi salmo de patriota:

¡Salve, Argentina, tierra promisoro!  
¡Madre joven de pueblos laboriosos!  
¡Así te llaman las naciones todas  
Y en ti han puesto sus ojos!

Orgullo de la América latina  
Te nombran tus poetas:  
Joaquín González, Rojas, Capdevila;  
Benito Lynch, Lugones y Larreta.

¡Predestinada raza  
Del antiguo solar de los hispanos,  
Señora de las pampas y las playas  
Y el generoso surco de tus campos!

¡Venturosa elegida,  
Recostada en el seno de los Andes  
Donde, celoso, el cóndor te vigila!  
¡De los pueblos hermanos, patria grande!  
Tierra noble, gentil y preferida  
Del trabajo, las ciencias y las artes:  
República Argentina, patria mía,

¡Hoy y siempre, Salve...!

MAGNOLIA A. MILLÁN

## HARTO AJÍ

En mitad de la calle hay varias mulas cargueras que se inclinan bajo el peso de las alforjas bien repletas y de la abundante provisión de ponchos y *ristros*.

A la puerta de la casa dos cabalgaduras, bien enjaezadas, la testera adornada con flecos de cuero y borlas de vivos colores, el apero sanjuanino y con estribos *baúles*, esperan la llegada de los jinetes.

No tardan éstos en aparecer, vestidos para largo viaje: amplios, gruesos ponchos de guanaco, que caen hasta la rodilla; botas altas, recias, calzando las nazarenas; chalina de vicuña, arrollada al cuello y tocados con sombreros *sanjuaninos*.

Luis, mozo alto, apuesto, de fisonomía franca, más que risueña, burlona; nervioso, habla apresuradamente. Nazario, su compañero, no es bajo, pero sí grueso, tiene más edad que Luis; frisa en los treinta años. De rostro bondadoso, de mirar plácido, a veces socarrón, habla con la calma y el dejo de los sanjuaninos. Sanjuanino es él.

— No *seais* porfiado, Nazario; te he dicho que los peones deben adelantarnos — dijo el mozo, montando en su jaca parda.

— Bueno, pues; hagan lo que el señor les manda.

Los peones emprenden el camino, camino recorrido tantas veces, que se lo saben de memoria.

Las mulitas cargueras trotan, trotan; han de llegar al puesto de cabras del chileno Víctor, varias leguas más allá de *La Pintada*, antes de caer la tarde.

Nazario enciende el cigarro de hoja, echa el humo levantando la cabeza, para mirar tras la sutil nube a Luis y monta a su vez la guapa mulita baya.

— ¿Querís que vamos?

— ¡Vamos!



Echan a andar, al paso, uno a la vera del otro. Los envuelve la brisa mañanera, que trae aroma de hinojos; de los ranchos sale olor de jarilla.

Por una calle de arabias trotan las mulitas; una espesa polvareda las envuelve.

La bruma serrana oculta al *Nevado* y apenas si el sol naciente descubre, a trechos, uno que otro pico, brillante de nieve.

— ¿No te *habeis* quitado el enojo, Luis?

— ¡Cómo me lo he de quitar si *sois* tan caprichoso! Sois sanjuanino, y basta.

— Te habís levantado con ganas de mortificarme. Así *sois*; *sois odioso*, porque sabís que soy tu amigo, que te quiero de veras... Sois lunático.

— Dale con la tema..., no es que sea lunático, sino que vos *sois* cachazudo.

— ¿Querís un cigarro?

— Bueno..., gracias.

Pasan el puente del Diamante y pican espuelas a las bestias.

Los álamos de hojas amarillas señalan con sus ramas enhiestas un cielo azul, de un azul diáfano; los rayos del sol, de un sol otoñal, entibian ya la atmósfera. La mañana es alegre. La vida luce aún los esplendores del verano.

Pasan carros de mulas, colmados de uva, cosechada el día anterior, camino de la bodega; el carretero, montado en la mula ladera, revolea el látigo en alto, sin tocar a los animales.

Luis y Nazario van a la montaña; los dos, también pasarán a Chile. Muchas veces hicieron el camino juntos; más que amigos parecen hermanos.

Miran pasar los carros: ¿los volverán a ver?... Espacian la mirada por las lejanas serranías... ¿Se quedarán entre alguna de aquéllas, vencidos por un temporal de nieve, de los muchos que los sorprendieron ya?

Las mulitas trotan, trotan.

Dejan atrás los campos salpicados de algarrobo, *blanquilla* y romerillo. Llegan a los cerros, en cuyas laderas hay riscos blancos, grises, verdinegros, rosados, veteados cual mármol, brillantes, cerros cubiertos en parte de tomillo y quiscos.

— ¿Dónde les habís ordenado a los peones que nos esperen para merendar?

— En *El agua de los terneros*.

— ¿Y dónde haremos noche?

— En lo del compadre Víctor.

Los dos viajeros miran a una mano el *Cerro Bola*, aislado, rojizo; a la otra, los montes irregulares del *Rincón del Atuel*.

Y las mulitas trotan, trotan incansables. Los jinetes les dejan las riendas sueltas; saben bien que el instinto de la mula montañesa vale más que la pericia del hombre.

Van pasando los cerros áridos; las altas laderas se oponen a la visión amplia; el camino desenvuelve su cinta serpenteante entre la falda granítica y el precipicio. Abajo, en la hondonada, el cauce seco de un río, que quizá corre ahora bajo tierra; más allá, de la entraña del cerro que enfrenta, un chorrillo cristalino borbota entre las piedras y delata un manantial.

El sol caldea ya el camino blanquizco, abrillanta las rocas e ilumina las flores rojas, parásitas del alpataco. Llega al cenit cuando los viajeros se aproximan al *Paso de la Muerte*.

En un recodo del camino Luis y Nazario se apean. Los peones les esperan haciendo crepitar el reseco ramaje en una viva lumbre, al abrigadero de una roca.

El agua hierve; pronto los dos peregrinos toman mate.

Nazario se encarga de asar la carne que le presenta un peón. Como sanjuanino, gusta del picante. Luis lo sabe y le advierte:

— No pongais mucho ají, Nazario.

— No tengais cuidado; poquito le pondré.

El mate va y viene en tanto el asado está a punto para ser comido.

Nazario espolvorea la carne con ají.

— No pongais mucho ají, Nazario, no me gusta, ya lo sabís.

— No seais niño; si pongo apenitas, para que tenga sabor.

Un peón saca de la alforja el vino blanco, elaborado en bodega sanrafaelina. En sendos vasos de asta, vasos peruanos, beben Luis y Nazario el zumo generoso.

— ¡Salud!

— ¡Salud!

Y Nazario pone más picante al asado que, ya levemente dorado, despide un incitante olor.

— ¿Hasta cuándo vais a poner ají, Nazario? Ya te he dicho que no me gusta.

— No seais niño, Luis; el asado, para ser rico, ha de tener harto ají... , harto ají.

Nervioso, impulsivo, Luis se acerca a lo más suelto y polvoroso del camino y en el hueco de ambas manos juntas, recoge tierra, que echa, fuera de sí, sobre el asado, diciendo con voz bronca:

— ¿Conque harto ají, harto ají?... ¡Pues come harta tierra!... , ¡harta tierra!...

Nazario le mira asombrado y le dice:

— ¡Pero qué habeis hecho, niño!...

---

Media hora después, Nazario vuelve hacia su compañero los glaucos ojos, de mirar bondadoso y con su inconfundible acento sanjuanino, le dice:

— ¿No te dije? Hoy habeis amanecido lunático, *odioso*... Hoy me querís hacer sufrir, porque te quiero... ¿Querís comer asado, Luis? Este lo hice sin ají... , como a vos te gusta...

## BAJO LA NIEVE

El estéril, viejo Invierno, se iba, dejando los campos desolados y secos. Ni una gota de agua dejó caer de sus odres a su paso, y se marchaba fosco, malhumorado de su misma maldad.

Pero volteó la vieja cabeza al sentir un rumor de vida y vió tan bella a la joven Primavera, la cual llegaba salpicando los campos de flores rosadas y blancas, de verdor a los árboles, que retrocedió un punto para estrechar las nacarinas manos, y le dijo:

— No quiero que mi crudeza haga perder los frutos de tu fecundidad, gentil Primavera. Yermos están los campos, secos los pastos, exhaustos los cauces. No quiero que esa tu exuberante belleza sea maldecida por la escasez, por las pestes, por la angustiosa desesperanza de los que en ti confiaron. ¡Eres tan bella! . . . Hazte a un lado . . . Voy a sacudir un poco mi blanco ropaje, para que caiga la pedrería que lo matiza . . . Deja que caiga hasta cubrir los campos . . . Eres tan hermosa que sólo hosannas debes levantar a tu paso . . .

El Invierno, sacudiendo su albo ropaje, llenó de finísimos cristales los campos, los montes, los árboles; cayeron hasta nivelar la tierra en un espesor de cincuenta centímetros . . .

— ¡Que cuajen los frutos y crezcan lozanas las vides; que el agua pródiga fecundice las tierras; que sea fecunda la Primavera! . . .

Y fué así cómo las ansiosas preocupaciones de los hombres de trabajo se trocaron en momentos de esperanzas y alegrías, ante los campos de armiño, ante los paisajes de porcelana que, como una bendición, les dejó Invierno en una bella semana de septiembre.

## Y FUÉ ASÍ...

Y fué así cómo se hizo la limosna de una sonrisa...

Día invernal; sol que no calienta; gélida tarde.

Con menudos pasos, van y vienen por la acera y la calzada, gráciles muñecas, envueltas en suaves pieles.

Autos, que dicen de opulencia y distinción, pasan silenciosos y lentos, como indiferentes al trajín envolvente de la ciudad. Es la hora del paseo cotidiano.

Ante las vidrieras, con derroche de chucherías y riquezas, lindas mujercitas miran, anhelan, codician...

Una joven madre, con su pequeñuela de la mano, admira trajes, frente a una casa de modas. Se recrea ante el brillo multicolor de la sedería. Se inclina y dice una frase cariñosa a la chiquita; un tapadito de *petit-gris* parece expuesto para ella.

Otra mujer, pensativa, hosca, se ha acercado. La domina gran tristeza. Hállase sola, aislada, en la gran ciudad alegre. Tiene también anhelo, pero no de sedas ni joyas, sino de afecto; desea una sonrisa amistosa, que la engañe un instante.

Ante la vidriera, de la cual huye un postrer rayo de sol, la mujer hosca y triste sigue con afán los movimientos de la joven madre; siente palpar junto a sí la alegría y la bondad, y, sin atinar la causa, adivina *algo* para ella, la triste aislada en la populosa urbe.

Aventúrase a mirar el tapadito tentador, y vuélvese hacia aquella cuyos labios saben florecer en frases placenteras.

Ahora mírala de frente, con valor, con osadía quizá; ¡pero hay en sus ojos tal súplica!...

Dirígele una temerosa sonrisa y una palabra, musitada apenas.

Las pupilas de la joven se fijan en aquel rostro melancólico; con rápida comprensión lee el anheloso pensamiento y deja caer la limosna de una frase y una cordial sonrisa hacia la desconocida.

Consolada, casi feliz, recoge ésta la amable expresión y se aleja, viendo pasar las gráciles mujercitas, cubiertas de pieles, e indiferente al desfile de los fastuosos autos que dicen de fortuna y felicidad.



LA FIESTA DE LA CANDELARIA  
ÓLEO DE J. PELÁEZ—Pintor argentino

## DE LA VIDA NORTEÑA

Basta una incursión por los salones de arte para convencernos de que los tipos y costumbres de las aldeas semiaboriginas del norte y oeste, han orientado a los artistas argentinos, proporcionándoles — a la par de emociones nuevas y panoramas casi exóticos para nuestro ambiente — nuevos rumbos a su arte y bellos motivos de estudio psicológico-histórico-sociales.

El pincel de Alfredo Gramajo Gutiérrez revive en el lienzo costumbres de un profundísimo carácter indígena (“El entierro del angelito”, Catamarca); Carnacini copia los agrestes paisajes de los valles jalonados por gigantescos cardones y la vida de los pastores solitarios de Humahuaca; Peláez, en “La fiesta de la Candelaria”, copia el momento psicológico en que hace eclosión el fervor religioso en la procesión ante la

imagen de la Virgen, fervor religioso que más tarde se cambiará en rituales del culto a *Pachamama*, la dueña de la tierra, protectora de todo lo que en ella produce, a la *Yacumama*, la diosa de las aguas, que desencadena tormentas, manda la lluvia, forma los ríos, torrentes, etc., y de *Coquena*, el dios dueño y protector de las manadas de vicuñas. Bermúdez fué el gran pintor de motivos provincianos, especialmente cata-marqueños.

Llevadas al lienzo las típicas costumbres de los pueblos serranos, revelan a quien recorre los museos, la vida modesta al exceso, silenciosa; el espíritu melancólico, casi fatalista, de los sufridos moradores del norte.

Vida triste, silenciosa, matizada con escasos días de actividad comercial, como acontece en las ferias — ya de renombre — de Humahuaca, Tilcara, Catamarca, Belén, Perico, o con épocas de holgorio como en carnaval.

Los tipos indígenas, de rostros cobrizos y cenceños, de ojos negros de suave mirar, pelo renegrado, de baja estatura, piernas delgadas y pies pequeños, calzan *usutas* o van descalzos. Los hombres visten pantalón de barracán, poncho de vivos colores, gorro en pico como los *coyas* bolivianos o sombrero ovejuno; las mujeres llevan amplias faldas, de colores fuertes (azul, rojo), envuelven el busto en largos mantones o rebozos de lana, y también usan el amplio sombrero ovejuno de color claro.

Las grandes fiestas religiosas de la Virgen del Valle, en Catamarca, La Candelaria en Jujuy y el Señor del Milagro en Salta, se ven concurridísimas por muchedumbre venida de los ríspidos cerros, de los escondidos valles, del lejano y frígido altiplano, muchedumbre que desde lejos atestigua en su vestimenta el origen indígena. Durante estas festividades religiosas se realizan ferias de tejidos autóctonos, de cacharros fabricados por la población nativa, bella alfarería zoomorfa, mucha de ella tal cual fué en los pretéritos tiempos prehispánicos; frutas regionales, dulces, yuyos que sanan todo mal; amasijos, viandas lugareñas, todo se vende. Se pueden mercar, en esas ferias, ponchos de vicuña, de guanaco, tejidos de lana de llama, *barracán* y *picote* de lana de oveja; la *chuspita* para la coca, la *matra* gruesa, la fina fajita (*llauto* o *vincha*) de vivos colores y labores diminutas, el tapiz de



dibujos simétricos; se venden también *paltas* y *caquis*, chirimoya y algarroba, arrope, aloja, patay, tamales, chicha.

En los telares, muchos de ellos hechos con los cardones gigantescos, traman los bellos tejidos que conservan los mismos dibujos con que los tejedores indios embellecían sus obras; estilizaciones de animales o del ser humano.

Estos pueblos celebran el carnaval (*la chaya*) ruidosamente, durante un mes por lo menos. Las comparsas de carnestolendas llevan caretas de fealdad monstruosa, cabezas de animales, horripilantes testas, y van precedidos de un grupo de músicos, ejecutantes de caja, bombo, charango, quena, antara. Al son de la caja, cantan:

Carnaval alegre,  
¡ay, vidita  
por el carnaval!  
Dame almidón  
¡ay, vidita  
por el carnaval!, etc.

En medio de los golpes de bombo, de las músicas extrañas, de los cantos, gritos y algarabía, beben chicha y aloja, se arrojan al rostro harina, almidón y aloja, y bailan frenéticamente, hasta caer rendidos.

En las festividades religiosas, después de la procesión, se entregan también a danzas, música y beberaje.

Estas escenas pintorescas, groseras a veces, no dejan de tener su parte de suave belleza; ésta corresponde a la música de la triste quena (1), del *sïcu* (2), de los charangos (3).

Son estos últimos instrumentos los que mejor interpretan la música pentatónica de *aymaras*, *quechuas*, las razas indígenas del norte. Ellos hacen oír en el silencio de las montañas, de los valles o en la altiplanicie desolada, las quejumbrosas melodías de un pueblo entristecido por herencia y por ambiente...

---

(1) — *Quena*: Flauta de caña.

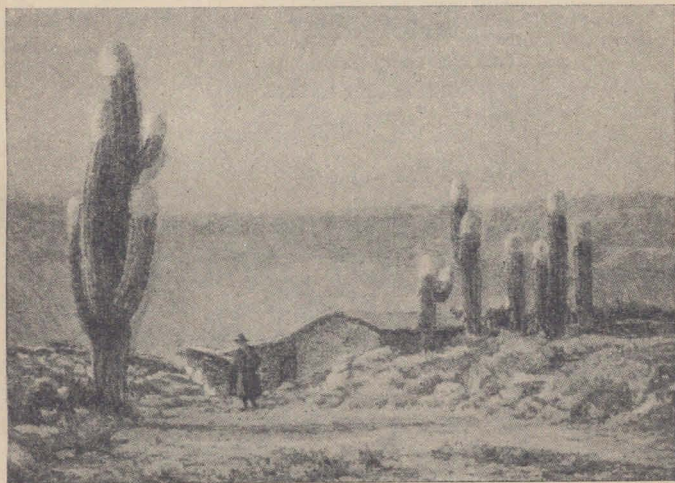
(2) — *Sïcu*: Manojos de cañas unidas entre sí, como tubería de órgano.

(3) — *Charango*: Guitarra hecha con el caparazón del peludo.

Cuando, pasados los días de holgorio, vuelven los sencillos montañeses o llaneros a la vida de trabajo, endulzan las monótonas jornadas con los *havinitos*, las *tonadas*, las *vidalas* y los *yaravís*, extrañas y dulcísimas músicas indianas, impregnadas de hondísima tristeza. Y mientras el *colla* cruza un *yaretal* o baja las cuestas áridas y pedregosas — tras el hato de llamas que marcha lentamente bajo el peso de las cargas, —y la *colla* hace girar la *puisca* entre los ágiles dedos, las notas dulcemente quejumbrosas, muchas veces sollozantes, de la *quena*, se esparcen por los silenciosos senderos, aromados de tola (1).

Cuadros virgilianos que literatos y pintores han copiado en obras notables. Sabor de égloga, en medio de la amenaza constante de los nublados, del peligro de los precipicios.

(1) — *Tola* y *yareta*: Plantas del altiplano.



MAÑANA EN HUMAHUACA  
ÓLEO DEL PINTOR ARGENTINO C. CARNACINI

## TRAPITO

Guantecito viejo  
de este cofrecillo,  
do mi buena madre  
te dejó una vez;  
piecita de género  
raída..., deshecha...,  
que usé en esa vida  
que pasó... y se fué...

¡Qué de cosas dices!  
¡Qué cosas recuerdas  
de aquella mi infancia  
que lejana está!  
Guantecito viejo,  
piecita de género  
que me acompañaras  
allá..., muy allá...

No quiero tocarte,  
te dejo solito,  
do mi buena madre  
te dejó esa vez;  
vive tú el encanto,  
cree que soy niño...  
Vive tú esa vida  
que pasó... y se fué...

NILO CARRIÓN CORREA  
(Argentino)

## MARCELINO

Llovizna. Fría y menuda, helada y cortante, cae la garúa que, día y noche, empapa las calles y los campos. En las galerías, los caños de cinc gotean, monótona y sincopadamente, el agua que corre desde las azoteas de tejas. El cierzo, por ratos, arremolina el agua y gime al pasar por las ventanas y los anchos portales.

¡Días grises, invernales, de la provincia de Buenos Aires!... Más grises antaño, allá por el 70, cuando los pueblos, aislados entre sí, carecían de pavimento en las calles y de alumbrado público . . .

En las callejuelas, barroas, los pocos transeúntes nocturnos chapotean entre el fango. Los escasos faroles a kerosene derraman débil luz, amortiguada aun más por la atmósfera nebulosa.

Y mientras la monocorde y monótona gota del caño de los corredores produce somnolencia; en tanto que alrededor del brasero de cobre, enrojecido bajo la mesa, juegan a la lotería los contertulianos habituales, un lamento, un quejido, llega desde la calle.

Interrúmpese la animación del juego o desvélese quien, en el lecho, burla la inclemencia del tiempo.

Repítese el lamento, largo, lastimero, medroso. Salta del lecho, alguno, condolido, o abre la puerta de calle, resuelto, el feliz jugador de lotería.

Alguien sufre; mucho debe ser el dolor, moral o físico que con noche tan frígida obliga a salir; tal vez alguna niña a quien se le muere la madre, o padre o hermano . . .

¡Es tan lastimero ese llanto! . . . ¡Es tan afligente ese sollozo que llega desde afuera, intermitente, convulso! . . .

— ¡Misericordia divina! . . . — exclama, condolido, al oírlo, alguna anciana.

— ¡Desventurado! — dice otra.

— ¿Por qué olvidará Dios a esas infelices criaturas?

— ¡Mientras sin preocupaciones disfrutamos de estos ratos de solaz, gimen a nuestra puerta cuántos desgraciados!... ¡Si pudiéramos aliviar la pena de todos! — filosofa una caritativa jovencita...

Chirrían los goznes de puertas y ventanas de la vecindad al abrirse; a la piadosa pregunta, hecha desde distintas casas: «¿Quién llora en la sombra?», responde una carcajada cristalina, carcajada de hombre joven, carcajada cuyos ecos corren, perdiéndose lejanos.

— ¡Ese es Marcelino Franco!... ¡Qué muchacho!...

— ¡Acabará con una pulmonía o tísico, ese jovencito; con semejante noche gastar estas bromas!...

Por otros barrios, en noches diversas, cuando la lluvia torrencial inundaba, o cuando la helada blanqueaba y endurecía el suelo, Marcelino, ese muchacho loco, repetía la chanza.

Veces hubo que oyó más de una frase fuerte, dicha por quien no gustaba de diversiones molestas, o por alguien al cual no agradábale abandonar el lecho calentito y comfortable...

---

En la tradicional misa del gallo, llenábase la única iglesia del pueblo, no sólo de las familias más destacadas de la parte urbana. Desde los confines del campo, llegaban los patronos de estancias y también la peonada con sus familias. Las calles adyacentes a la iglesia y a la plaza, abundaban en coches y caballos; estos últimos atados a los postes y a las gruesas cadenas que circundaban plaza e iglesia.

El paisanaje de lengua barba negra lucía su mejor chiripá y chaquetilla de lustrina o merino. Al entrar al templo, destocábase el amplio chambergo y pleno de unción se hincaba para escuchar la palabra santa del sacerdote. Las criollas con amplios vestidos de percal, bien almidonados, tocadas con pañuelos de seda, lucían largas trenzas.

Mujer y marido penetraban juntos al templo. De hinojos, todos, hombres y mujeres, inclinada la cabeza en rezo fervoroso, abstraídos de todo lo que no fuera al altar y el sacrificio oficiado, ofrecían a Marcelino momento oportuno para una *diablura*.

Hincándose como a rezar, iba de uno a otro sitio, uniendo sigilosamente, con alfileres, polleras y chiripás.

Al rato soltaba dentro del templo hasta una veintena de *cuisés* (1); los animalitos saltaban entre el gentío, produciendo pánico, arrancando gritos. Ignorantes del origen del tumulto algunas personas intentaban huir, y las polleras y chiripás prendidos motivaban escenas imaginables.

Carcajadas, voces fuertes, gritos, en tanto que la enérgica voz del sacerdote se alzaba condenando severamente la irrespetuosidad y Marcelino corría por las solitarias calles, desternillándose de risa...

Una vez..., fué en Semana Santa.

El ama de llaves del señor cura, doña Antonia, tenía en la iglesia, cerca del altar del Nazareno, una mecedora con asiento esterillado.

Marcelino cortó cuidadosamente, con un cortaplumas, el asiento, todo en contorno.

Después de rezar el rosario, doña Antonia fué a arrellanarse en su sillón. ¡Paff!... Húndese el asiento y en furibundo pataleo, las piernas en alto, el ama de llaves hacía esfuerzos para incorporarse.

— Jesús me valga — gritaba. — ¡Qué infamia!... Esto es un sacrilegio, señor cura... ¡En la iglesia!... Este no puede ser otro sino Franco... ¡Maldito sea, maldito sea!...

Apaciguada por las amigas, la mujer siguió el interrumpido rezo. De tiempo en tiempo, una risita de mozalbete se oía allá, al fondo de la nave, risita sofocada pero que doña Antonia percibía y volvía presto la cabeza, escudriñando con iracundos ojos...

Un mes y otro mes pasó.

Al cumplirse los dos meses de aquel suceso, una tarde llamaron perentoriamente al señor cura. Marcelino Franco, aquel *nefasto* Marcelino de la tranquila aldehuela, se moría y quería obtener el perdón para sus diabluras.

Diez y ocho años, alma alegre y sana, había tomado la vida por rumbo distinto a los demás compañeros y contrario

---

(1) *Cuisés*: roedores como ratas, sin cola, que abundan en los campos.

a las severidades de la época. Y ahora pedía perdón para esa pobre alma, extraviada en aquel mundo envejecido antes de tiempo.

Doña Antonia abrió tamaños ojos; el estupor la enmudeció.

Repuesta de la sorpresa imploró:

— ¿Se muere Marcelino?... Señor cura, déjeme ir a rezarle un rosario. ¡Pobrecito!, ¡yo le maldije, yo le maldije! ¡Debo alcanzarle con vida, antes que el alma se escape, para que no vaya a penar en el infierno!... ¡Dios me perdone a mí también!...

Y cuentan las crónicas familiares que la buena mujer ayudó a Franco a bien morir; cerróle los ojos y lloró inconsolable; durante la noche rezó al lado del cadáver; ella lo veló. Al otro día, en la iglesia, no se separó de su lado; rosario tras rosario, rogó por el alma del loco *Marcelino*. Y echóle mil bendiciones, entre fuertes sollozos, cuando el cortejo fúnebre abandonó el templo y tomó calle arriba, camino del campo santo.

## DE LA VIDA MONTAÑESA

Por la interminable calle ancha de la aldehuela serrana, quemada por el sol de diciembre, resuena el lento paso de las oscuras yuntas. Fúnebre carroza de lujo. Destacan en el negro terciopelo dos letras bordadas en oro. Detrás siguen, lentamente, hasta cuarenta y cinco automóviles y setenta y tres livianos cochecitos. Un entierro campero serrano. Pocas coronas de flores. Mucho pesar en los semblantes. Hombres rudos y mujeres campesinas, tocadas con pañuelos oscuros o gasas negras, en los modestos tilburys y *mariposas* aldeanas.

Por la calle larga pasa el triste cortejo. A su aproximación, cesa el movimiento en los talleres, en los comercios y se inclinan las frentes anubladas, pensativas. En las aceras los transeúntes se detienen, se destocan y humillan la cabeza.

Los que le conocieron; los que jamás le vieran; quienes le divisaran en su dockar, tirado por yuntas trotonas; quienes nunca le oyeron nombrar, todos se descubren al pasar el cadáver del fuerte y animoso hasta ayer.

Siempre que observo la gente frente a la muerte, me acosan las mismas preguntas: ¿Es este rito una despedida al que se va por siempre? ¿O revela la angustiada sumisión del espíritu ante el misterio inexplicable? ¿O, peregrinos, todavía sin descanso, rendimos así un homenaje al que sufrió, al que pasó triste o conforme por la tierra, en busca de un imposible?

El misterio, principio o fin, nos agobia con su desesperante arcano, con su invencible realidad.

¿Principio o fin?... No; tengamos fe. Principio. El alma no puede fundirse en lo percedero. Se eleva a región más luminosa; va a la vida verdadera...

Alguien nombra al viajero sin regreso. Fué un noble dinamarqués, venido a menos. Llegó, optimista, a laborar las tierras promisoras, después de haber llevado en su patria vida sibarita. Y en los andinos valles soleados, bajo el ful-



gente cielo añil, al par de la peonada rústica, surcó los campos, desbrozó los cuadros y cuajó de pampanosas vides extensiones agrestes, donde sólo medraban el chañar y la jarilla. Dionisiacos vergeles treparon por las faldas de los cercanos, ríspidos cerros, y la fortuna sonrió nuevamente al arruinado aristócrata.

En la nobleza de su estirpe halló el tesonero valor para el rudo trabajo y alegría para la fatiga, y pronto sus lagares exprimieron dulce zumo para toda la comarca.

Los rústicos peones vieron alzarse modestas pero limpias casitas, orilladas por el hondo canal y respaldadas en los ásperos collados. Los viñateros y *contratistas* hicieron ahorros, aumentados anualmente con la pródiga ganancia que el *señor* repartía. Eran, como él, del éxodo, y como él cumplían en la *Tierra Prometida* las terribles palabras del Dios paradisíaco: «Con el sudor de tu frente ganarás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, de la que fuiste creado.»

*El y ellos* sabían bien que *polvo somos y en polvo nos convertiremos*. Por eso, diariamente, su primer acto era adorar a Dios, como en los bíblicos tiempos, en aquel magnífico escenario, ara purísimo, ante el cual el alma ofrendaba, clara y férvida.

Dábanle gracias por la vida de paz que disfrutaban; por aquel trabajo que les redimía; por aquella esperanza que les ennoblecía y les animaba; por aquel sol jocundo que maduraba los apeñuscados racimos; por aquella agua clara que regaba los campos, abrevaba el ganado y refrescaba el patio para el yantar y el reposo.

Y en la casa del noble emigrado, oíanse, en la noche, sonatas de Beethoven, El buque fantasma de Wágner, valeses de Walthefen, música de Mozart, rapsodias de Litz, arrancadas al piano por las mismas manos que durante el día participaban en las faenas de la dilatada finca.

Pero «polvo eres y en polvo te convertirás». Y el aristócrata roble comenzó a marchitarse a ojos vistos.

Minado de implacable mal, volvió a Europa en busca de salud, de vida. Peregrinó por clínicas afamadas y en la ciudad natal, en el que fuera palacio de sus mayores, la ciencia le repitió la terrible sentencia: «Polvo eres y en polvo te convertirás.»

¿Qué deliberar si a plazo fijo vencerá la vida?

Volverá a la *Tierra Prometida*, entre la buena gente que le ayudó a rehacer su camino, y plantará los últimos árboles simbólicos, un roble y un olivo — fuerza y nobleza, — para que se multipliquen en aquel suelo. Será así, cuando las semillas se esparzan, la tierra fuerte y noble donde el alma se regocije y se expanda saturada de paz, y el espíritu, Pegaso feliz, se pueda elevar hacia la Luz y la Verdad...

.....

En una mañana serena y límpida, mañana montañesa, recostado al desmayo en su viejo sillón, aquel hombre había contemplado por la vez última los patios sombreados por los añosos sauces llorones, los jardines policromos de flores, los cuadros de frutales encorvados por los frutos maduros; los viñedos reverdeantes, alegres y promisoros. Y con angustia incontenible, hondísima tristeza por todo aquello que no verían más, despidiéronse sus ojos de las tierras amadas, donde el alma y el cuerpo, enervados otrora en la molicie, aprendieron a ser fuertes y supieron la belleza del vivir. Murió cara al sol, como había deseado, estrechando fuertemente la mano de los suyos.

---

Por la polvorosa calle, larga y ancha, requemada de sol, viene ahora la lúgubre carroza. La siguen lentamente lujosos coches, pero más, muchos más, hasta setenta y tres ligeros tilburys y *mariposas*, modestos cochecitos de los campesinos, contratistas y viñateros.

Hombres viejos y jóvenes, las esposas e hijos, forman el fúnebre cortejo. Llevan en los rostros el pesar y en el corazón mucho dolor, porque le amaban. Para sus almas sencillas deja un gran libro: el del fraterno amor, de la inestimable bondad y del valor y la alegría en la adversidad.

Y las frentes se inclinan ante la muerte que pasa...

---

## CAVA CON PACIENCIA.

### AHONDA CON AMOR

Cuida que no se agote el pozo de tu bondad. Interminable caravana se acercará a ti, en procura de agua fresca y cristalina. Y como Rebeca, y como la Samaritana, saciarás, compasivo, la sed del caminante.

Cuida que no se consuma totalmente la cisterna de tu bondad.

¿Sabes qué sería de ti, si ese manantial se agotara? Erial desolador fuera tu alma; sin flores ni frutos, sin frescor ni sombra; huirían de ti los seres como se huye de la candente arena del desierto.

Y, en previsión de que ávida muchedumbre demande el consuelo de tu alma, puro y reconfortante, te dejo, muy quedo, este secreto:

Si después de aplacar la sed de numerosa caravana, el pozo de tu bondad mermara, cava con paciencia, ahonda con amor su fondo, y brotará, otra vez, cristalina y fresca, el agua de tu bondad...

## CANTO AL TRABAJO

Numerosas figuras humanas, todas en tamaño natural, sobre un amplio basamento, constituyen el armónico y magnífico monumento en bronce, de grandes dimensiones, titulado *Canto al trabajo*. Es obra escultórica del notable estatuero argentino Rogelio Irurtia.

La plazoleta Dorrego (Defensa y Humberto I, Capital Federal), donde ha sido colocado, resulta inadecuada, por su exigüidad, para la amplitud del soberbio grupo; le resta mérito a la perspectiva, a la belleza del monumento. El *Canto al trabajo* luciría toda su grandiosidad, detallaría sus más escondidas sugerencias, en un espacio abierto: en el Paseo Colón, o en la Plaza Retiro, cercano al Hotel de Inmigrantes.

La escultura que nos ocupa, es una de las más felices concepciones del arte y una acabada obra de estudio.

Los individuos, en sus actitudes y *en sus pensamientos*: los anhelos manifiestos en la mirada y en los gestos, el júbilo en el triunfo; el desaliento ante lo que es superior a las fuerzas físicas o morales, todo está estudiado profundamente y queda impreso fielmente en el bronce.

En tres secciones (tres momentos) puede dividirse esta obra: en la parte posterior, el grupo de tres jornaleros, hombres fuertes, vigorosos, arrastran con grueso cable una enorme roca. Se nos antoja que este peñasco colosal simboliza la vida, el destino que el hombre debe arrastrar. Y que según el valor con que se moviliza, lleva al triunfo o la derrota.

El cable en tensión revela los esfuerzos inauditos de los obreros para hacer cambiar de sitio la mole granítica; los músculos contraídos, las venas resaltantes, la pierna en esforzado apoyo, todo indica el fatigoso empeño.

¡Carga física o moral, es tan pesada siempre para los que deben soportarla!...

En el grupo central otros hombres parecen ocupados en anudar cables cortados; estos cables, completamente flojos, demuestran la ausencia del esfuerzo. La actitud de los individuos cercanos revela un momento de pausa en el trabajo; en algunos se ve desaliento, hay uno casi desfalleciente.

Los cuerpos están en descanso, mejor aún, en un instante de agotamiento. Las figuras femeninas que a ellos se acercan, indicarían a la esperanza que llega a infundir alientos, a la bondad, o más bien, la caridad, que acude a retemplar un espíritu que desmaya.

Simboliza esta parte del monumento la porción de la humanidad trabajadora, físicamente vencida en el esfuerzo de centurias por el progreso humano, o en el instante trágico del apocamiento moral, que es, a veces, renunciamiento a la lucha, otras causante de épocas de caos.

En las figuras del frente son sumamente sugestivas las actitudes, el gesto, la mirada que reflejan la alegría del triunfo. Figuras juveniles, femeninas y masculinas, también bellos adolescentes, todos parecen entonar el canto triunfal del trabajo, el *¡hosanna!* en la meta alcanzada.

Las actitudes son de gente victoriosa; parece que un grito unánime se escapa de los pechos ante la bella realidad alcanzada; hay bocas entreabiertas, de niños, que dicen de asombro, de éxtasis. . .

Es la juventud, la fuerza, la vida, que llegan al fin deseado, tras el esfuerzo, la constancia, la fe.

Sea considerada esta soberbia escultura como un canto al trabajo material, al obrero de manos encallecidas, digno por cierto de este y muchos otros homenajes; quiera mirarse la obra como un simbolismo feliz de la vida humana, siempre será el grupo de Irurtia una prueba del maravilloso genio artístico de nuestro compatriota y un monumento que enorgullece al país.

## NOCHES DE CLUB

Verdaderamente, se aburrían... En el hastío de aquella vida de aldea, que ellos, con sus hábitos de *clubmen*, procuraban hacer más llevadera, habían pasado todos esos días festivos casi por entero alrededor de las mesas de juego del incipiente Club Social.

Alternaban los comentarios políticos con los epigramas risueños o las notas sociales más importantes y, luego, los grupos, los compañeros de siempre, volvían a jugar sus partidas de ajedrez o de naipes.

Era la una de la madrugada; de una mesa de ajedrez levantóse un grupo. El coronel Alegre, don Alberto Gámez y otros.

— Cambiemos de entretenimiento, caballeros — dijo con voz recia y amistosa don Alberto, mientras desentumía las piernas en largos pasos.

El doctor Herch, tan inteligente médico como distinguido *clubman*, sentóse al piano e hizo oír los preludios de «Claro de luna».

— ¡«Mate»! — se oyó exclamar, y otras dos mesitas de ajedrez fueron abandonadas simultáneamente por jugadores y *patos*; todos se dispersaron por el vasto salón, deseosos de caminar y charlar; muchos se aproximaron al piano.

— ¿Le agrada la música, profesor? — interrogó Castillo, grave y grueso señor, ya de edad madura, al más encarnizado jugador de ajedrez, el siempre joven Rasill, a quien llamaba cariñosamente profesor por considerarle tal en el noble juego a que ambos se dedicaban con fervorosa pasión diariamente. — ¿Le atrae la música? — preguntó al verle acercarse al piano y escuchar con deleite la ejecución virtuosa del Dr. Herch.

— Tengo predilección por la suave y sentida sonata de Beethoven; el Dr. Herch la interpreta con verdadero sentimien-

to, con alma de artista... A mí me trae recuerdos imborrables...

— Caballeros — volvió a decir con su recia voz Alberto Gámez: — tengo el agrado de invitarles a cenar; es hora propicia. Luego beberemos una copa de *champagne* festejando mis cincuenta inviernos, que la primavera ha rato la pasé.

— Siempre tardón, como buen mendocino. ¿Por qué no avisaste antes? Los amigos te hubiéramos festejado como lo mereces — le replicó el coronel, queriendo dar, como de costumbre, tono serio a sus palabras, que siempre fueron broma agradable, chiste ameno.

— Porque ibas a querer preparar *algo* como en la ciudad y aquí estamos en el campo. Además, para que no tuvieses tiempo de preparar tus cuentos, en que tan mal parados nos dejás a los mendocinos...

Y después de dar en voz baja órdenes a Ramón, el mozo: — Vamos, amigos — continuó Gámez.

Sentáronse todos alegremente; mientras Ramón servía la apetitosa cena, los cuentos sucedieron a los cuentos, rivalizando en chispa y sal; a veces, una estrepitosa carcajada cortaba la frase picante.

— ¡Que cuente el coronel!...

— Que cuente, estoy conforme, pero no como acaba de narrar el doctor. Vea, amigo, eso es exagerado. Los mendocinos somos pigres, según y cuando nos conviene, pero también sabemos ser listos. Lo que hay es que tomamos la vida con más filosofía que ustedes los hombres de las grandes capitales. ¡Y es tan hermoso vivir una vida plácida! — dijo el anfitrión, dominando a todos con su elevada silueta, mientras paseaba una mirada en la cual se traslucía el acendrado cariño a su rica e histórica provincia natal...

— Bueno, pues, y para dejarte el gusto a tus cincuenta años, les voy a quitar a tus comprovincianos la supremacía de la cachaza — replicó el coronel. — Y hablando en serio, señores — continuó, — es proverbial la calma de los mendocinos, pero hay algo que la supera en nuestro país. Escuchen: no es cuento; es una anécdota en la que fuí testigo y casi actor.

Era el año 1898... Íbamos de recorrida por Santiago del Estero, en misión reservada, dos oficiales y cuatro soldados,

con dos indios chaqueños como guías, entre aquellos bosques impenetrables.

Llevábamos un mes de exploración y en los últimos nueve días íbamos ya cansados, al paso de las cabalgaduras cortando con hachas y machetes las ramas de los copudos árboles de las plantas trepadoras tejidas como red inquebrantable de un árbol a otro, de una a otra rama. Una vegetación lujuriosa se oponía a nuestro camino y debíamos abrirnos paso con tesonera desesperación.

Cedros, algarrobos, guayacanes, chañares y quebrachos centenarios, forman bosques tan tupidos por espacio de leguas y leguas, que es preciso ser baqueano para salir de ellos. Amén de que la maraña y los arbustos espinosos rasguñan dolorosamente cara y manos.

Felizmente llevábamos, como he dicho, dos buenos guías indios.

Así habíamos recorrido parte del noroeste de la provincia santiagueña; a pesar de la espesura de la selva, el calor sofocante de enero nos enervaba. Es Santiago del Estero una de las provincias más cálidas de la república, por su planicie y salinas; el viento seco y ardiente nos llegaba en ráfagas continuas y ansiábamos un sitio habitado para descansar.

Al fin, al desembocar en un claro del bosque, un rancho de barro, un mísero rancho nos produjo alegría muy explicable: ¡llevábamos un mes sin ver seres humanos!

Nos acercamos; una enramada tendida al frente, sostenida por gruesos horcones, defendía las dos piezas, que constituían la vivienda, de los rayos solares; unas higueras y una parra frondosa formaban otra ramada a un costado; chañares, durazneros, más atrás. El horno, el infaltable horno a otro lado del chozo, y una *cuja*, cubierta con una *matra* de vivos colores — uno de esos tejidos de las mujeres santiagueñas, tan afamados en nuestro país, — una *cuja* bien criolla, bajo el corredor. Completaban el cuadro unos tiestos, con plantas de claveles, agrupados alrededor de los horcones.

Necesitábamos descansar y refrescar nuestras cabalgaduras; bajamos y avanzamos.

Dos perros, flacos, ladraron por costumbre, sin levantarse del sitio donde estaban echados, jadeando tan sólo del calor.



— ¡Ave María! — grité desde el patio.

— ¡Abájese no más y dentre!... — dijo una voz de hombre, calmosa y cantora, desde el interior de la habitación, cuya puerta de tablas estaba abierta.

Y como los perros atropellaran al vernos avanzar demasiado, a su juicio:

— ¡Juera, León! ¡Juera, Mandinga! — gritó la misma voz.

Enderezamos a la puerta. Conocía ya la gente de aquellos lugares y sabía bien que no debía gastar etiquetas.

Un hombre relativamente joven (si es que puede calcularse la edad de un semiindio de los bosques), cubierto con un poncho listado de rojo y el sombrero echado hacia la cara, sentado en rústica silla tomaba mate negligentemente.

— Buen día, amigo — dijimos.

— Güen día — contestó. — Siéntense — y nos señaló el único banco de madera que en la cocina había.

Una mujer, más joven que él, vestida con falda de percal, ya viejo y desteñido, el busto cubierto con mantón negro, estaba en cuclillas. A su lado hervía una pava; ella cebaba el mate, y, así sentada, se lo servía al mozo, chupando luego el que por turno le correspondía.

Luego que nos sentamos, la mujer se levantó perezosamente, apoyando la mano derecha en el muslo, y en silencio nos ofreció el brebaje criollo.

Así, mudos, estuvimos largo rato; el mozo facilitó a los indios lo necesario para nuestros caballos, y luego siguió en indolente mirar hacia una colina que se divisaba allá en la lejanía.

De pronto, su vista, su semblante todo adquirió un algo de mayor animación y dijo a su compañera:

— ¡Mirá, chei, quién viene allá!... — señalando hacia la colina un punto oscuro que avanzaba y aumentaba de tamaño. Era un jinete en una mula, que se dirigía al rancho a buen trote.

La mujer miró. Sin que el rostro perdiera un solo momento su expresión estoica, ni se delatara una mayor animación o alegría en su voz:

— ¡Si es mama, po! — exclamó. — Y viene en la *misma* mula que se *jué*.

La mulita trotaba y pronto vimos acercarse al rancho una viejecita tocada de negro. Llegó, bajó, echó las riendas sobre el lomo del animal y penetró en la habitación, cocina y sala a la vez.

— Güen día — dijo, y se sentó en un tronco de árbol.

— Güen día — contestaron los hijos.

— Buen dia — saludamos.

— Pasale un mate — ordenó el hombre a la mujer más joven.

La viejecita chupó la bombilla, se enjugó el rostro con la punta del manto, acarició a León y Mandinga, que se acercaron a saltos, meneando el rabo.

— ¿Y el Pilcha? — preguntó.

— Se murió, po — replicó el hijo.

— ¡Pobre el Pilcha! — musitó la vieja... — ¿Y cuándo se murió?

— A los tres años de irse usted, po...; parece que la extrañaba, po.

Miré sorprendido. Picado de la curiosidad, quise saber cuánto tiempo había estado ausente la madre.

Lo pregunté derecho, no más:

— ¿Y cuánto tiempo hace que se fué de aquí?

Me miró lentamente, y lentamente, con su canto habitual:

— Hicieron siete años pa este invierno que pasó, señor. Ya tenía ganas de volver; ¡tanto tiempo, po!... — concluyó.

Sonrió el ameno conversador y agregó, como finalizando su relato:

— Después de esto, amigo Gámez, no creo que haya nada más pigre ni más estoico.

## LA PÁGINA BLANCA

Un poeta joven de la dulce Francia,  
que lleva sin mengua su estirpe gloriosa,  
ha elegido, en versos de suave fragancia,  
como a la más bella, la página rosa.  
Yo elijo la blanca... Amo la blancura  
que es una infinita síntesis del día;  
adoro ese tono que evoca la albura  
llena de bondades de la Eucaristía...  
No es sólo la gama de las inocencias  
— los tiernos jazmines, los lirios triunfales,  
las hostias sagradas y las transparencias  
de los armoniosos corderos pascuales... —  
No es sólo ese cándido y puro fulgor  
que en nobles pedazos engendra Carrara  
y que una «Sinfonía en Blanco Mayor»  
inspiró a otra lira francesa y preclara  
(un canto más níveo que la estepa rusa,  
un canto muy blanco, muy blanco, y muy frío,  
y a cuyo contacto se animó la musa  
tres veces bendita de Rubén Darío...).

No es sólo la nieve, los cirios, la luna  
y el fondo divino que brilla en la tez...  
Es blanca, muy blanca, señora la cuna,  
y es blanca, muy blanca, también la vejez!  
Vestidos de blanco venimos al mundo;  
de blanco dejamos, después, sus umbrales,  
y en el intermedio lírico y profundo,  
son blancos, muy blancos, los velos nupciales...  
Y las almas santas — esas criaturas  
que llevar parecen alas en el flanco, —  
las almas sin mancha, solemnes y puras,  
sabedlo, señora: son almas en blanco!

BELISARIO ROLDÁN  
(Argentino)

## POR LOS CAMPOS DE SANTA FE

Vapores cómodos, lujosos, han substituído a los modestos barcos a vela que antaño hacían la travesía entre Buenos Aires y Santa Fe. Entonces el viaje duraba varios días, y los pasajeros podían contemplar a placer el panorama de las isletas del caudaloso Paraná; hoy, son breves las horas para deleitarse en el siempre espléndido paisaje ofrecido por el río, la vegetación, las islas silenciosas, las riberas, en las cuales la industria o el comercio establecieron fábricas o puertos importantes.

En uno de esos antiguos buques a vela mis padres abandonaron su provincia nativa para establecerse en Buenos Aires, adonde los llamaban risueñas esperanzas, muchísimos años atrás.

Ahora hago yo viaje en contrario: aguas arriba, en ligero paquebote, contemplo desde ayer este soberbio río, «*grande como mar*», alegre entre las innumerables islas del Delta, admirable frente a estas costas santafecinas.

---

Iluminada y soberbia llanura elegida por Garay para dar origen a esta hermosa, fértil y altiva provincia.

¡Oh dorados campos de Santa Fe!

¡Oh extensas planicies esmeraldinas, azuladas llanuras!...

Ríos santafecinos, que desde el lejano Chaco se extienden y bifurcan, en reverberantes ondulaciones, cual enormes sierpes que desde los bosques tropicales se arrastraran cautelosas a otear la presa, a orilla de las lagunas...

El sol brilla en el campo de oro de los trigales maduros; los linares dan la ilusión de que un trozo de cielo se hubiese extendido en la llanura y fuera mecido por la brisa...

¡Cálidas auras de la tierra santafecina, apenas dulcificadas por el crepúsculo!.... Campos quemados, soleados tan despiadadamente que hasta las elásticas boas han menester defenderse del bochorno entre las sementeras o en las viviendas de los colonos.

Así, bajo mi cama, al volver del trabajo, hallé más de una vez, semejante a un grueso rollo de soga, una enorme serpiente que dormía... También entre la techumbre pajiza de los ranchos, hallélas descansando...

¡Campos agrícolas donde el inmigrante entona cotidianamente la canción al trabajo y a la abundancia!

¡Santa Fe! Las cosechas pródigas de tu suelo reúnen en incontables enjambres a colonos llegados de todas las regiones del orbe.

Y mientras al conjuro de la voz de cortadoras y trilladoras se atiborran los vagones, y los cosechadores de algodón cantan al noble y albo textil, todas las voces entonan los salmos litúrgicos a Ceres...

.....

---

Fué en esta región de las más prósperas colonias agrícolas, donde sucedió lo que tal vez parezca cuento.

Temprano comenzó el trabajo diario.

En un ir y venir de hombres, mujeres y niños, se puebla el ambiente de voces, de cantos, de ruidos.

Las poleas de las máquinas giran incesantes y los motores llenan los aires con ininterrumpidos afanosos ecos. La jornada es ruda. Un vaho sofocante se eleva de la tierra y baja de los cielos el plomo aplastante del sol.

Los fuertes jornaleros, sudorosos, con paso tardo se acercan de tiempo en tiempo, a las tinajas repletas de caña terciada con agua, donde aplacan la sed que los consume...

Tañe una campana: llega la tregua necesaria para los trabajadores, que se dispersan al escuchar la broncínea voz. Unos hombres se echan a la sombra de los carros o de las parvas; otros buscan refugio en sitios sombríos.

Los campos plantados de chañar están distantes; los techos rojizos de las casas, o las amarillas techumbres de los ranchos criollos, también se ven lejanos...

Pero mi casa no está lejos; voyme a ella que he de preparar el pago de la peonada.

.....  
A la ruda jornada del campo, sucedió la ímproba tarea del pago semanal. Una colmena desfiló por el escritorio. El aire, cargado de emanaciones agrias de los cuerpos sudorosos, se me hizo irrespirable por momentos.

Al fin pasó el último peón. Suspiré.

Después, me senté a la puerta de calle, a gozar de la brisa vespertina. Extendí la vista por la llanura tranquila, callada, serena, velada ya por la noche, que aproximábase a grandes pasos.

---

Los paraísos que sombrean el frente de la casa, se agitan esparciendo el suave perfume de sus florecillas moradas. De las diamelas del jardín llegan, en efluvios, deliciosos perfumes.

En el patio rectangular y amplio, atados a cadena, ladran León y Toba, dos enormes dogos, guardianes del caserón aislado en medio de la campiña.

Tras una recorrida por el jardín y la huerta, llego hasta la cerca de chañar; altos tapiales de adobe limitan el terreno.

La luna alumbra ya los campos y diseña plenamente los más pequeños objetos. Una enorme pila de leña de algarrobo, en medio del patio, proyecta un gran cono de sombra hacia el corredor...

He vencido la fatiga y encerrado en mi cuarto me entrego a la lectura. ¿Qué ruido me distrae?... ¿Cuál tenue rumor, sospechoso en extremo, llega a mí?

Afuera, ladran nerviosamente León y Toba.

Abro la puerta y salgo al corredor.

La luna ilumina el espacio. Cielo sereno, cielo de Santa Fe, claro, brillante como plata.

Cielo de verano, que parece hacerse más y más diáfano, hasta convertirse en un ensueño...

Recorro el patio, la huerta; miro los tapiales; examino el jardín. ¡Nada!... Observo, rodeándola, la pila de leña de algarrobo.

Calmo los perros y les quito la cadena.

Vuelvo a mi habitación. Cierro con pasadores y llave y vuelvo tranquilo a mi lectura. Las páginas angustiantes de *Melpómene* me tienen abstraído...

Nuevamente algo distrae forzosamente mi atención. Es el mismo rumor sospechoso... Recuerdo que ese día fué de pago, que tengo dinero en caja. Estoy solo; mis padres y hermanos pasean en Rosario...

Fuera, Toba y León vuelven a sus ladridos más ahincadamente y atropellan.

Echo el revólver al bolsillo del saco y salgo al patio. La luna ilumina hasta los objetos más lejanos. El cielo, las flores, son de plata bruñida; el suelo parece recubierto del mismo metal.

Miro el patio, el jardín, la huerta, los tapiales. ¡Nada!

De pronto, al rodear nuevamente, observándola, la enorme pila de leña de algarrobo, una sombra alta, muy alta, gigantesca, se levanta en salto increíble, indescriptible...

.....  
El sol de la mañana penetraba por la enrejada ventana cuando desperté al día siguiente. Estaba tendido largo a largo en el piso de mi habitación.

¿Cuántas horas había estado desmayado en aquel sitio?...

Levantéme; examiné muebles, puertas, caja de hierro. Todo estaba intacto, en orden. La puerta por la cual recordaba haber salido al patio, herméticamente cerrada, tenía echados los cerrojos.

Afuera, el sol bañaba el patio y el jardín, y brillaba a lo lejos, en los campos de trigo, en las quietas trilladoras, en las rojas tejas de las casas lejanas, en los techos pajizos de los ranchos.

Los perros, sueltos, me saltaron con muestras de alegría y cariño. Púseles a cadena.

Hasta hoy continúa sin explicación lo que me aconteció en aquella clara y serena noche de verano.

## FRAGMENTO DEL POEMA HISTÓRICO

### LUCÍA MIRANDA

Mezclando sus murmullos,  
Sus perlas y sus nítidas espumas,  
Bajo arcos de esmeralda  
Que pueblan de dulcísimos arrullos  
Bandadas de aves de pintadas plumas,  
Hollando alfombras de vistosa gualda,  
Van serpéando con raudal bullente  
El Paraná espumoso  
Y el manso y transparente  
Río Carcarañá, límpido extremo  
De esa cinta de plata  
Que anudada en la cumbre de la sierra  
Que el reposo de Córdoba defiende  
A través de su flanco se desata,  
Y hasta mi rica Santa Fe se extiende,  
Viniendo a entrelazarse  
Con un nudo de perlas al undoso  
Limpio raudal del Paraná grandioso!

---

¡Con qué notas de plácida armonía  
Serpeando entre barrancas  
Besa la playa su corriente fría,  
Mientras extiende en ella los encajes  
De sus espumas blancas!  
Si oyeseis sus rumores: sonora  
La música vibrante de sus olas  
Al volcarse en el ala vagarosa  
De la brisa que cruza la llanura  
Meciendo de sus flores las corolas,  
Tiene como un acento de tristura:



Melancólico acorde que parece  
Traer a la memoria  
El recuerdo lloroso de una historia:  
De una historia de amor y desventura  
Tierna como el murmullo  
De dulces besos infantiles, triste  
Como el doliente arrullo  
De la torcaz amante que perdido  
Llora en las frondas del sauzal, el nido.

---

Conocerla debéis, con las grandezas  
De la argentina historia,  
Entre cuyos espléndidos anales,  
Constelación radiante de bellezas,  
Ese suceso de inmortal memoria  
Descuella con destellos inmortales.

CELESTINA FUNES  
(Santafecina)

## EN LAS RUINAS DE UN FORTÍN

Pasan las aguas del río, rojizas, cenagosas, en la época del deshielo; cristalinas, transparentando el lecho pedregoso, en invierno, pero siempre rápidas, siempre en desatentada carrera.

Se las oye desde lejos; vienen entonando la canción de los cerros, recién abandonados y ya distantes; llegan murmurando leyendas y canciones que se dicen unas a otras, apresuradas, al lanzarse en desenfrenada carrera hacia la pampa arenosa, hacia el no próximo río o hacia el mar, también lejano.

Se charlan todo, atropelladamente, como las chicas cuando, yendo a tiendas, se encuentran en la calle, y al pasar sin detenerse un momento, se dicen un secreto, se cuentan frivolidades.

Las salientes del rocoso lecho ofrecen oportunidad para las carreras de obstáculos; las aguas se precipitan vertiginosas; se empujan, se derriban y saltan, levantando espuma. Algunas se detienen indecisas y describiendo una parábola se acercan a la orilla, deseando descansar tal vez....

¡Imposible! El imperio de la inercia las empuja y han de seguir su camino, fatalmente.

¡Vienen de tan lejos, de tan alto!

Así las ilusiones, las alegrías de la vida, de tan alto, de tan alto vienen que no pueden detenerse y pasan raudas, sin que una sola consiga ganar la orilla y quedarse por siempre con nosotros.

Y así corren y saltan, así murmuran o braman las aguas del turbulento Diamante, al pie de los primeros cerros policromos.

Natura ofrecía a las avanzadas de la civilización una defensa sólida en el barranco cuya base lame el Diamante rumoroso.

En lo alto de la barranca gredosa y guijarreña, se conservan las ruinas de lo que fuera valla opuesta a los malones de los indios rancules, desde más allá de Malargüe (1) y San Carlos.

De aquel fortín de San Rafael, fundado en época del virrey Sobremonte, el año 1805, por don Ambrosio Mitre, y cuyo fortín diera origen al pueblito 25 de Mayo, pintorescamente enclavado entre cerros, se pueden distinguir todavía los lineamientos de la entrada, la sala de armas, la comandancia, los calabozos y otras dependencias.

De las construcciones que caían a la orilla del barranco, sobre la línea del río; no quedan sino derrumbados adobes, que se desmoronan poco a poco, a medida que las aguas socavan el ripioso murallón.

De cada adobe, de cada piedra de aquellas históricas ruinas, quería arrancar un secreto, una leyenda; de tantos combates sostenidos con los indios debían guardar un eco esos terrones amontonados, como guardan algo del ausente, las flores ya secas, colocadas en un ataúd...

---

Daba término al dibujo de las ruinas cuando se acercó Pacífico Coria, un viejo criollo que, en otras ocasiones, me hiciera conocer sucesos y sitios legendarios.

Miró, como al descuido, el dibujo.

— ¿Pa qué lo quiere así? — interrogó. — Si lo hubiera visto en'antes, *su mercé*.

— ¿Usted lo conoció, Coria?

— Claro, pues. Pa la guerra del Paraguay yevaron la tropa de aquí y io tuve que marchar también. Después que nos licenciaron io me quedé un tiempito en Corrientes, y cuando volví a estos pagos, encontré el juerte en una sola ruina. No lo hubiera querido ver así... ¡Si habremos peliao, protegidos por sus cañones, contra los indios!...

— ¿También les vió la cara a los indios, o les disparó?

---

(1) Malargüe: Voz indígena que significa *Corral nuevo*.

Al viejito le brillaron los ojos.

—¡Je, je!... Los asustábamos, pero también nos hacían disparar... Mire — y me señaló una extensa cicatriz en la mejilla derecha. — Con permiso de su mercé — agregó, arremangándose hasta dejar al descubierto dos gruesas costuras en el antebrazo.

—¿Los indios?

—Los indios. Esto jué en la disparada que hicimos dende Malargüe hasta el mesmo juerte, con el cabo Funes.

Miré aquel hombre chiquito, magro, completamente encanecido, *apachangado*, el rostro enmarcado por hirsuta barba, calzando *chancas* viejas, con raído pantalón y camisa de percal rojizo. Un cinto de cuero aprisionaba el pantalón a aquel cuerpo, todavía erguido y cimbrador; iba tocado con amplio *achupalla*.

De hablar nervioso y atiplado, se detiene, fija la vista en el suelo, cuando quiere relatar con exactitud.

—¿Cómo fué? — le interrogo.

—Ya verá su mercé.

Io había iegao hacía poco como soldao al fortín. Soy de San Carlos y conocía todo esto como a mi mano, así que dende que vine me desinaron pa las salidas a Malargüe y al Colorao. Mandaba las juerzas el coronel Irrazábal.

Se estaba en paz con los salvajes y hacía mucho que no traiban *malón*.

—¿Pasarían aburridos, entonces?

— ¡Deánde! Cerquitita, ahí no más donde está la viya, había muchos ranchos y muchas niñas, bien donositas. Así que cuando teníamos franco, aiacito nos íbamos a pasar el rato. Y después las chinitas nos venían a ver, haciendo que vendían empanadas y golosinas.

Un día nos mandaron al cabo Funes y a mí p'arrear una hacienda que se había ido cerca de la frontera.... Ya sabía io que iendo con el cabo traeríamos l'hacienda, porque era bravo el cordobés, pero también me preparaba a pasar unos días güenos, como qu'el Funes era un lindo crioio.

—¿Alguna aventura?...

—Si me premite su mercé...

—Cuenta todo, no más, hombre...

—Güeno, pues. Había en Malargüe unas familias de indios cristianizados, que facilitaban a los salvajes los vicios y ropas, pero que eran amigos endeveras de los soldaos, y muchas de las mozas andaban enriedadas con la tropa. El cabo Funes tenía una simpatía, muy linda, por la que galopiaba en cuanto se le ofrecía la ocasión, y yo..., ¡cómo había de ser, pues!..., por no ser menos.... Por eso nos gustaba salir juntos, pues.

—¿Hace poco tiempo de eso, no? — le digo sonriendo.

—He cumplido ochenta años; tenía veinte entonces, ya ve.

—¿A los veinte, eh? Cuente, cuente...

—Güeno, pues. Al salir le digo al cabo: «¿Y cómo *hacimos*, pues? El camino es largo y pa dir hasta Malargüe, pasar allá uno o dos días y trair l'hacienda, nos vamos a tardar muchísimo.»

—No sias niño — me dice el Funes. — Cuando *volvimo* nos *hacimo* los sofocaos y decimo que nos han corrido los indios.

—¡Lindo no más! — le dije.

Y nos largamos al galopito, camino al sur.

Dios nos había de castigar por pícaros.

—¿Queda lejos aquello?

—Di' a cabaio, a güen galope, tres días larguitos. Reventando pingos, dos días. Se vadea el Diamante y después el Atuel, un poco antes de las Juntas.

—¿Qué son las Juntas? — interrumpo.

—Yaman así ande se juntan el Atuel y el Salao. Pero nosotros debíamos pasar antes, donde es más *pandito* el río. También se cruza el arroyo del Tigre, que tiene unas barrancas altas, yenitas de flor del aire. ¡Viera su mercé qué lindo! No nos ocupábamos de bolar tanto *choique* (1) y guanaco que pasaba disparando; íbamos silbando una cueca y pensando en las priendas.

Todo lo víamos con la alegría que yevábamos; el cielo tan azul, las aguas tan claras, las flores del aire tan fraganciosas... Y no era pa menos, pues... ¡Cómo nos íbamos a imaginar la güelta!

—¿Qué les sucedió?

---

(1) Choique: avestruz.

— Ya verá su mercé. Yegamos al rancho de la María, al romper el día. ¡Qué madrugada!...

Los perros atropeyaron, toreando, pero menearon la cola al reconocernos. La muchacha, linda como una flor del aire del arroyo del Tigre, como si una corazonada se lo hubiera anunciado, estaba levantada. Nos brindó el yerbeao.

—¿Y la que a usted le interesaba?

—¿La Luisa? La iamaban “la Choica”, por el porte y por lo ligera pa correr. Vivía en otro ranchito, al lao de la María, así que también la vide.

Pasamos un día feliz, sin acordarnos de l’hacienda. El sol estaba de apuro, porque cuando quisimos acordar ya s’eiba.

—¿Pero no iban a estar dos días?

—Dos días pensábamos, pues, pero ya verá.

Un indio cristianizado, ahijao de Funes, a quien quería como padre, vivía en lo de la María. Al otro día temprano estábamos tomando mate, mientras se asaba una picana de choique; Jesús, el indio, se acercó como al descuido, y mientras miraba pa otro lao, nos dice en voz muy baja:

—Se han alzao los rancules... Disparen pronto que vienen a matarlos...

—¡Amigo! ¿Qué hicieron? — le interrumpo.

—Los cabaiois estaban a nuestro frente, en el palenque. Corrimos como luz, desatamos el cabresto y saltamos sobre los pingos; al mismo tiempo un solo grito nos aturdió; la indiada nos veía escapar y se nos venía encima... Era una nube de salvajes.

—¿Y las muchachas?

—Las muchachas no corrían peligro; eran amigas de los indios.

—¿Y Jesús?

—Jesús también saltó en el cabaio de Funes.

—¿Y? — le pregunto, más con el gesto que con la voz.

—Taloneamos los pingos, les dimos el grito de guerra y agachamos la cabeza junto al pescuezo del bruto. Los indios ululaban horriblemente; a veces sentíamos el resoplido de sus cabaiois cerca de la espalda, de las piernas. *Matau cristiano!* — gritaban los bárbaros...

—¿Y no tenían para defenderse?

—Y de no, no contábamos el cuento, pues. Como soldaos no abandonábamos el *naranjero*, prevenidos siempre por que se estaba expuesto en todo momento a una traición. Además, Jesús, cuando nos dió la voz de peligro, alzaba una *garabina* bien provista. Así pudimos voltear los salvajes que se acercaban demasiado...

Aquello jué una carrera a toda *juría*.... El arroyo del Tigré, con las altas barrancas y las flores del aire; el Atuel, todo desaparecía, como una *luciérgana* en la noche. No *víamos* nada. Azuzábamos a los cabaíos y limpiábamos salvajes.... Nos helaba la sangre la gritería que alzaban cuando volteábamos alguno; ¡echaban rabia por aquellas bocas fierazas!... ¡Si cáibamos en poder de aqueía chusma!...

Nuestros cabaíos no asentaban los vasos en el suelo; la gritería, las balas, los enardecían; cruzaban los campos como *rejusilos*.

La noche hizo disminuir los enemigos, pero no pudimos detenernos. No más de veinte indios seguían enceguecidos, encarnizados, con tan güenos pingos como los nuestros.

¡Empezaron las bestias a aflojar y el juerte estaba entuavía lejos!... El instinto guió a los animales a la querencia en l'*escuridá* de la noche; nosotros no sabíamos ia p'ánde íbamos... ¡Amaneció al fin!

—¿Los seguían aún los indios?

—¿Y cuándo s'iban a volver?... Los cabaíos, como adivinando el peligro, sacaron juerza de flaqueza y agrandaron la distancia entre nosotros y nuestros perseguidores... Si algún animal hay qu'el hombre debe querer y cuidar es el cabaío; inteligente y güeno *no hay que decirle* que el amo está en peligro; él lo salvará.

—Así es, amigo. ¿Así que los caballos los salvaron?

—Eios. Dieron un estirón al sentir a los salvajes tan cerquita. Funes volteó otro indio de un tiro.

Era mediodía cuando el resoplido de un cabaío daba casi en el anca del mío y sentía la lanza cerquitita de mi cuerpo. Un salvaje se me había puesto a pocos metros.

—«Matau cristiano!»— oí gritar; entonces me encomendé a Dios y cuerpeándole al lanzazo, largué las boleadoras dándome apenitas *güelta*.

El güen Dios me ayudó; le pegué en medio del pecho y lo vi cair al bandido.

Una sola alarida espantosa resonó en la pampa, y tuvo eco en la montaña por largo rato, tan juerte y tan estridente jué, alarido que, entuavía hoy, después de tantos años, oigo en la noche y me corre frío por el cuerpo.

...Entonces divisamos el fortín, este mesmo fortín, y repasamos el Diamante.

Unos cañonazos hicieron volver cara a nuestros perseguidores. Al salir del río, el cabaio de Funes cayó reventao.

También traiba dos hombres... El mío, ¡pobrecito!, no murió, pero quedó inútil pa la campaña.

— ¿Y qué le dijeron al comandante?

— ¿Y qu'íbamos a decir?... Lo que el cabo Funes había inventao, Dios se lo hizo pasar de verdá, pa que lo contara bien. Y vea, su mercé, así jué cómo perdí este dedo, y cómo en esa disparada me hirieron de lanza en la cara y en el brazo, al disparar la pistola contra la indiada.

— Así que a usted le resultó cierto aquel verso de Martín Fierro:

«¡Dios le perdone al salvaje  
las ganas que me tenía!  
Desaté las *tres marías*  
y lo engatusé a cabriolas.  
¡Pucha! ¡Si no traigo bolas  
me achura el indio aquel día!»

— Así jué, pues; poco más o menos lo mesmo que dice el verso. Dígamelo otra vez, su mercé, pa que se me quede.

— ¿Sabe leer?

— Aprendí entonces, en el servicio de la Patria.

— Bueno, entonces, tome y apréndalo.

Arranqué una hoja de la libreta y copié la estrofa.

Coria la leyó, se sonrió y me dijo:

— Gracias; ya soy muy viejo, pero lo'i de aprender... ¡Pucha, si no traigo bolas, me achura el indio aquel día!...



## ESCUCHANDO "SI YO FUERA REY"...

¡Oh! ¡Si yo fuera rey! ¡Qué loca algarabía!  
¡Qué de luces fantásticas en mi palacio de oro!  
¡Qué de sueños dorados bajo la mano mía,  
Qué tintinear de copas y qué reír sonoro!

Ni que dudarle, rey poeta sería;  
Repleto de versos tendría mi tesoro  
Y en torno mío la grata compañía  
De poetas, pintores, una orquesta y un coro.

¡Si yo fuera rey!... Qué fiestas en palacio  
Y en la olmeda umbría y en aguas del río;  
Añilado ex profeso estaría el espacio  
Y acaso algún astro quisiera ser mío...  
Y yo sorbería, despacio, despacio,  
La efímera gloria de mi poderío.

MAGNOLIA A. MILLÁN  
(Argentina)



PASAJE DEL PARANÁ POR EL EJÉRCITO DE URQUIZA  
ÓLEO DEL PINTOR ARGENTINO EMILIO CARAFFA

## OBRAS DE ARTE EN LA ARGENTINA

---

### PASAJE DEL PARANÁ

En la Casa de Gobierno de la ciudad de Paraná, ocupa totalmente una pared lateral del salón de recepciones, un óleo del pintor argentino Emilio Caraffa. La tela es de gran dimensión: aproximadamente tres metros por seis metros.

¿Cómo no detenernos ante este grandioso cuadro?

La crítica ha consagrado a Caraffa, por su técnica y por sus creaciones, uno de los primeros pintores argentinos.

En esta obra son notables la diafanidad de la atmósfera, la intensidad de la luz sobre las aguas, sobre los campos. Los rayos del sol, iluminando aquellos grupos de valientes

que atraviesan a nado — ávidos de libertad — uno de los más grandes y caudalosos ríos americanos; los altos jefes del ejército, de enérgica y firme apostura, en la mirada fulgurando el ideal que los anima; el horizonte amplio como el sentimiento que consagra aquel momento histórico; todo un conjunto técnicamente irreprochable, artísticamente soberbio, fijando en la tela, para la posteridad, el memorable Pasaje del Paraná, por el ejército que comandaba el general Justo José de Urquiza.

En primer término, sobre la barranca, Urquiza, a caballo, destaca su recia figura de caudillo, tocado de largo poncho y sombrero de copa, su clásica indumentaria de campaña. Vigila las operaciones del vado del río y da órdenes. Es un retrato fiel, en gran tamaño. A su lado, *Purbis*, el perro inseparable, compañero fiel de Urquiza en todas sus campañas.

Todo vestido de rojo, el trompa — en un plano inferior — arregla la montura.

Otro personaje se destaca en este plano cercano: la heroica figura del general Lamadrid, montado en un caballo blanco.

Allí está el estado mayor: entre los generales que van a la cruzada libertadora, poseídos todos de una secreta seguridad en el triunfo, está Mitre, sereno, observando la tropa. Sarmiento, de amplio torso y ceño adusto, a caballo también, escribe. Acaso en ese momento toma apuntes para redactar al día siguiente aquel párrafo de su documentación valiosa, por ser de testigo ocular: «El sol de ayer ha iluminado uno de los espectáculos más grandiosos que la naturaleza y los hombres pueden ofrecer: el pasaje de un gran río por un gran ejército...»

Todo esto en lo alto de la barranca.

Hacia abajo, el ejército todo vestido de rojo, pasa entre los cardales, llevando al frente la bandera argentina y entrerriana. Banderolas, lanzas, armas...

El río anchuroso, claro, en ese día memorable, muestra sus aguas abiertas en surcos por las filas viboreantes de hombres y animales, lanzados en línea oblicua en su corriente. En la otra orilla se ven las lanchas llenas de hombres.

Por las lomas que al río se inclinan, descienden centena-

res de hombres que integran el ejército que, en Caseros, dará fin a la tiranía de Rosas.

Desde la puerta, al retirarnos, nos detenemos a mirar una vez más: las figuras se agigantan, cobran nueva vida y movimiento y nos sentimos envueltos en aquel glorioso pasaje de tropas que se lanzan a inaugurar una era de paz, trabajo, de libertad y progreso.

## UNIDOS DE LA MANO

Ven y sentémonos en esta roca, a saturarnos de luz. Descansemos un momento, en esta cumbre tan luminosa, tan serena y silenciosa.

Hemos ascendido la escarpada falda, «unidos de la mano, cual dos niños» y así,

«felices y sin otros horizontes  
que la cumbre azulada de los montes»,

gocemos, en silencio, la calma incomparable e indescriptible de la montaña...

Extendamos la vista por laderas y valles, elevémosla a los picachos lejanos, majestuosos.

Rocas despedazadas, como caídas desde gran altura, forman un verdadero caos; a nuestros pies, breñas y zarzales. Arriba la luz, la eterna luz, diáfana, que cae en saetazos sobre piedras y plantas y nos encierra en cálido círculo.

Descansemos...

Tenemos muchos años, pero no somos viejos; mientras el alma prosigue ascendiendo sobran alientos juveniles.

Hemos ascendido. Columbramos, de lo alto, el llano que se nos antoja pequeño. Y sin embargo, ¡cuán diminutos nos vemos en esta inmensidad! Cómo nos conturba esta nuestra misérrima insignificancia, ante la magnífica superioridad del cosmos...

Cerremos los ojos; ahuyentemos, por un momento, la deslumbrante visión, que también esta grandiosidad fatiga como una carga.

Desde esta roca contemplamos el inquieto río, en el cual muchas veces aplacamos nuestra sed. Vislumbramos la arboleda, que nos brindó sus sazonados frutos. Y la casita donde moraron, con el trabajo, el anhelo y la alegría. Pero

tuvimos *sed* de luz y trepamos estos abruptos montes. Quisimos saborear los frutos maduros de la noble aspiración y morar en la mansión donde brilla, día y noche, esa diáfana claridad que templada y subyuga el espíritu, esa claridad sin ocaso y sin eclipses.

Muchas veces debimos detenernos, heridos por los espíndulos quiscos. El camino fué áspero y largo; el valor lo hizo mullido; la fe lo abrevió.

Pero ahora, ya en la cima, en tanto descansamos, echas a reír como un loco.

¿Qué sucede? ¿Cuál causa te alegra así?

Sentado en el blanquecino y duro peñasco, das vuelta los bolsillos y los enseñas vacíos, completamente vacíos.

¿Qué recogiste en el camino recorrido?

¿Cuáles frutos guardaste de los muchos brindados por la noble huerta de la humilde casita?

Ya lo ves. Los bolsillos vacíos, las maletas exhaustas. Todo lo diste.

Ofreciste, regalaste, derramaste cuantos dones recibías del buen Dios. No faltaron para ti, pero nada te queda de la cosecha.

No importa. Tenemos muchos años, pero no somos viejos...

La luz, la luz diáfana serrana, nos envuelve en un círculo cálido y lo que es mejor aún, esta claridad es eterna.

Iluminados por sus rayos, paseando la mirada por sobre los picachos, comprendemos la magnífica superioridad del cosmos...

## DE SAN JUAN

Llevo la visión imborrable de esta San Juan, contemplada en un rápido tránsito, como en visión cinematográfica.

Antigua ciudad de calles y veredas estrechas, carentes de arboleda, tiene el claro color de las ciudades coloniales. Bajas y encaladas las casas de adobes, con ventanas enrejadas. La edificación moderna difiere, como es lógico, de ésta ya antigua.

¡San Juan, provinciana y tradicional; la sencillez que conservas es tu mejor poesía!

El sol castiga las adoquinadas aceras, despiadadamente, a la hora de la canícula, pero, saliendo a los departamentos cercanos, la umbrosa arboleda ofrece plácidos momentos de bonanza. Así es en Desamparados, Concepción, etc.

Bajo la pálida luz lunar, San Juan, silenciosa y clara, se me presentó melancólicamente bella. Y así, bella y tranquila, silenciosa y sencilla, es la visión que llevo de esta ciudad.

Sea así, venturosa por siempre, esa su verdadera vida.

El espíritu buscará en todo momento con afán y en todas épocas, estos lugares silenciosos que aquieten y dulcifiquen la vida febriciente a que obligan las grandes urbes.

---

Quise visitar la vieja casa que levantara con los metros de tela tejidos bajo la nudosa higuera centenaria, la patricia ilustre, modelo de mujer y de madre, que se llamó Paula Albarracín de Sarmiento.

Como se penetra en un templo, férvido el pecho de veneración, subyugado el espíritu por la emoción que despierta aquel sagrario, recorrí la casa toda: desde el portal y el primer patio en cuadro donde está una higuera, que recuerda

aquella otra derribada por razones de estética, hasta el espacio de dos metros cuadrados a lo sumo, donde está en pie el viejo horno de barro, a cuyo calor se coció el sabroso y nutritivo pan casero, según la costumbre de aquella época.

El patio, forzosamente cambiado, está cubierto de parrales y jardín. Todo limpiecito, bien cuidado: se advierte de inmediato un prolijo amor, un culto por las sombras que vagan en aquella vieja casa.

Con unción atravesé las habitaciones amplias, antiguas: he aquí la alcoba donde nació Sarmiento. Voy de un sitio a otro, queda la voz, suave el pisar, temeroso el gesto: la sombra del gran patricio vaga entre aquellas paredes; los objetos, los muebles, todo lo que fué suyo, alguna huella guarda de su vida.

Toda la casa huele a casona antigua, a reliquia. Las puertas, los techos, los pisos. Bajo vidrio algunos tapices: uno del Corazón de Jesús, bordado, con dedicatoria a Sarmiento. Otro, en tejido de esmirna, paciente obra de las tejedoras de antaño. Un tercer tapiz, con leyenda en los cuatro lados, de la Cofradía de Nuestra Señora de la Merced, en acción de gracias por haber salvado del atentado, siendo Presidente de la República.

Modestos muebles de la época de su gobierno en San Juan — 1862 a 1864; — el dormitorio que usara durante la histórica presidencia (cama, lavatorio, ropero, toallero, donados al Museo por la señora Klappenbach), revelarán siempre al hombre sencillo a quien la fortuna jamás inquietó; excelso genio cuya única pasión fué el saber, cuya única ambición fué la grandeza nacional; cuya única preocupación fué la instrucción, la protección de los niños.

Numerosos retratos en las paredes: joven, viejo; en su patria, en Norte América, exilado en Chile; en el llano, en la lucha, en el gobierno.

Varias placas de bronce y oro atestiguan el recuerdo y la veneración de sus conciudadanos; varias placas, pocas, si se piensa lo que aquel hombre fué. Basta decir: ¡Sarmiento! . . . ¡Pero *está tan lejos* San Juan para ir a depositarlas! . . .

En vitrinas, donde antiguos objetos, obras de arte muchos de ellos, pregonan su vejez, *la pala*, lustrosa, afilada de



tanto golpear, la pala de madera dura del telar de *doña Paula*, como nos advierte nuestro cicerone.

El tiempo urgía y contra nuestro deseo hubimos de abandonar el recinto sagrado donde viviera su infancia poco holgada uno de los más grandes genios de nuestra patria.

En todas las escuelas que visité he visto el busto imponente: la fisonomía recia, altivo el gesto, saliente el labio, un si es, no es, despectivo o bondadoso, la mirada severa, como escudriñando el alma de las escuelas de su amada San Juan, como inquiriendo si su sueño de maestro, de humanísimo maestro, si su anhelo de argentino es ahora realidad.

---

Héme ya lejos de San Juan. Voy dejando atrás el camino polvoroso y, raro, misterioso pesar me embarga. Parece-me que he vivido mucho tiempo en la ciudad cuyana, patria de Santa María de Oro y de Laprida; de tal manera me he sentido agasajada, de tal manera se despertó mi afecto.

Llevo varias horas de viaje y la montaña distrae un poco mis pensamientos.

El paisaje se va embelleciendo y por momentos me domina...

¡Oh qué puesta de sol!

Detrás de una nube, fileteada de oro, un sidéreo reflector lanza haces de luz áurea a los espacios cósmicos. Y las nubes hasta ese momento algodonosas, rosadas, se tornan violetas, grises, pizarra, mientras se van concentrando en la montaña las sombras del crepúsculo.

Allá enciende una llama áurea en el recodo de la montaña ensombrecida; más acá una nube morada, con reflejos de fragua, se esconde tras vellones que se extienden y dispersan por fin.

Y el gigante Aconcagua y los montes todos retienen por breves momentos el luminoso manto de los cielos, hasta que desprendiéndose, rasgándose en leves jirones, que flotan breves instantes en las cimas, los envuelve por completo el manto de la noche.

---

# SAN RAFAEL

(I)

## LA MAÑANA ES LUZ...

La lluvia fresca y bulliciosa ha lavado los árboles que brillan en el verde esmeralda de sus hojas vivas y en los manchones, oro viejo, de las hojas ya muertas.

Los vientos otoñales acumulan hojarasca en las aceras y en los jardines. Remedo fiel de nuestras ilusiones, las hojas, ayer lozanas, caen hoy impulsadas por la brisa. En quejumbroso rodar corren, se detienen, se amontonan, se separan y alejan, para volver a reunirse en numerosos grupos, como si quisieran abrigarse, protegerse, atalayarse contra la saña del cierzo.

Cuando escucho ese quedo rumor entre las hojas caídas y amontonadas, paréceme que se dicen sus cuitas, que melancólicas lloran su efímera vida. Entonces viene a mi mente «*Las hojas secas*» de Bécquer...

La lluvia ha limpiado la atmósfera y el cielo de San Rafael es de un azul intenso, profundo, sin una nube. Todo brilla, iluminado por los rayos, oro pálido, de este sol tibio y agradable.

El día incita a la excursión, lenta, detenida a cada paso, para gozarse en la plenitud de belleza ofrecida por los amplios caminos, flanqueados de arboledas áureas, los extensos viñedos que rindieron ya abundantísima, jugosa cosecha; en la luz que se quiebra y colora, con toda la gama de matices, los cercanos cerros, las lejanas montañas donde se advierte, reverberante, el níveo sudario.

Dilatado horizonte; extensas calles en las cuales el progreso pone la nota de la edificación moderna; caminos de macadam, como no los hay mejores en la república; rumorosas, claras acequias a la vera de las calles y fincas; canales correntosos, llevando en cada gota la prosperidad a los campos que atraviesan; ríos fecundantes, llanto de la montaña, que es a veces lento, otras abundante, rápido; ríos de iras concentradas cuando el débil poder humano quiere oponerles vallas; manchones, grandes manchones de arboledas de todas clases, desde el obscuro y noble olivo al claro álamo; desde la prolífica higuera al gallardo nogal; desde el taciturno sauce de melena a la moda hasta el aldeano membrillero: así es San Rafael.

Si es en las sierras, ricas minas esperan brazos fornidos y audaces que abran brechas en la roca y saquen a flor de tierra la riqueza depositada por natura generosa en no lejanos sitios, y, por ende, fáciles para laborar.

Plata, cobre, hierro, plomo, petróleo y mármoles, carbón, mica y cuarzo, también oro, ofrecen las minas no distantes de San Rafael, algunas de ellas ya en laboriosa explotación. «La Picasa», las minas del «Nevado», «Los Burrejos», «La Choica», son yacimientos que rinden anualmente sumas de toneladas de rico mineral...

## VILLA 25 DE MAYO

Si la excursión ha de prolongarse a los sitios pintorescos, fáciles vías para autos conducen a la antigua villa «25 de Mayo», hoy triste y despoblada pero que conserva, indudablemente, sus encantos, en su vejez y aislamiento.

Árboles añosos, altos, ramosos; cual hermanos, tiéndense los brazos y allá, bien alto, se entrelazan.

El sol, viejo amigo de los antiguos adobes de sus ranchos, se desliza entre las hojas e ilumina las silenciosas calles, el viejo templo, siempre cerrado, como si la fe hubiera huído de aquellos lugares. Brilla pleno el sol en la plaza sencilla, humilde, cuyos senderos van cubriendo las hierbas.

De uno que otro rancho asoma un chiquillo, descalzo,

misérrimo, o un viejo criollo, que siente el contagio de aquella vida que se va lenta, apagadamente...

Ceñida por cerros de poca elevación, regada por el Diamante, 25 de Mayo tuvo, en las barrancas de este río, el antiguo fuerte de San Rafael. Hoy van derrumbándose poco a poco las ruinas del fortín, en otrora valla opuesta a los malones de los indios.

En medio de la tristeza que invade al espíritu ante este pueblo, ya en completa decadencia y abandono, nos sorprende también la innegable emoción sentida ante sus ruinas. Surge del ambiente rara belleza que nos retiene, sin que sepamos por qué, y nos hace volver la vista a todos lados. Es que, ante todo, esta aldehuela es realmente hermosa; es una aldeana vestida de harapos, pero cuya belleza nos obliga a suspender el paso para contemplarla, larga, detenidamente...

Hay algo de misterio, de leyenda, de secreto, en este villorio de adobes y ruinas, que se nos adentra en el espíritu...

## AQUEL VIEJO TEMPLO

El viejo templo cuyas campanas no tañen hace tiempo, tiene herméticamente cerradas sus antiguas y pesadas puertas.

La voz del sacerdote no resuena en la nave; tan sólo los gorriones invaden el principiado y no concluído coro, para cantar hosannas al Creador; en los capiteles de las columnas, pían, en primavera, los pichoncitos bullangueros.

La amabilidad del guardián de la abandonada capilla, permítenos penetrar en el sagrado recinto. Solitarias, en el altar, las imágenes, al recibir la luz solar parecen animarse.

Con mezcla de temor y piedad nos arrodillamos.

¿Qué pediremos a Nuestra Señora del Carmen? ¿Qué rogaremos a San Rafael?...

Una viejita del lugar nos refiere el amor de este santo por la Villa.

Prodigaba San Rafael sus milagros en la aldea 25 de Mayo y recibía de los fieles numerosas ofrendas.

Al terminarse la iglesia del nuevo pueblo «San Rafael»,

distante unas seis leguas de la Villa, el santo debió ser trasladado a la naciente ciudad.

El santo fué bajado del altar y sacado del templo en medio de los cánticos de sus numerosos devotos. Fué cargado y asegurado con gruesas sogas a un carro de mulas, a la puerta del templo.

Pacientes, las mulas llevaban su preciosa carga. Treparon los cerritos, atravesaron arenales, llegaron al buen camino, desde donde se divisaba la nueva población. Al llegar al «*Alto de las Paredes*», San Rafael tendió la vista hacia el pueblo al cual le llevaban. Al santo no debió satisfacer el cambio. La Villa, coquetona y arbolada le atraía y, enojado, abandonó el carro y se volvió a su altar.

Allí está desde entonces; allí le vimos y nadie ha podido sacarle jamás.

## EL NIHUIL

Por el sinuoso «*Paso de la Muerte*» y «*Agua de los Terneros*», camino entre precipicios y altos cerros, donde los quiscos lucen en verano sus aromosas flores blancas, amarillas o rojas, se llega a una altura desde la cual, volteando la vista hacia el norte, se admira entre verdes la lejana ciudad de San Rafael, y mirando hacia el Sur, se contemplan dos rectos caminos: al Nihuil conduce el uno, al Sosneado y La Pintada el otro.

¡El Nihuil!... ¡Las cascadas del Nihuil!... De antemano nos seduce la belleza del paisaje que se va desenvolviendo. El soberbio Nevado, entre azulada niebla, se ofrece como una obsesión espléndida durante cuatro horas de buena marcha; a la derecha, los Andes nevados, tras los cerros teñidos con óxidos, manchados de blanco con calizas y yeso, incrustados de mármol y de tierras de origen volcánico; a la izquierda, rojizas, a pico, las barrancas del correntoso Atuel.

Después de varias horas de frenética carrera por un camino arenoso y pesado, se abre el panorama; el río tranquilo, aparece ancho, bruñido por el sol. Pero ¡guay! del que fía en esa tranquila superficie. La muerte se esconde, se

agazapa debajo y con crispada mano asegura al cuitado que se aventura a un baño; un remolino lo hace desaparecer instantáneamente... Es la Ninfa vengadora; es, tal vez, la *Yacumama* de los quechuas que gime entre las peñas y aparece en las noches claras de luna, llamando a la raza que rindióle, otrora, culto fervoroso; vengando, acaso, la desaparición de los antiguos pueblos indios...

Después de una curva entre rocas, el río precipítase turbulento una, dos, varias veces, de peñón en peñón, formando saltos y cascadas, cuyas aguas irrumpen atronadoras y se estrellan y saltan y se enfurecen y precipitan, corriendo desatentadas, en busca de salida, para lanzarse entre otros y otros cajones, sin rendirse, hasta que consiguen librarse de la pétreo prisión y salen embravecidas, revueltas, rugientes, ansiosas de campo, luz y libertad...

---

## SAN RAFAEL

(II)

### LA PINTADA

¿Qué es La Pintada?... Es oasis deseable; es lugar de descanso, silencio y ensueño.

Hacia el oeste, distante unas veinte leguas, por estrecha y tortuosa senda, flanqueada de arbustos espinosos, que lucen flores gualdas o rosadas, a cuyo pie medran punzantes pencas, hemos llegado a la región montuosa, ávido el espíritu de la calma infinita de las cumbres.

Hemos llegado a la región basáltica. Ya extendemos la mirada por riscos y por llanos. He aquí el cauce ancho, de elevadas barrancas graníticas; la flor del aire pone allá, bien en alto, la mancha blanca de sus pétalos fraganciosos y alabastrinos.

Un arroyo corre lento, transparente, filtrándose por entre las resquebrajaduras de las rocas; la sedienta arena amari-

llosa se arrastra hasta acercar sus resecos bordes a la linfa refrescante, que la obscurece...

Volteo la mirada a uno y otro lado, abarcando las bellezas del maravilloso cuadro matinal.

Elijo sitio propicio: me atalayo en elevada loma y admiro con deleite el contraste de los verdes álamos, altísimos y frondosos, los crespones aclarados de los sauces, con las blancas y reverberantes extensiones berroqueñas, la cumbre rojiza y estratificada del combado cerro fronterizo, donde triscan los gemebundos chivatitos y las brunas hondonadas, donde la gárrula corriente cristalina se denuncia bajo el espesor de la fronda.

Avanzo en contemplación saludable: esta quietud tonificante disipa las tormentas del espíritu.

Tomo por un caminejo de cabras. Cerros basálticos a un lado; formación volcánica evidente en los milenarios riscos fronterizos. Subo y bajo lentamente las laderas; un pequenuelo, gordinflón, alegre, listo, deja apenas las huellas de sus diminutos pies desnudos en el sendero gredoso, al lado de las mías, más hondas, y es más ágil él que yo. No le fatiga la marcha ni le hieren los guijarros. Un papel obscuro le llama la atención: abre, curiosos y contentos los ojazos negros y corre a levantarlo. Mira y remira los signos dorados, las letras rojas. ¡Qué maravilla! ¡Qué hallazgo!...

¡Almita blanca, ingenuidad envidiable, aquel papel de fotografía, fué tu felicidad de toda una tarde! Al dormirte, por la noche, en el tosco jergón al son de los balidos de los recentales, acaso apretaste aquel mísero papel con tu mano diminuta y rolliza y soñaste con los Reyes Magos, que no pasan para todos los niños... ¡Y menos por un chozo de piedra, tan lejano!... Mientras Caridad no les enseñe el camino, no llegarán a tu choza, bello niño moreno, infatigable criollo de las serranías...

---

Desde una afilada cumbre contemplo el mare mágnum de sierras; ya no las envuelve la bruma azulada. Son cerros manchados de mica, sulfatos y carbono. Son serranías milenarias, de color ocre, añil; amarillas, rojizas.

Un brazo de agua, saltarán entre las breñas, se precipita en suave carrera y cae acumulándose en concavidades de las peñas, cómodos sitios que incitan al baño...

Las piedras pintadas por los *huarpes*, nos detienen en reflexiones arqueológicas. Dibujos azules, negros y rojizos; trazos amarillos y blancos; series de puntos en líneas serpentinadas; innúmeros trazos que semejan patas de *suri* (1); discos, líneas quebradas, se ven en la techumbre y en las paredes de una entrada pétrea. ¿Qué nos dicen aquellos dibujos? ¿Qué refieren aquellos trazos?... ¿Hazaña?... ¿Tragedia?... ¿Esas rayas y puntos aclararán algún misterio de la tribu autóctona de esta provincia?...

Pero dejemos por hoy la ciencia, ya que en descanso quedamos pasar el día, y lleguemos a la gruta cercana. Helechos y culantrillos asoman sus delicadas hojuelas entre *tupe* y musgo. Un manantial deja caer desde unos diez metros de altura las gotas cristalinas y frescas sobre las rocas combadas y resbaladizas.

Y sentada al lado de la poza de aguas verdosas, la simpática mujer que oficia de guía en esta excursión, me refiere la hazaña del paisano Montenegro.

---

## LA HAZAÑA DE MONTENEGRO

Criollo serrano que conoce palmo a palmo los vericuetos, Montenegro recorre diariamente el campo. Es pastor. Guía la vacada desde el puesto de «La Pintada» hacia el cercano de «Los Castaños», rodeando cerros.

Allí, enclavado entre el Cerro y la Quebrada de los Castaños, está el rancho a cuyas inmediaciones conduce Montenegro sus animales.

Pero hoy, Montenegro no azuza la tropa. Es domingo; pasó el día en fiesta criolla y vuelve a su rancho, a pie, por el áspero sendero diariamente recorrido.

---

(1) *Suri*: avestruz, voz indígena.



El sol dejó de amarillar la cumbre más alta; ya en el redil balan las inquietas cabras; la naturaleza ha enmudecido cansada y somnolienta.

El mancebo asegura el largo cuchillo en el cinto, echa el poncho al hombro y se aleja pausadamente por el escabroso caminejo.

... Un rugido le detuvo súbitamente. Frente a esta gruta, un león agazapado, fosforescentes los áureos ojos, aterradore, estremecíase pronto a saltarle.

Montenegro, veloz como la luz misma, saca el filoso facón y arrolla el poncho al brazo. El león salta y de un zarpazo le desgarrá la mano. El cuchillo se le cae, precisamente, junto al puma.

El mozo comprende la terrible situación; jugará cara la vida. Confía en su fuerza y en su sangre fría, tan justamente comentadas entre el paisanaje, donde se le teme por esa misma fuerza y esa presencia de espíritu, jamás desmentidas. Mira el arma, sin perder de vista al animal; acaso pudiera también dar un salto y alcanzar aquélla...

El puma no lo deja pensar mucho. Le salta nuevamente, y esta vez en medio del pecho la garra abrió ancha herida. Mana a borbotones la sangre, pero el criollo permanece en pie...

El león hace vibrar su cuerpo, enfurecido por aquel invencible enemigo. Montenegro mira fiero, ceñudo, bravío. Empleará la astucia contra la fuerza... Mide la distancia hasta su cuchillo, a tiempo que el felino le salta por tercera vez... El hombre, con mirada veloz, ha calculado el salto; opone el poncho a la garra, se agacha y ruéda bajo el animal... Luchan, se arrastran.. Ya la mano consigue tantear el acero...

... Nerviosamente, angustiosamente lo empuña, sintiendo que las fuerzas le abandonan y cuando el león se prepara a hundir las garras en el cuello, él desde abajo le clava en el pecho el arma hasta el mango...

Vió revolcarse al animal en las convulsiones de la agonía, en tanto que él caía desvanecido, en un charco rojizo... Paisanos amigos lo llevaron a su rancho, donde curó de las heridas.

Tal fué la hazaña de Montenegro, que relató la criolla de La Pintada.

Regresamos a los coches, alumbrado el camino por el livor de los relámpagos. Era completamente de noche. Pero, a la luz meridiana, a la hora vespéral, o al fulgurante cigzag de los relámpagos, es «La Pintada» el lugar más primorosamente bello, el más pintoresco sitio de San Rafael.

Tiene, además, este privilegiado departamento mendocino, maravillosas aguas termales. En los baños «Los Molles», «La Vigorosa» y en los próximos al Cerro Bola, hallan los enfermos no sólo alivio a sus dolencias, sino completa curación. A una temperatura elevada surgen las aguas que, año tras año, atraen numerosas personas, las cuales regresan preconizando la bondad innegable de los baños termales de San Rafael.

## RECUERDOS DE VIDA RIBEREÑA

Plácida y clara mañana de marzo. El sol derrama el esplendor de sus rayos por las lomadas, donde se levantan confortables *cotages*, elegantes *chalets*, y da una fulguración dorada tanto al cielo sereno, de añil purísimo, como al mar dilatado que a pocas cuadras ya tiende la orilla de su sabana sin límites.

Es la época que se conoce aquí con el nombre de *temporada de los ingleses*.

Desde que Mar del Plata fué visitado como punto balneario, los ingleses supieron elegir, para su descanso, el mes en que el mar está más bello, el ambiente más agradable.

Con la calma de quien desea rever todos los sitios donde se vivieron largos años, gustando el inefable placer de admirarse ante los cambios que vuelven desconocidos muchos lugares, llego a la playa. La mullida alfombra arenosa es hoy, como siempre, propicia para el descanso y la contemplación. Pero prefiero las rocas resbaladizas, ennegrecidas por millares y millares de pequeños mejillones adheridos; prefiero las peñas por entre cuyos espacios pasan las aguas espumosas que al retirarse dejan al descubierto las *actinias*, abiertas como flores oscuras: prefiero estas rocas donde tantas veces saltara cuando niña.

Aquí voy a disfrutar el aire salobre saturado de iodo, el olor peculiar de las algas marinas; aquí, descansando, voy a recordar, ¡oh mar!, años vividos al rumor del oleaje o al bramido de tus aguas siempre inquietas.

Acaso te diga como Gertrudis Gómez de Avellaneda:

“Suspende, mar, suspende tu eterno movimiento”; así, ante tus tranquilas ondas podría soñar todo un día, volver a vivir en el pensamiento toda mi vida de niña, toda mi juventud.

Ayer, no más, te sentí bramar; en el estampido de tus olas al romper contra las rocas, adivinaba tus aguas revueltas trayendo en montón las algas marinas que hoy llenan tu ribera.

Hoy, estás tranquilo nuevamente, y mañana, tal vez, sepultes en tus iras algún barco de los que por varios días salen a la pesca.

“*Suspende, mar, suspende tu eterno movimiento.*” Quiero recordar...

Dos momentos destacan por sobre todos los recuerdos de la infancia.

Hace años, Mar del Plata era una aldea. Recién se había iniciado la vida balnearia en estas playas solitarias. Yo me deleitaba en correr por la playa del Brístol en compañía de “Turco”, el enorme Terranova, orgullo de mi padre. A veces mi compañero de locas carreras por la arena me abandonaba para lanzarse a las olas, en busca de maderas que le arrojaban los obreros afanados en la construcción de la que fué la primera rambla.

Mi padre paseaba sus ocios de Subprefecto Marítimo en aquella costa solitaria, mientras observaba el afán de los trabajadores o la actividad de los pescadores, que allí cerca tenían sus lanchas y se aprestaban a lanzarse mar afuera...

El mar comenzó a picar, y sólo unas pocas lanchas se arriesgaron. En aquella época no se tenían más que las velas y los remos para la propulsión de las barcas: hoy ya pueden navegar con mayores seguridades los barcos pesqueros.

Volvieron aquéllos a la tarde, porque la tormenta se anunciaba.

Al día siguiente, el mar amaneció muy picado. El cielo estaba gris; las olas, altas, golpeaban el muelle con furor; los pescadores se llamaron a sosiego.

Sólo uno, un viejito encorvado, de lengua barba blanca, aprestó su lancha. Salía solo. Los compañeros se oponían a su embarque. Los marineros encargados de la vigilancia se acercaron a decirle que era imprudencia salir. Avisado, llegó mi padre, que quiso hacer valer su autoridad para que el

viejo lobo de mar entrara en razones. No hubo caso. Ni ante la amenaza de ponerlo preso desistió de su capricho.

— No salgas, Antonio; el mar está bravo y la tormenta vendrá más fuerte.

— Per Baco; io non so di paura, niente di paura — contestó el hombre, quien no hablaba palabra en castellano.

A las 9 de la mañana Antonio se aventuró mar adentro. Desde la playa todos contemplaban aquella cáscara de nuez donde un imprudente navegaba hacia la muerte.

— Está loco — dijeron los compañeros.

A mediodía el viento silbaba espantosamente; las olas se elevaban tan altas como casas; el mar, revuelto, iracundo, parecía que pronto se tragaría el muelle, la rambla, las casillas de baño, las lanchas alineadas en la ribera, como enormes bestias en descanso.

¿Y Antonio?...

Mi padre no fué a casa a almorzar; habló por teléfono a mi madre, para que estuviera tranquila por mí, y quedó a la expectativa del curso de la tormenta y de los sucesos. Era su deber.

El cielo estaba negro, el rugido del mar acallaba todo otro rumor; el viento se deshacía en espeluznantes silbidos en la torrecilla de la subprefectura, en las cornisas de la rambla, en los palos de las lanchas.

A media tarde el huracán era imponente. La gente reunida en la playa escudriñaba ansiosamente mar adentro.

De la mano de mi padre, yo no sentía miedo alguno; así, en mi pequeñez, pude guardar en mi recuerdo estos momentos...

Empezó el apresto de las dos lanchas más fuertes, con los hombres más fornidos y valientes. Nadie hablaba; todos sabían de la lucha que, en esos instantes, a varias millas, sostenía Antonio solo, con los elementos desencadenados. Al fin mi padre tuvo que ordenar la salida. No hacerlo era condenar a muerte al viejito italiano.

Volaron las lanchas impulsadas por la fuerza hercúlea de los remeros; el viento contrario no permitía la ayuda de una vela. A veces, una exclamación de horror se escapaba de los labios: parecía que las olas hundían los frágiles maderos.

Se perdieron de vista, no sin verse detenidas alguna vez.

Una, dos, varias horas de ansiedad se pasaron en la playa. Cayó la tarde, comenzó el crepúsculo. Nadie se había movido de la playa. A ratos, la voz llorosa de las mujeres, hermanas, madres o esposas de los que al salvataje se arriesgaron.

¿Quién no ha sentido la angustia de saber hombres en el mar, alejados de todo socorro, en días de borrasca?

¿Quién que haya vivido en costas marinas, ignora los días de zozobra, cuando la gente pescadora anda en sus faenas, y el mar se encrespa y ruge el vendaval?

¿Quién de mozo no se ha estremecido con las páginas de Hugo, las leyendas bretonas o los trágicos cuentos holandeses, cuando relatan las tempestades marinas y las luchas de los hombres?...

Anocheecía cuando una exclamación unánime indicó unos puntos en el horizonte. Se trajeron farolas de mano: desde el muelle se enfocaron aquellos puntos. Uno, dos tres... ¡Tres..., volvían tres..., volvía Antonio!

El viento favorable permitía una vela desplegada que hacía más rápido el regreso, aun cuando a veces era un peligro por la fuerza del vendaval. Pronto se agrandaron las barcas: las olas parecían sumergirlas, pero volvían a aparecer como domando otra ola gigantesca. Viento y olas las lanzaron al fin a la playa.

La muchedumbre corrió a ayudar el arrastre de las lanchas playa adentro.

Los pescadores ayudaron al viejo Antonio a salir de una de las barcas; apenas puesto un pie en tierra el viejo se prosternó y pegó su cara a la arena. Una sola exclamación se escapó de su pecho;

—¡Oh Dío mío! ¡Dío mío!...

Y lloró a sollozos como un chiquillo.

Lo levantaron y lo atendieron. Estaba aterido. Le habían encontrado, ya rendido ante la muerte, arrodillado rezando.

La tormenta lo había vencido y la lancha se le llenaba de agua, que él ya no tenía fuerzas para sacar...

---

De este inolvidable día paso a otro, no tan lejano.

La tarde calurosa, el aire pesado; una tormenta de otoño se descargó furiosamente sobre la ciudad. Por el asfalto

de sus avenidas, corrió en ríos el agua venida del desborde de los campos. A dos cuadras de nuestra casa estaba el mar. Cuando obscureció quise contemplar el mar iracundo, entre las sombras nocturnas. Y desde la rambla La Perla, acodada en la barandilla de madera, contemplé el espectáculo magnífico, inolvidable.

Horrisono bramaba el océano; negro estaba el cielo, negro el mar. De vez en vez, un relámpago iluminaba con su cárdena luz las aguas. Tan altas cual aquellas moles negras, jamás las he imaginado. Y relucían como acero a la cigzagueante luz.

Vi las olas levantarse gigantescas; retorcerse en convulsiones espeluznantes. Entrechocábanse, y luego, como impulsadas por pasiones iracundas, por odios inconcebibles, se golpeaban, se rompían, se desmenuzaban.

Parecían serpientes gigantescas en luchas dantescas; semejaban animales apocalípticos en un afán incontenible de destrucción, en un espasmo de rebelión; todas las iras concentradas, en explosión simultánea para destruir el mundo; todas las fuerzas encadenadas en el fondo del abismo que hubieran logrado su liberación y se alzarán con mil brazos potentes en venganzas irresistibles, a destruir los cielos...

Y en medio del bramido del oleaje, de la ronca y espantosa voz de rebelión de las aguas, la lluvia caía en gruesas gotas que un viento cálido arrojaba con furia contra las ventanas de los balnearios: todo esto visto al livor de los relámpagos, que menudeaban cada vez más...

Evoco estos dos momentos inolvidables, sentada en estas rocas ennegrecidas y resbaladizas, mientras las olas van a morir tranquilas en la arena, ¡oh mar! Te admiro brillante, tranquilo, verdense, y aspiro a plenos pulmones la brisa saturada de iodo.

Mañana, lejos otra vez de tus riberas, recordaré esta bella mañana de marzo: entretanto tus fuerzas, eternas como la ley que las rige, en ineludibles alternativas de quietud o de rebelión, mostrarán a cuantos a ti se acerquen, idénticos momentos de bonanza o de horrisono furor cual los que mi recuerdo evoca.

## NAVIDAD

Mientras los chiquillos, sentados en el suelo, beben sendos tazones de leche, la mujer, en un presuroso ir y venir por los corrales, encierra los conejos, guarda los pollos, revisa los nidales. Segura de que no podrán ser asaltados por los gatos cebados que, noche a noche, merman las crías, Teresa torna al rancho. Se sienta cerca del brasero donde se cuece la cena. Elige de entre los rotos calcetines del pequeño los más pasibles de componer y puntada va, puntada viene, arregla las gastadas prendas.

Mira a su marido que allí cerca, en la chacra, doblado hacia la tierra, abre nuevos surcos a la escasa luz de la tarde que se apaga. Le grita:

— ¿No vienes aún, Francisco?

— Ya termino, mujer.

El hombre deja el trabajo, levanta la compuerta de la acequia para que el agua corra durante la noche por entre los cuadros de verdura. Voltea la vista al campo labrado, al maizal en flor. Mira ahincadamente ese predio mísero, árido, a pesar del trabajo de sus músculos fuertes y de su animoso corazón. ¡Tierra ingrata! En vano la riega hasta medianoche y la labra desde el alba. Apenas si le da escasa verdura, que le produce unas pocas *chirolas*. Y sin embargo, en las chacras linderas la tierra es fértil, las cosechas abundosas. Sólo para él la tierra misérrima; para él las malas cosechas; para sus aves las pestes. Nunca, a pesar de su empeño, logró arribar. Los hijos llegan, uno tras otro, pero no el desahogo deseado. Es muy mala su fortuna.

De esta guisa discurre Francisco, mientras camina lentamente hacia la casa.

La sierra se ha dormido, entretanto, en el silencio crepuscular de la regiones montañosas.



Escondido entre el maizal de abultadas mazorcas, entre surcos de arvejas y tomatales, circundado por rosas silvestres, sombreado por raquíptico sauce, está el rancho de Francisco, miserable chozo de barro, techado en paja. Una ramada de cañas, baja y ancha, a guisa de corredor, protege la habitación del sol o del frío y es cocina y comedor a la vez.

---

La luna, una brillante luna de plenilunio, idealiza aquel crepúsculo de Noche Buena, e ilumina el cobertizo donde Francisco y Teresa, sentados a rústica mesa, meriendan. Cena de pan negro y sopa. Nada más. Son pobres, muy pobres y mal mantienen seis hijos.

La mujer observa a su marido pensativo; luego mira al interior del rancho. Allá, a dos cuadras, la iglesia resplandecerá de luces y se llenará de cánticos, pocas horas más tarde. Aquí, la miseria, la obscuridad para los niños dormidos, en esta noche de alegría universal. Su pensamiento vuela a otros hogares felices... Pero es joven y tiene fe de madre, vale decir, constancia y valor.

— Francisco, demos gracias a Dios que estamos sanos — dice al marido.

— Sí, mujer, sí; Dios nos conserve fuertes hasta que crezcan los pequeños.

— ¿Qué será de la comadre que no la hemos visto hoy? — inquiera ella.

— Hoy es fiesta grande para los ricos y no tendrá tiempo para acordarse de nosotros.

— La señora no es rica. Y aunque lo fuera, es bondadosa, quiere mucho a la ahijada y nos protege bien. Estará muy ocupada, porque han llegado muchas familias desde temprano.

— Mientras labraba, he visto relucir en el patio el árbol de Navidad.

— Yo también lo he visto. ¡Qué bien luce! Los chicos se han pasado la tarde arrimados al cerco mirando, mirando los juguetes y mil cosas que lo llenan... ¡Pobres hijos!..., ni un juguete hay para ellos... — Y dirige la entristecida

mirada hacia la casa que, calle por medio, se levanta frente a su choza.

— Han llegado muchas personas; hay muchísimos chicuelos. Escucha.

Hasta la ramada llegan ecos de la alegría, de las conversaciones de la gente sentada a la puerta y las risas de los niños que juegan bajo los aguaribays.

---

Al bullicioso grupo se allega una señora joven. Cargada de paquetes viene de la ciudad próxima, adonde fué por todas esas cosas que se compran en estas ocasiones. Cerníase la noche cuando descendía del tren y aún debe preparar las sorpresas.

El enjambre de chicuelos la asalta, le toma los envoltorios, la aturde: — Mamá, ya está arreglado el árbol. ¿Encendemos las luces? — Mamá, ¿cuál es mi sorpresa? — Mamá, ¿vendrán los chicos de enfrente?

— Pídoles un minuto más de paciencia — dice la señora a sus invitadosre unidos en la vereda, bajo los árboles. — Cruzo enfrente, a llevar alguna alegría y para que festejen también Noche Buena, que ya veo a mis compadres cenando.

Y escogiendo dos paquetes y una botella, con paso rápido se encamina hacia la choza.

Sus moradores no la ven trasponer la tranquera ni la sienten recorrer el sendero entre las verduras. Tampoco la oyen llegar hasta ellos. Tan abstraídos están. Sueñan, acaso, en un imposible para sus hijos... Sólo ven a la dama cuando dejando los presentes sobre la mesa, les dice:

— Festejen Noche Buena, compadres. Y despierten a mi Ñata y los hermanitos, porque dentro de una hora mandaré por ellos. Teresa, ilumine su casa y encienda esas velas a la Virgen, para que les dé alegría.

Estrecha con ambas manos las de los atónitos aldeanos y desaparece tan rápida como entrara, sin darles tiempo a decir palabra. Al llegar a la puerta del cerco, la alcanzan los saludos y las voces de agradecimiento.

---

Horas más tarde, iluminado el árbol de Navidad, Ñata y sus hermanitos miran todo, abriendo tamaños ojos. Deslumbrados por las luces, los juguetes, los colores, tímidos cual palomitas, se encogen, quieren esconderse de las personas y quedan extáticos ante cada chiche que pende del árbol.

La fiesta hogareña es de jolgorio para los chicuelos.

Tomados de la mano, hacen ronda y cantan. Entre todos forman rueda también los vecinitos.

— Que venga Noel, que venga Noel — vocea la muchachada.

Vestido de rojo capuz, luenga barba blanca, apoyado en báculo, cargando al hombro alforjas hinchadas de papeles plateados y dorados, hinchadas de baratijas, llega el padre, haciendo de Noel.

— ¡Viva Noel! ¡Viva Noel!

Y la ronda canta, alrededor del árbol:

«Esta noche es Noche Buena  
Y mañana es Navidad».

Noel se allega al pino tradicional y entre la expectativa de chicos y grandes, obsequia a la suerte con las muchas monerías colgantes entre el follaje.

Palmoteos, algazara infantil; ¡sagrada alegría infantil! ¡Inolvidable alegría de Noche Buena! Así, entre cantos, bailes, risas, llega medianoche.

— A la misa del gallo — dicen voces graves.

Ahora es de grandes y chicos la rueda que canta en torno al árbol, por última vez:

La Noche Buena se viene  
La Noche Buena se va...

En voz muy queda, Noel termina:

Y nosotros nos iremos  
Y no volveremos más.

De paso a la iglesia, las señoras dejan a Ñata y sus hermanitos en la puerta de la chacra. Con muñecos, cajas de

bombones, un monito y un triciclo, corren felices los chucuelos hasta la ramada, donde, a la luz de la luna, Francisco y Teresa los esperan sonrientes.

También hay luces en el rancho. También es Noche Buena en el chozo de barro...

---

¿Surgirá alguna vez, en la vida de estos rapazuelos, a través de luengos años, el recuerdo de esta Noche Buena?

Quizá, en alguna noche de plenilunio, verán, como en un ensueño, muchos niños en ronda alrededor de un árbol cuajado de luces y juguetes, percibirán una suave música, muy lejana, querrán recordar y acaso, melancólicamente, creerán que fué una ilusión, tan sólo una ilusión...

---

## ¿CANTAR?... SIEMPRE CANTÉ

¡Siempre canté!... Canté las armonías  
del dulce nido del hogar paterno,  
en la niñez feliz, que sólo aspira  
a la ternura del materno beso.

Y canté, y canté continuamente,  
altérnando el estudio y el recreo,  
los mimos, los aplausos, los cariños,  
que gozosos premiaban mis anhelos.

Luego, en la casta juventud radiante,  
canté de su belleza la armonía.  
Mi aspiración a la pureza angélica  
cantó mi corazón toda la vida.

Y, ascendiendo, canté los sacros coros  
en medio a mis amigas bendecidas,  
cuyo canto impulsábame a lo alto  
con toda el alma hacia la Luz tendida!

.....

Después vinieron penas... Por calmarlas,  
apelé al canto, predilecto amigo,  
y en largas horas de aislamiento y dudas  
saneó el ambiente del hogar vacío.

Ora en estrofas que el dolor dictara  
o en remembranzas del hogar dichoso,  
aquel amigo fiel trajo consuelos  
que el alma sosegaron poco a poco.

.....

Hoy canto resignada..., agradeciendo  
¡oh Dios! la inconcebible maravilla:  
¡quién pudiera pensar que a *mis ochenta*  
aún se empeña en cantar mi pobre lira!

ETELVINA SOTO Y CALVO

(Argentina) — Buenos Aires



SAN MARTÍN EN BOULOGNE-SUR-MER  
ÓLEO DEL PINTOR ARGENTINO ANTONIO ALICE

## OBRAS DE ARTE EN LA ARGENTINA

---

### SAN MARTÍN EN BOULOGNE - SUR - MER

Agigantada la altiva figura por la gloria, está San Martín, de pie sobre un peñasco, frente al mar. Voluntariamente exilado, el anciano vió deslizarse los años de su gloriosa vejez en Boulogne-sur-Mer (Francia).

Cuántas veces, en la añoranza de la patria amada, el libertador habrá permanecido muchas horas, como nos lo presenta la feliz concepción del pintor Antonio Alice, dulcemente arrullado por aquel mar rumoroso.

Pero en la hora en que el sol húndese en el piélagos, se habrá erguido, cual en la simbólica creación lo imagina el artista y, fija la penetrante mirada en el lejanísimo horizonte, habrá dicho a las ondas sus anhelos por la grandeza patria, sus nostalgias por el suelo natal!

De pie, sobre el peñón, habrá escuchado, en esa hora melancólica del crepúsculo, las voces de sus soldados de otra, los gritos de combate, los cantos de esperanza, los himnos de triunfo o habrá creído entrever un heroico ejército vivaqueando en los valles, a la hora en que el sol tramonta los majestuosos Andes.

El pintor argentino ha tenido una tan hermosa concepción ideológica en el cuadro que comentamos, que, hasta en el abrigo que lleva San Martín ha puesto el detalle culminante: agitada por la brisa marina, la capa semeja las alas del cóndor: puesto que el triunfador de Chacabuco y Maipo fue el cóndor cuyo majestuoso vuelo salvó las infranqueables montañas en infinita ansia de libertad y gloria.

## TIERRA DEL FUEGO

Allá, en los mares australes, en medio de las aguas antárticas, en inhospitalarias latitudes, donde silban los vientos que azotan el Cabo de Hornos y donde a su vez se mecen plácidas las aguas de los canales entre sargazos y plantas marinas, hay una isla encantadora, como visión de ensueño, como leyenda de hadas.

Mar azulado y tranquilo, riberas arenosas, bosques siempre verdes, bosques gigantes, milenarios, oscuros, donde los ancianos selváticos caídos — pinos y hayas gigantescas que se renuevan cada centuria por la humedad del suelo — donde los ancianos caídos, atravesados en la senda, están cubiertos y rejuvenecidos por parasitarias y musgos, líquenes, helechos; pequeños lagos, serenos, azules; algún riacho de lentísima corriente; claros en el bosque, valles herbosos, así es la isla.

Plantas raras, de coloración extraña; flores maravillosas, como la violeta amarilla, anémonas de hermoso color, senecios, orquídeas blancas, pintadas de rosa; montañas vestidas de verdor por bosques interminables; otras montañas, como Monte Sarmiento, Tres Hermanos, Monte Darwin, son eternas neveras; muchas hay, cuyos gigantescos ventisqueros descienden hasta el mar por las laderas y forman la bandera nuestra al reflejarse en las aguas, de un azul intenso, de los canales fueguinos.

Cascadas sonoras descienden entre los peñascos.

¡Tierra del Fuego! ¡Tierra de mis sueños, entrevista como bella visión fantástica!

¡Isla del silencio!... Silencio medroso en el bosque, silencio medroso en las montañas y en los picos y en los valles; silencio absoluto, de muerte entre la vida. Las aves no trinan ni atraviesan aquella floresta milenaria.



Encerrada entre el Estrecho, los océanos y el canal de Beagle, Tierra del Fuego tiene clima frígido, de nieblas y lloviznas, sin verano casi, pero plena de bellezas, atraerá siempre a los turistas.

Ensenadas y abrigos, puertos como el de Ushuaia y Lapataia, brindan refugio a los barcos. La población de Ushuaia, poco numerosa, se compone del personal de la gobernación y empleados. Poco movimiento en los reducidos centros.

Los indios yaganes, cuya cabeza fué pagada a peso hace una treintena de años, cruzan los canales en sus canoas o permanecen en sus *wigwames* escondidos entre el bosque; aunque ya se han habituado a ver *al blanco*, huyen siempre que pueden y cada vez es más raro encontrarlos.

En el interior sólo el zorro fueguino y el guanaco atraviesan los campos o trepan la montaña; ni aves, ni mamíferos, ni aun reptiles.

Las costas, donde rompen las olas blandamente, cobran alegre aspecto con las numerosas bandadas de animales marinos; gaviotas, pingüinos, que cubren enteramente las rocas; focas que se zambullen graciosamente y se echan en la playa a tomar *baños de sol*; hay también muchos peces.

Como única prueba de la vida del hombre activo, los aserraderos; y en ciertas horas del día — que es muy breve — los grupos de penados trabajando en los bosques, porque Ushuaia es también un presidio.

Alguna vez irán a esta región, a este reino de los bosques, industriales valerosos; no se arrepentirán, que no es esta tierra antártica menos pródiga, ni menos bella, que ciertas regiones de Noruega, de Suecia, donde, no obstante, el hombre sabe sacar provecho de la naturaleza.

Y también llegará el poeta que nos hará oír la *balada* a la bella Isla del Ensueño y del Silencio.

## EL ROSARIO DE SAN ANTONIO

Durante la noche había nevado; un albo ropaje cubría la tierra.

Desde nuestro arribo a estos lugares, anhelábamos contemplar el espectáculo de una nevada y la suerte nos la deparaba copiosa, sin intermitencias.

El jardín, las tapias, los arcos del parral, la huerta, todo deslumbraba con su blancor.

Bajo un cielo gris, las enredaderas se habían convertido en filigranas de cristal y de la madre selva pendían gruesas estalactitas, de un blanco opalino.

No había sombras, no había perspectiva en el paisaje; el cielo nevoso, estaba sobre los tejados; el tono blanco se esfumaba suavemente en el horizonte hasta diluirse en el gris plata.

Imposible perder la ocasión, tal vez única.

Una excursión a «Las Malvinas» propone mi compañero. No puede ser más atrayente el proyecto y acepto entusiasmada.

Bien arrebujaados, desde el automóvil vemos pasar el paisaje, silencioso, como el de un viaje realizado en sueños.

La nieve, piadosa, ha embellecido los oscuros tapiales de adobes, los miserables ranchos, las viejas casucas, los cuales parecen más altos, más amplios, más nuevos, porque aquélla les disimula las hendeduras del techo pajizo y los truncos ladrillos del horno, próximo a derrumbarse...

Retrocede el paisaje silencioso; retroceden los ranchos, retroceden los árboles de ramaje desnudo, cubiertos ahora con capa de armiño...

En la campiña blanca han desaparecido el fragante hinojo, el sahumador tomillo, la blanquilla, el tupe y la bergamota. Tan sólo los carrizos se yerguen en la ribera del río Diamante. ¡Nieva, nieva!...

Hemos recorrido varias leguas cuando nos sorprende un espectáculo maravilloso a orillas del Atuel: las altas barrancas convertidas en neveras, por lo menos de dos metros de espesor; el quillo, el retortuño, la jarilla, hasta las rocas, todo ha desaparecido bajo la capa uniforme y brillante.

Nos apeamos, y como chiquillos recogemos nieve que cruje bajo la presión de las manos. Las huellas del coche, oscuras, fangosas, muy profundas, nos revelan el increíble espesor de la nevada.

El río se desliza apenas, aterido, entre esa enorme caja de hielo.

¡Admirable, admirable!...

¡Fría, soberbia, inmaculada nieve, los paisajes que tú pintas, sin más colores que el blanco y el gris, son emotivos y no se olvidan jamás!...

---

Nuevamente nieva; los copos se persiguen, chocan entre sí, corren, saltan y silenciosos caen y se espesan en el camino, en las techumbres, en las huellas, en los árboles...

Bajo esta algodonosa llovizna llegamos a la casuca de Luvina la *Chilena*. Es un chozo de cabras, donde un fuego crepitante nos conforta y alegra con sus rojizas llamas.

Luvina, no vieja aún y sí muy simpática, nos recibe cordialmente; acerca asientos a una mesa que cubre con limpio mantel y nos ofrece extraño manjar.

— Quizá no les guste a sus mercedes, pero es l'único que tengo preparao, con este tiempo... Es un *charquicán*, al estilo chileno... Con esta torta de ñaco, tal vez les guste más... Perdonen sus mercedes, es el pan de los pobres...

El frío, la hora, ¿quién lo puede decir?, hizo que nos agradara el picante charquicán.

El ñaco, harina de maíz tostado, se come en Chile en tortitas, con leche y solo; mezclado con agua y azúcar, en la canícula, constituye un excelente refresco.

Luvina lo tenía preparado en tortitas, las cuales reemplazaban al pan; nos fué muy agradable. En sendos jarros, nos ofreció la deliciosa *chicha* chilena.

Era la mujer de verba pintoresca y de bastante facundia. Mientras nos reconfortábamos, describió muy curiosas costumbres de su país.

— Avísenme otra vez que vayan a venir sus mercedes, y les esperaré con un *tomatican* y un *valdiviano*.

De pronto, interrumpió la charla y se dirigió apresuradamente a un rincón donde, en una mesita que oficiaba de modesto altar, se consumía, alargando desproporcionalmente su llama azulada, una vela de sebo.

Encendió otra, apagó la que se extinguía, se persignó y volvió hacia nosotros.

— Alumbro a San Antonio—nos explicó;—los martes y viernes no hay que olvidarlo, si una quiere que la ayude.

— ¿Y el santo la oye?

— ¡Y cómo no! Es milagroso; y rezándole el martes siempre se consigue lo que se pide. Por aquí tiene muchos devotos... La casa de la señora Alicia se llenó de gente, que fué a rezar con el rosario de San Antonio, el 13 de junio, día del Santo.

La pedimos se explicara.

— ¿No ha oído su mercé hablar del rosario de San Antonio?

Debimos confesar nuestra ignorancia.

— No, pero usted nos sacará de curiosidad.

— Si su mercé gusta, así será.

Y Luvina nos refirió:

— Todas las tierras que se extienden desde el Atuel hasta «Las Malvinas», pasando este cerro, pertenecían a don Darío Giménez, un ricacho, buen criollo y el más generoso de estos pagos.

Cuando las viñas lloraban, ya los almendros y perales se venían abajo de flores, tan blancas, como rosadas eran las de los durazneros, que, vistos de lejos, parecían bandadas de choflas (1) posadas entre los cuarteles.

Para las cosechas, don Darío era el afincado que reunía más peonada y en sus viñedos eran las moscateles blancas y rosadas, la sanjuanina blanca y la dedo de dama, las me-

---

(1) *Choflas*, flamencos.

jores uvas de todo San Rafael. Dios lo ayudaba por buen cristiano. Vivía *embelecado* con su mujer, la señora Deidamia, y con una hijita, muy linda y muy consentida...

Hombres, mujeres y chicos, que trabajaron todo el día cosechando uva, descansaban bajo las ramadas, distribuidas en la finca.

Era una noche de marzo, serena, límpida.

Don Darío se había recogido temprano, según su costumbre; allí cerca dormía, tranquila, la señora Deidamia y en la cuna sonreía la pequeñita Alicia.

Don Darío — ¿quién sabe por qué? — abrió cautelosamente la puerta del dormitorio y salió al patio. La luna iluminaba la tierra y los lejanos árboles, alargando su sombra, parecían fantasmas inmóviles.

El señor cruzó el patio y la huerta; atravesó el campo y se dirigió hacia un cuadro arbolado.

De pronto se detuvo y comenzó a cavar. Empuñaba un azadón y con él cavó acá y acullá, cerca y lejos; cavó mucho, cavó hondo y extensamente. Y de cada hoyo extrajo huesos que fué reuniendo a la vera de un nogal.

Eran huesos humanos; huesos de los brazos, de las piernas, costillas... Don Darío caminaba y cavaba... Sólo se detenía para secar el sudor que abundante surcaba su rostro; después ciegamente, automáticamente, seguía la macabra tarea...

Salieron de la entraña de la tierra dedos, un espinazo y por último, allá lejos, sacó una calavera. Cuando la hubo colocado junto a los demás huesos, todos a una se movieron lentamente y se arreglaron hasta completar un esqueleto.

Don Darío se restregó los ojos y se enjugó la frente. ¿Estaría loco?... ¿Sufriría visiones?...

No, no lo eran, que el esqueleto hízose cuerpo, que se recubrió de ropas, apareciendo con su hábito el mismito bendito San Antonio.

Don Darío cayó de rodillas y entonces el santo le habló:

— De la madera de este árbol harás tú mismo, para tu hija Alicia, un rosario que será por mí bendecido y mientras rece con él, siempre se verá satisfecha en todo cuanto me pidiere...

Desapareció el santo. Don Darío se pasó la mano con-  
vulsa por los ojos... y despertó.

Vió que dormía serena la señora Deidamia y en la cuna  
sonreía la niñita Alicia. Despertó a su mujer y le refirió el  
extraño sueño.

---

Preocupado por esto, con el supersticioso espíritu provin-  
ciano, al día siguiente, acompañado de dos peones, don  
Darío rehizo el camino que por la noche recorriera en sueños;  
al llegar al nogal, a cuyo pie se le apareció San Antonio,  
hizo cercenar las dos ramas más gruesas y lozanas. Con ellas  
hizo, según *se lo ordenó el santo*, un rosario para la pequeña.

— Y es verdad — agregó la mujer, muy convencida — que  
desde que aquélla aprendió a rezar con el rosario hecho por  
su padre, consigue milagros, porque es el rosario de San  
Antonio, y todos los años, el 13 de junio, la casa de la señora  
Alicia se ve invadida por personas ansiosas de pasar entre  
sus dedos las cuentas del ya famoso rosario...

Vayan sus mercedes — terminó Luvina — vayan y pi-  
dan, que el rosario de San Antonio les dará suerte...

---

El espíritu de las sencillas gentes serranas está lleno de  
leyendas como ésta, la del «Anima de la Correa», y muchas  
otras, en una confusa mezcla de religión, de supersticiones y  
de culto a lo sobrenatural, cual era, en mucho, la religión de  
los pueblos indígenas.

---

## OBRAS DE ARTE EN LA ARGENTINA

### EXPEDICIÓN AL DESIERTO

Cuadro de Pedro Blanes

En el Museo Histórico Nacional existe un cuadro notable no sólo como acabada obra de arte, sino como rememoración histórica.

El pintor argentino Pedro Blanes ha detenido para la posteridad — en este notable lienzo — una hora histórica y trascendental en la civilización de nuestro país.

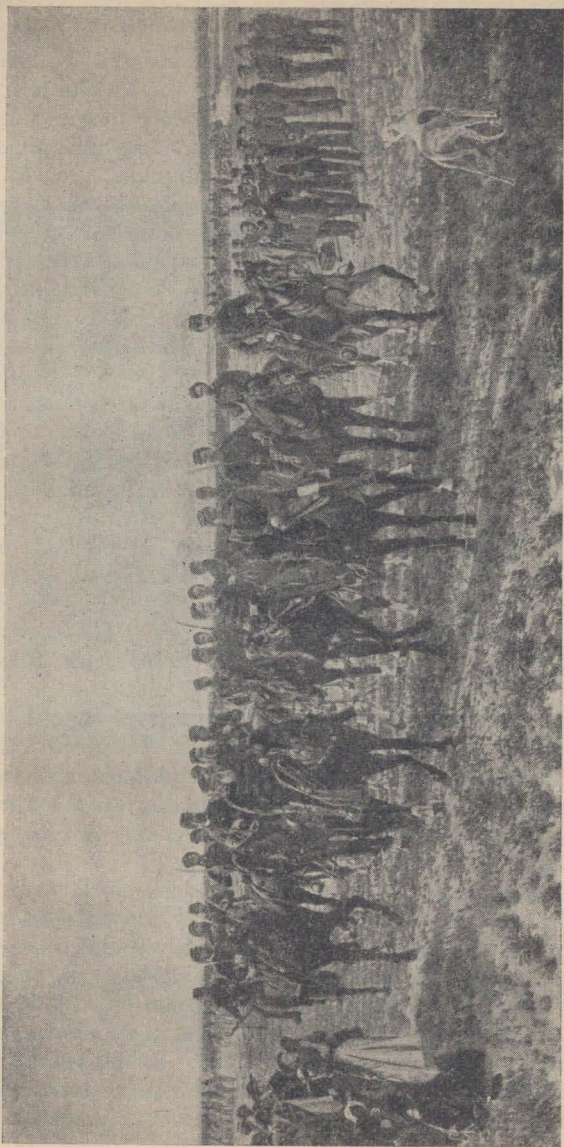
Las hordas de indios del sud, los rancules sobre todo, asolaban todo lo que hoy es Pampa, sur de San Luis, de la provincia de Buenos Aires: Bahía Blanca, Azul, Tres Arroyos, Tandil, Olavarría, Tapalqué.

Todo ello quedaba convertido en trágicas ruinas tras los malones y los pobladores de estos centros vivían en zozobra continua.

Las fuerzas del ejército no bastaban a cimentar una paz que duraba sólo el instante en que los jefes militares presentaban a los caciques los regalos que les llevaban, o el momento del beberaje, indispensable para entrar en negociaciones de paz. Al «*yapay, hermano*» presto sucedía el fatídico grito: «*¡Huinca engaña! ¡Huinca traidor!*»

Vivos están los cuadros de falacia y sordidez en las páginas del general Mansilla: «*Una excursión a los indios rancules*» y en las obras del doctor Zeballos.

Terminar con aquellos bárbaros atropellos, con aquellas temidas incursiones, era obra reclamada al patriotismo de



“LA CONQUISTA DEL DESIERTO”

ÓLEO DEL PINTOR PEDRO BLANES — Existente en el Museo Histórico Nacional



los gobiernos, y entendiéndolo así el Gobierno Nacional ordenó la expedición confiada al general Roca, la que dió por resultado la conquista definitiva del desierto y afianzó la civilización, extendiendo sus beneficios a los campos — hoy convertidos en populosos centros comerciales, — y que entonces, desde Tandil a Río Negro, conservaban únicamente la huella devastadora de las indiadas ululantes.

En el cuadro de Blanes, en primer término, están en medio de la pampa grandiosa, bajo los rayos del sol que desciende en su carrera, los generales y jefes que reconquistaron para la hegemonía de nuestro país aquellas fértiles tierras: se destacan, en un parecido irreprochable, con una veracidad histórica asombrosa, los generales Roca, Racedo, Lavalle, Lagos, Villegas, Uriburu, Campos, etc.

En segundo plano civiles, marinos y militares, con trajes y uniformes de los milicianos de entonces, sacerdotes y hombres de ciencia; todos serán siempre, por el cuadro que nos ocupa, un documento irrefutable de pasadas y ya lejanas épocas.

El artista ha simbolizado en esta magnífica creación histórica, las fuerzas invencibles de la conquista realizada por la civilización: la ley, la fuerza, la ciencia, la fe.

A la izquierda están, dominados y mansos, los caciques y sus mujeres, los muchachos y hasta los perros, que constituían parte integrante de la familia en el toldo.

Los detalles del cuadro, que se observan poco a poco luego de admirar el conjunto, son notables. La perspectiva nos ilusiona cual si nos viéramos en plena planicie, sintiendo las voces de la muchedumbre que, al fondo, en un nuevo plano, da realce al grave momento; hasta nos parece que sentimos los ecos melancólicos del desierto.

Son notables las sombras y la distribución de la luz: las sombras de los caballos en el campo, las proyectadas por los perros y los pastos. La luz que baña la espalda recia de aquel indio; la que ilumina este poncho pampa y da relieve al cuadro entero. Los tejidos con que cubren los corpulentos indígenas sus bronceínas figuras; los tipos pampeanos, con su fisonomía carente de luz intelectual; bajos, retacones, cabello largo, chuso, recio; todo está fielmente estudiado.

También ha sido bien estudiada la vestimenta, mezcla de ci-

vil (pantalón) e indio (poncho de lana, listado o dibujado a telar indígena); vincha de colores ciñendo la estrecha frente.

De gran tamaño y de indiscutible mérito artístico, el bello cuadro de Blanes nos transporta cincuenta años atrás.



“LA HUÍDA DEL MALÓN”

ÓLEO DE FRANKLIN RAWSON — Existente en el Museo de Historia Nacional

# LA MUERTE DEL TORO

## LA VOLTEADA

Muge plantado en actitud bravía,  
ceñido el lazo del testuz adusto,  
y terco afronta con empaque augusto  
el asalto voraz de la jauría.

Hinca, dócil al puño que lo guía,  
el duro casco el alazán robusto,  
y piafa lleno de sudor y susto  
de la cinchada en la mortal porfía.

Y cuando el toro enceguedido y fiero  
botando espuma de repente arranca  
y la embestida poderosa cierra,  
se cimbra el lazo sobre el bramadero,  
y entre una densa polvareda blanca  
el cuerpo cae rotundamente en tierra.

## LA MUERTE

Y yace el bruto en la postura inerte  
con que el hombre mañoso lo invalida,  
la carne de cansancio estremecida  
y al fin tumbando el espinazo fuerte.

Nadie el espanto y el dolor advierte  
de la negra pupila entristecida,  
donde tiembla la fuerza de la vida  
con la obscura zozobra de la muerte.

¡Después, el estertor del hondo tajo!...  
Y el hombre, indiferente en su trabajo,  
limpia la daga en la cerviz del toro.

La sangre por la herida borbotea,  
y un escuálido perro saborea  
el caudal rojo de vislumbres de oro.

JUAN CARLOS DÁVALOS  
Argentino (Salteño)

## ¿HOMENAJE A LA PATRIA?

Las notas magistrales del Himno Patrio llenan los aires y una extraña emoción, mezcla indefinida de temor, respeto y veneración, alegría y tristeza, embarga el espíritu, y la necesidad de rendir también nuestro homenaje a la Patria amada, se apodera de nosotros, nos envuelve y llama como una obsesión.

¡Un homenaje a la Patria!

Y bien, sea. Sea tal cual podamos rendirlo, sencillo, pero sincero; nuestra alma vibra de entusiasmo y necesitamos exteriorizarlo. Así era indispensable a nuestra dicha, en los felices días de la infancia, llevar la ofrenda a la madre amada, en el día de su natalicio.

Y bien, sea. A nuestro alrededor hay un enjambre de cabecitas; cientos de cerebros piensan en algo indefinible; cientos de corazoncitos sienten también algo intraducible; miradas inquietas e interrogantes buscan en nuestros ojos algo que desean conocer; el Himno se escucha; los ojitos se avivan, las miradas preguntan más y más, los labios sonríen, las mejillas se coloran por no sé qué secreta emoción.

Hay algo inconfundible en aquellas almitas queridas: el sentimiento de la Patria latente, pero ignorado. Camplamos, pues, nuestro deber hablando de la Patria.

Pero he aquí que la vieja, pero siempre bella e interesante historia del 25 de mayo, ya la sabe el enjambre de cabecitas y la venera el enjambre de corazones, porque es el tema continuo en las clases, y me veo confundida, porque no sé cómo conseguir despertar el interés, cuando esperan algo nuevo.

Y algo nerviosa, porque comprendo que no puedo hablarles del día de la Patria como quería, cambio de tema contra mi voluntad.

Y sin darme cuenta de mi falta de patriotismo, hablo extensamente de los afectos que deben vincular al hombre en la sociedad; de la necesidad de la bondad de sentimientos para todas las clases sociales; de la belleza y el valor de la verdad en nuestros actos; de la elevación en el pensar; de la generosidad y lealtad en todos los momentos de nuestra vida.

Evoco los triunfos y progresos de los pueblos unidos por el sentimiento sacrosanto del nacionalismo; de los pueblos sanos en el pensar; de los pueblos nobles, y por nobles, fuertes; y por fuertes y nobles, libres; evoco las naciones donde el respeto de sí mismo en cada ciudadano conduce inconscientemente al respeto de la colectividad; donde el trabajo es honor; donde la pobreza no es mengua, sino medio para ejercitar sentimientos altruistas, los más felices; donde la riqueza de la inteligencia se traduce en bondad para los demás, como la abundancia del grano de trigo se traduce en bienestar de todos; evoco los pueblos donde el trabajo y la industria florecen y prosperan, y donde cada habitante es un respetuoso guardián de los derechos de los demás.

Evoco los pueblos donde el amor y respeto a los padres se convierte en culto; donde ofenderlos es un crimen; desobedecerles es una ignominia; y donde el amor a la familia, sereno, hermoso, se prolonga a la sociedad que rodea, formando pueblos unidos, que piensan y sienten al unísono, que en los dictados de la sana moral encarrilan sus relaciones dentro y fuera de las líneas limítrofes del país.

Y llevados en tal corriente los pensamientos de mis pequeños oyentes, diseño a grandes rasgos lo que es y será la República Argentina cuando todos sus hijos puedan decir que constituyen el pueblo que encierra en su espíritu los múltiples pueblos que ante ellos han desfilado; cuando la Argentina sea en todos sus rincones lejanos la Nación que soñaran y bosquejaron Rivadavia, Alberdi, Sarmiento.

Y prosigo: para llegar a esta hermosa realidad, no olvidemos los días de epopeya, pero no vivamos sumergidos en su recuerdo; las pingües rentas que disfrutaron nuestros abue-

los no nos darán para vivir holgadamente, si ya se esfumaron; sólo el trabajo activo y fecundo proporcionará bienestar. Así sucede con los hechos históricos que nos enorgullecen: dentro de la paz, hagamos nuestro país digno de aquellos héroes, de aquella brillante historia.

Ya los hombres prestigiosos de letras traducen las horas de su recogimiento en obras dignas de las más florecientes edades: obras de estudio, medulares.

Nuestros pensadores abarcan los profundos y áridos campos de la ciencia, de la economía política, de la legislación social, penal, de las relaciones internacionales. A los Vélez Sársfield, Sarmiento, han sucedido los Pellegrini, los Estrada, los Goyena, los Mitre, los Drago, González y Magnasco, etc.

Nuestra legislación obrera es magnífica: reconoce derechos que se traducirán en otros y en otros más, para la parte más numerosa de la población: los trabajadores.

Ha mejorado notablemente la vida de los obreros, nativos o no nativos, todos argentinos, ya que entregan a la prosperidad del país la luz de su cerebro, el esfuerzo de sus músculos, la alegría de su buena fe, lo mejor de su juventud. Pero falta aún el común anhelo — que será cuando todos se sientan, de muy adentro, realmente argentinos — de grandeza nacional, por sobre la grandeza privada.

La alegría y la salud de los niños argentinos constituye una constante preocupación de nuestros hombres de gobierno, de las instituciones de caridad, y de los particulares privilegiados por la fortuna, pero falta aún que las escuelas se centupliquen y que sus alumnos, hijos de extranjeros, a la sombra protectora y sacrosanta de la bandera azul y blanca, palpiten entusiasmados y sientan amor por este rico y privilegiado suelo; que se ahonde en ellos el respeto a las leyes argentinas...

Cuando creo que las cabecitas que me rodean estarán cansadas de oírme, saludan con una salva de aplausos mis últimas palabras, y sin que medie orden alguna, entonan, sonrientes, la canción de la Patria.

Me doy, entonces, cuenta cabal: no hablé de la fecha patria, pero señalé el sendero que la escuela debe mostrar a la infancia por el cual los ciudadanos llegan a «*levantar a la faz de la tierra*» la nación gloriosa que llaman Patria.

Rendí, pues, el homenaje que deseaba a mi Patria, y lo rendí ante quienes debían recibirlo.

Plasmando el carácter nacional para conseguir el pueblo generoso y fuerte, noble y emprendedor, sincero y trabajador, sufrido y altivo, la escuela honra a la Patria y le tributa su mejor homenaje: porque el pueblo que reúne esas condiciones es el pueblo esencialmente patriota.

## POR EL OESTE ARGENTINO

Ambulando por los prados y por los amplios caminos carreteros, heme allegado, tras medanales pesados y ardientes, al *Socavón*.

Largas hileras de álamos verdes y frondíos, plátanos y carolinos añosos, lóbregos pinos, atraen la atención. La acequia, clara y turbulenta, fresca y alegre, los retrata, y prolonga indefinidamente la silueta de la arboleda audaz que aspira a elevarse hasta las nubes.

¿Por qué, en tierra tan seca, donde pocas veces llueve, la vegetación es asombrosa? ¿En qué estriba la admirable fecundidad de esta tierra privilegiada y hermosa?

En la red de sus canales de regadío; en la distribución inteligente y acertada de las aguas de sus ríos.

No son éstos caudalosos; en la estación invernal dejan ver los guijarros tras la diafanidad de sus escasas aguas, pero llegan los deshielos, y aquellos riachos anchos, bifurcados en muchos brazos, pero poco profundos, aumentan su caudal, se hinchan, rebalsan, e invaden los campos adyacentes. Si las obras de defensa no fueran suficientemente sólidas, las inundaciones acabarían con la riqueza innegable de las provincias de Mendoza y San Juan.

Los ríos, turbulentos entonces, rebalsan en los diques: tiemblan, se estremecen con estrépito bajo el empuje de las aguas, las *tomas* de Luján de Cuyo, grandioso dique donde el río Mendoza se bifurca y da origen al río Zanjón; tiemblan también las *tomas* del canal Babachi, en el cual, el Diamante, frente a San Rafael, se divide para regar los extensos plantíos y viñedos; se estremecen en los numerosos embalses desde los cuales parten riachos, canales, que se subdividen en acequias hasta el confín de las tierras labrantías. Y aquí una compuerta que se levanta, para dar paso a las aguas; allí



otra que se baja para contenerlas, y mil y mil idénticas en toda la provincia, constituyen el peculiar sistema de irrigación.

Así se fertilizan también las campiñas en San Juan, La Rioja y Catamarca. Cuando La Rioja y Catamarca extiendan la red de sus canales, los campos hoy yermos se tornarán vergeles, cual en Cuyo.

¿Los ríos bajan torrentosos por las ásperas y empinadas laderas? Un embalse los contiene y amansa, y aquellas aguas corren tranquilas por vegas y jardines.

¿Por el valle se desliza perezoso el exiguo caudal invernal? Canales y acequias le darán potencia al concentrarlo, y así irá por viñedos y caminos, por calles y por plazas, *dando de beber al sediento suelo*, calcinado por *aquel* sol y la sequía.

Es interesante y curiosa la irrigación en Cuyo. Como una obsesión nos sigue por doquier el murmullo del agua. Los canales, anchos, rojizos, profundos, corren rápidos, salpicando espumas bajo las compuertas. Las acequias, hondas, angostas, a la vera de los caminos y aceras, corren desatentadas, llevándose trozos de sol o jirones de luna hacia las silenciosas planicies del sur.

De estas acequias que nos acompañan de noche con su canción, una legión de regadores saca el agua para el riego de las calles.

Los *regadores* constituyen una agrupación propia, típica de aquella tierra; es un gremio numeroso, simpático por lo útil, alegre, bullicioso y activo; es un gremio como el de los *canillitas*.

Chicuelos y muchachones, fuertes, buenos; semidesnudos, con los calzones remendados, que enseñan a veces trozos de carne, aterida en invierno; descalzos unos, con zapatillas enfangadas otros, sin medias casi todos, no sienten frío jamás.

Con *los mates*, por secciones de diez a doce chiquillos, sacan el agua de la cuneta, con una rapidez que maravilla, y con fuerza la arrojan sobre el pavimento. Riegan así por mitades la calle, charlando a voces, en dos grupos, y corren de una a otra cuadra, como pájaros alegres.

De esta manera, la población entera queda regada y libre de tierra, en pocas horas.

¿Cuál es el *mate regador*?

Un tacho de nafta (los más pequeños utilizan los de aceite) con un palo de escoba como mango para manejarlo cómodamente.

Un grupo de regadores en plena tarea, es un espectáculo novedoso y divertido para el que llega a las tierras del oeste argentino.

En los anchos caminos, donde el riego suelen efectuarlo preferentemente hombres, los regadores emplean un balde, en cuya asa una soga reemplaza el mango de madera de los *mates*; y es interesante observar con cuánta rapidez y soltura—y con qué sincronismo,—no exentas de gracia, echan y recogen el balde en la acequia, arrojando el contenido con tal fuerza y precisión que abarca todo el ancho de la calle, nada angosta por cierto.

.....  
En el Socavón, desde lo alto de la colina, espacié la vista; abajo, el río, bifurcado en dos, tres, cinco brazos, serpenteaba entre sauces, *pies de gallo*, arbustos y arenas; en el horizonte, la serranía, azulada, velada por el vaho que sube desde el valle; y desde arriba, el sol candente aún al ocultarse, cabri-  
llea entre las aguas, las platea y abrillanta hasta producirnos la ilusión de mirar un río de mercurio, que nos enceguece.

Nos saturamos de sol y de luz; embriagamos el espíritu en la belleza de aquel paisaje, de aquella arboleda lujuriente, y cuando las sombras fueron borrando la luz de las aguas, el color de la fronda, las formas de la naturaleza, lenta, muy lentamente, volvimos a cruzar los medanales y los amplios caminos, en un éxtasis, en un ensueño, acaso dominados por un pesar hondo de no poder vivir allí por siempre jamás.

## SAMAY - HUASI

En la pintoresca y plácida La Rioja, nació el meditativo y profundo hombre de letras que cantó a sus montañas amadas después de cantar a la patria grande; poeta que a fuerza de anhelar la posesión de la verdad, debía investigar en la filosofía y religiones de los pueblos de Oriente y que así llegó a escrutar los arcanos orientales y a amar la exótica literatura hindú.

Nacido en La Rioja, hízose en Chilecito un retiro, en el cual gustaba, entre la quieta vida provinciana, horas de vida a veces dulcemente helénica, a veces intensamente oriental.

Rosas y mármoles, flores y aves — melodía, color y perfumes — la siempre amada montaña a retaguardia, como un refugio siempre cordial, — así preparó con exquisito refinamiento ese templo que envidiaría Palas Athenea, la *Casa del reposo*, «Samay-Huasi».

¿Cuál vivienda más ideal que ésta? ¿Cuál paraíso más deseable para aquel eximio poeta, profundo hombre de gobierno, humanista y sociólogo, para aquel provinciano irreductible?

Samay-Huasi es un rincón escogido, plantado de árboles frondosos, enredaderas, tupidos rosales y flores raras, bello rincón, como los bellos jardines descritos en los poemas hindúes. Es vergel, a pocos pasos de la montaña árida y nevada en invierno. Es solar de ensueño, de reposo; trae a la mente los jardines en que ambulaban, en pláticas doctas, los filósofos griegos; escogido rincón para la meditación y el estudio.

Sócrates hubiera dictado en él sus mejores pláticas; Platón sus más bellos diálogos; a Píndaro habría inspirado sus más armoniosas odas; Joaquín V. González hilvanó en los

senderos de sus jardines, dialogando con las estrellas y las rosas, las más preciosas perlas de su enjoyado intelecto. Allí, al suave murmurio de las acequias que regaban los jardines, tradujo los notables *Rubaiyat*.

Será Samay-Huasi, para los argentinos, obligado lugar de visita reverente: allí irán cuantos rindan culto a nuestros grandes intelectuales, como en Europa visitan los turistas la casa de Byron, de Shakespeare, la isla de Hugo, la casa del Greco, de Wágner, de D'Annunzio.

# MOMENTOS

## I

### LA CANCIÓN DE LA LLUVIA

No concilio el sueño. Desvelo medroso me turba y dilato las pupilas en la intranquilizante obscuridad.

Ha rato, promedió la noche.

Como la cascada se precipita violentamente sobre las musgosas peñas, así cae el agua con estrépito sobre los tejados, que suenan como si fueran a desplomarse.

El continuo repiquetear de las gotas en los vidrios de las ventanas me obsesiona. Es así cómo escucho y comprendo la canción de la lluvia...

Llueve torrencialmente; el agua cae a golpes y remeda el bramar del río desbordado o el sordo rumor del oleaje embravecido del mar, bruno de tormenta...

Ahora es un murmurio continuado; ha menguado la cantidad de masa líquida, pero cae, cae sin intermitencias.

Acecho los ruidos; monocordes, rítmicos, cambianse en sonidos más y más delicados.

Ya es como porcelana que en montón se escurre y vibra por largo rato; ya es cristalería que entrechoca, produciendo argentinos ecos; ora son voces humanas, quejumbrosas, lentas; ora risas infantiles, alegres, interminables.

Las espesas nubes ofrecen alguna tregua y oigo cómo al menudear las sincopadas gotas, gruesas y pesadas, sobre el cinc de la techumbre, arrancan baladas y nocturnos, que van *in crescendo*, hasta ejecutar una sonata nunca oída y jamás repetida.

Ya mueren las notas quejumbrosas, ya se elevan en tríos magníficos... Ahora es gárrulo pájaro que se ha puesto a

cantar . . . Es un canario, dos, tres, un enjambre de canarios, hinchando a compás las gargantas de suave amarillez y trinan, trinan felices, locos; enloquecidos de dominar la potente voz pluvial . . .

Es, más tarde, un ruiseñor en la selva, ofreciendo su concierto incomparable a la tormenta iracunda, a las nubes veloces; grandioso compositor musical—Wágner alado—que ha elegido estos horrisonos momentos tempestuosos para inspirarse y dedicarles sus mejores y más arpegiadas creaciones...

En la obscuridad, sin tener dónde posar la vista, he afinado el oído y he aprendido, en esta noche de desvelo medroso, la canción de la lluvia. Mágica melodía . . .

Lentamente, lentamente, el espabilado espíritu se adormece, se esfuman las recelosas ideas y en una somnolencia laxa, grata, percibo, lejanos ya, el mar tempestuoso, el amenazador río desbordado, las chácharas y risas infantiles, los trinos y gorjeos de las canoras avecillas en la floresta umbría del jardín cercano.

Todo ha debido adormirse aterido por la lluvia, porque ya no lo oigo.

¿Adónde voló mi espíritu inquieto?

## II

### ¡POBRES MADRES!

Abro los maderos y quedo acodada en el alféizar de la ventana. Una brisa fresca aviva los colores de mi rostro.

La tierra bruna, empapada, tiene charcas acá y acullá. Los coches ruedan, sin sentirse apenas, mientras los trotones caballos salpican agua y fango a largo trecho.

Acodada en la ventana disfruto de la brisa mañanera. Brilla el sol en un cielo límpido, sereno, de un azul profundo. ¿Dónde está la tormenta de la noche?

Los plátanos visten de gala, con hojas recientemente lavadas, de un verde brillante; las aceras claras y húmedas; el cinc de los techos reverbera, azulado, limpio, bajo los rayos del alegre sol.

Miro pasar los vecinos que muestran contento en el semblante. Esa lluvia de la noche anterior fué de oro para sus viñedos, para las sementeras y los frutales.

Veránse colmados los lagares, el mimbre de los cestos crujirá bajo el peso de los frutos; la segadora cercenará rubias gavillas.

¡Lluvia de oro, lluvia de oro!

Felices días, vecinos. Bendiga Dios la alegría de esos corazones...

Calle arriba, viene cabizbaja, lenta, como si caminara ya lejos de este mundo, la buena mujer que, toda caridad, atiende a cuanto enfermo hay en las cercanías.

Días pasados perdió a Josefina, su única hija. Era una gloria Josefina: rosas sus mejillas, azucena el rostro, blonda la cabellera, luz el cerebro. ¡Se fué para no volver jamás! La pobre madre lleva el frío de ese cadáver dentro de su corazón...

Miro a mi vecina: ¡qué contraste entre la luz de esta mañana y la sombra de ese espíritu!

Se acerca, me saluda con entristecida sonrisa.

— Buen día, señora.

— Buen día, María. Que sea buen día para usted. No quiero verla así, tan abatida.

— ¡Si supiera qué mal he pasado la noche!

— ¿Por qué?

— Cuidaba a don Ricardo, quien está grave. Cuando comenzó a arrear la lluvia y cayó la primera piedra, pensé en mi hija, que tendría miedo y hubiera corrido a conversarla, a decirla que yo estaba cerca... Y cuando después de tanta agua enfrió de tal modo a la madrugada, yo he pensado que Josefina tendría frío..., frío y miedo..., tan solita..., tan solita...

Quise ir a verla y mi esposo no me lo permitió... ¡Pobrecita!... ¿Tendrá frío, señora?... ¿Tendrá miedo?... Yo sé que otros que se mueren no lo sienten, pero, ¡mi pobre hija!... Yo he pensado anoche que oía la piedra y me llamaba a voces; que sentía frío y tiritaba...

Se le anublan los ojos, y se marcha. La miro alejarse, cabizbaja, despacio, como si su espíritu ya no alentara en este mundo.

## LA VENDIMIA EN SAN JUAN

San Juan está en plena cosecha.

Las hojas, antes esmeraldinas, de las vides han enrojecido de exuberancia. Los apretujados racimos promisoros cuelgan repletos de zumo azucarado.

La cosecha está en su apogeo.

Enmarcado en blanco pañuelo el rostro moreno, las mujeres van y vienen entre los surcos, la podadera en una mano, el racimo obscuro en la otra.

Van llenando los cestos. Hasta cien de éstos colmarán el carro de pacientes mulas, carro que marcha, chirriando su cansancio, entre los cuadros.

La fila de carros irá luego hasta la bodega, próxima o lejana — ¡qué más da!... — El taloneo del criollo no apresurará el lento paso de las bestias por muy lejos que se halle el lagar.

Los chiquillos zumban entre los grupos de hombres y mujeres, jóvenes y viejos, que cercenan rápidamente los ambarrinos racimos.

Algún opa, con sonrisa inconsciente y guturales sonidos, quiere alegrar aquel cuadro de actividad febril, pero silencioso.

Raramente silenciosa, casi triste, es la vendimia cuyana.

Fuera de la alegría que el sol y el ambiente prestan a la tarea, el hombre no pone ni una nota de entusiasmo. Trabajo en el que cantan los labriegos europeos, animados por la ocupación en común, por la juventud, por la misma fuerza del sol, aquí es tarea callada; parece que pesara una anterior tristeza, un descorazonamiento ancestral.

Por la mañana bien temprano, en caravanas numerosas marchan los vendimiadores a la finca donde se cosecha. Los muchachos llevan los enseres para la merienda. Se desparra-



man entre las hileras de vides, cuajadas de maduros frutos, y bajo el sol de fuego, llenan uno, muchos, muchísimos canastos en el transcurso del día.

Cuando llega la tarde, a paso lento hombres, mujeres y niños, vuelven al rancho donde viven la pobre vida mísera del criollo de tierra adentro.

La larga caravana de carros, tirados por mulas, va por las polvorosas calles, entre la umbría de alamedas y saucedales, semioculta por espesas nubes de tierra asfixiante, camino de la finca por la mañana, camino a la bodega a todas horas del día.

San Juan está en plena cosecha.

Cantemos, cosecheras;  
La vendimia empezó ya;  
El zumo de aquestas uvas  
Vino será en el lagar.  
Cantemos, cosecheras,  
Cantemos en San Juan.

## VISIÓN

Aún llevan mis ojos impresas las imágenes  
de las montañas blancas, y los hermosos valles.

¡Qué dichosos mis ojos, que han visto todo aquello!  
¡Qué dichosos mis ojos, por todo lo que vieron!

Soñando, veo cerros morados, rojos, brunos,  
Moteados de jarilla y quiscos espinudos,

Veo el río anchuroso, con sus cantos rodados;  
Chañares sequizos, el verde de los álamos.

Viñas que se pierden entre montes de espesura  
Y el cielo, azul intenso, que irradia una luz única.

Aún lo veo todo, todo lo que he querido...  
Yo no sé cómo creí que todo eso era mío.

MAGNOLIA A. MILLÁN

## LA RED CAMINERA

Todo cuanto turista recorre nuestro país y se interna por las provincias y lejanas gobernaciones, queda gratamente impresionado de la extensión, amplitud y buen estado de la red caminera. Por miles y miles de kilómetros se desenvuelve el camino ancho, perfectamente abovedado, macadanizado; camino que lleva por la planicie o trepa la montaña en emocionante cigzagueo.

Ya pasaron a leyenda los tardos y penosos viajes a las retiradas ciudades y pueblos. Los viajeros disfrutan hoy de espléndidas vías, desde Buenos Aires a Santa Fe, Córdoba y norte del país, por cuyas vías el auto corre velozmente. En Córdoba, en la línea de Río IV, se encuentran inmejorables caminos, considerados unos de los mejores, si bien para algunos turistas son superiores los que atraviesan la provincia de Catamarca: éstos trepan ondulantes las sierras de Ambato, cruzan sitios inquietantes, porque se ve el precipicio a los lados y después de trasponer al este el Aconquija, se abren en Tucumán, en un bellissimo panorama.

De Buenos Aires a Mendoza y San Juan los caminos carreteros son hermosos. Leguas y leguas se extiende la ancha carretera, bien cuidada, en toda Mendoza; rodea un cerro, baja una ladera, trepa un collado, áspero, se acerca al río, se aleja en viboreantes desvíos: así hasta Cacheuta, luego a Chile, en un panorama soberbio. Para Villavencio y San Rafael, los pasos difíciles han sido salvados felizmente y los caminos están conservados perfectamente todo el año.

Otro tanto se observa en los innumerables caminos que atraviesan San Juan.

Hacia el sur de la República también se ha extendido notablemente la red caminera: hacia la Pampa, Río Negro, Neuquén, ¿quién no conoce los hermosos caminos para autos que acortan ventajosamente las distancias?

Hasta Trelew, hasta Comodoro Rivadavia, en el lejano sur, ya no es novedad hacer por buenos senderos viajes cómodos con buenos coches.

Ya los turistas se acercan, gracias a los caminos abiertos, a Zapala, a los hermosos lagos del Neuquén. E indudablemente mejorarán estos caminos en consistencia, amplitud y seguridad, y llegará el tiempo en que podamos asegurar orgullosamente que poseemos una red caminera tan completa como la que se observa en la milenaria Europa.

Desde la Capital Federal, es uno de los más hermosos caminos el que conduce a La Plata y hasta Mar del Plata lleva una carretera amplia, aunque deba mejorarse mucho este camino.

En cambio, la provincia de La Rioja tiene sus buenos caminos abiertos en la región montuna, anchas carreteras que benefician su comercio, ya que carece de ferrocarriles en abundancia.

En Sañogasta, a 1.300 metros sobre el nivel del mar, hay el camino carretero nacional, que cruza la sierra de Famatina por la cuesta de Miranda y comunica el valle de Vinchina con la estación Nonogasta, de los Ferrocarriles del Estado.

Numerosas tropas de burros y mulas, que transportan principalmente fruta seca (pasas de uva, higos, etc.) trafican por este camino que en épocas primitivas fué una modesta senda de montañas y hoy ha sido transformada en una de las más hermosas carreteras del país.

Numerosas y activas peonadas distribuidas convenientemente recorren a diario los caminos, proceden al riego en las regiones secas y a su desecación en las pluviosas; en todas cuidan y conservan las arterias por donde circula hoy, en autos y camiones, el progreso argentino.

## IMPRESIÓN SERRANA

Desde lejos se oye el Mendoza, bramador como mar en borrasca. Las lluvias engrosaron el caudal de sus aguas y la creciente pone en peligro la vía del tren que llega por Lunlunta.

Atraída por el ronco bramar de las aguas, voy hacia el río. Pláceme verlo revuelto, iracundo, amenazante. Si se le escucha en el silencio de la noche, es completa la ilusión de un mar cercano, en plena tempestad.

Voyme caminito del río, por las calles polvorosas de este pueblecito serrano; calles silenciosas, delineadas por cercos vivos o tapias de adobes. Por sobre los cercos asoman a curiosear glicinas y madreselvas, arabias o rosados tamariscos. Las rosas del Zanjón, remedio infalible para muchos males, lucen ingenuamente su sencillez aldeana.

Pueblito humilde, limpio, alegre de sol, se encierra en las viejas casas de adobe para no perder su aire criollo que conserva con orgullo, como el más brillante blasón.

Voy por estas callejas de pocas cuadras, desviadas en ángulo a cada tres o cuatro, con excepción del Carril Nacional. El sol aviva el cuadro de verdor extendido a los cuatro vientos y abrillanta la nieve de aquellos Andes tan próximos. Al frente el Cerro del Plata, con reverberaciones de cristal; se distinguen perfectamente las aristas de su cúspide piramidal. Hacia el oeste, el Tupungato soberbio, redondeado, semioculto por nubes que se desflecan, se alargan, se elevan lentamente.

Caminito del río llego a la calle del Puente. Sauces añosos de espesísima cabellera esponjada, sombrean unos ranchos, medio derruídos. Álamos vigorosos, nutridos por la ondulante acequia que a su vera pasa. Sauces enormes, álamos tan altos que parecen anhelos humanos elevándose sin ba-

rreras; sauces y álamos, trémulos cual palomas, murmurantes como el canal que los copia y prolonga.

Por ambos lados de la calle del Puente, bajan largas cintas de agua, fría como la nieve, límpida como cristal, acequias derivadas del caudaloso zanjón que surte de agua a Tres Esquinas.

Cruzan el puente de hierro carros de mulas, bien enjaezadas, adornada la testera con borlas de colores vivos y espejuelos. Autos y ómnibus atraviesan a toda velocidad el carril; un arreo de mulas o una tropa de vacunos cerriles los detiene. Y el eco de las bocinas que quieren apresurar el paso de las bestias, se mezcla al rumor del río, que allí, abajo, golpea enfurecido los macizos pilares.

¡Ya no el plácido silencio de los campos! ¡Ya no la inalterable soledad de los caminos serranos! El progreso invade sutilmente la villita: el carrero que talonea y oprime con la espuela los ijares de la mulita, que revolea el látigo, sin castigar a los animales, para ir más despacio, mira receloso, a veces socarrón, al chofer que velozmente maneja el auto de algún afincado señor.

Entretanto el Mendoza sigue su curso, destructor en grandes crecientes, o manso cual arroyuelo en las sequías.

Le veo ahora pasar raudo por bajo el puente, sacudirlo frenético. El alto tramazón de hierro se estremece, trepida bajo el empuje del revuelto río. Lo contemplo a mis pies y le veo chocar en olas contra la mampostería y el murallón de rocas. Pienso con cierta zozobra que si el dique de Las Tomas revienta por la impetuosidad de la correntada, como se teme, estos campos lozanos serán un mar y por sobre esta vía, indestructible al parecer, pasarán bravías las aguas del Mendoza, como aconteció hace ya muchos años.

Ruedan incesantemente carros de mulas, camiones, tilburys y *mariposas* de los campesinos. Sigo, como ellos, calle arriba.

Entre el carrizal lindante con el río, a la puerta de un rancho de cañas, un criollo toma mate, sentado en una peña. Dos chicuelos trabajan cestos de mimbre y sauce. Es el cesterero de la villa; los chicos sus hijos.

Mimbre y sauce abundan en las márgenes del río, y la industria casera, sin mayores pulimentos, abastece la co-

marca. A veces, cuando la venta es fácil, obran cestos más finos, de mimbre y caña pulida, costureros y sillones.

Es la industria primitiva, barata, pero sólida, que complace las necesidades sin mayores exigencias de estas envidiables poblaciones.

Paso a paso, llena la visión de luz y color, saturándose de sol, sigo por la calle real. Así llego a Tres Esquinas. Caminos olorosos, perfumados de acacia, hinojo, retamo. Árboles cuajados de frutos, sauces llorones, doblados por el peso de sus espesos crespones, higueras llenas de jugosas brevas, moreras blancas, viñedos extensos, interminables y profundos zanjones de correntosas aguas.

Volteo la vista alrededor. La naturaleza, exuberante, en plenitud de belleza. Cerca, los cerros moteados de jarilla y chinchil; lejanas, las nevadas cumbres. Hacia Lunlunta, valle abajo, reverberan al sol las aguas turbulentas del embavecido río.

En este silencioso rincón, descanso a la sombra de un acacio; las quejumbrosas torcaces dicen en el monte sus ternezas y sus cuitas.

## OBRAS DE ARTE EN LA ARGENTINA

---

### ARGENTINA, TIERRA DE PROMISIÓN

En el palacio de Correos y Telégrafo Nacional, en el Paseo Alem (Capital Federal), se puede admirar un cuadro de grandes dimensiones y notable composición, titulado: «Argentina, tierra de promisión».

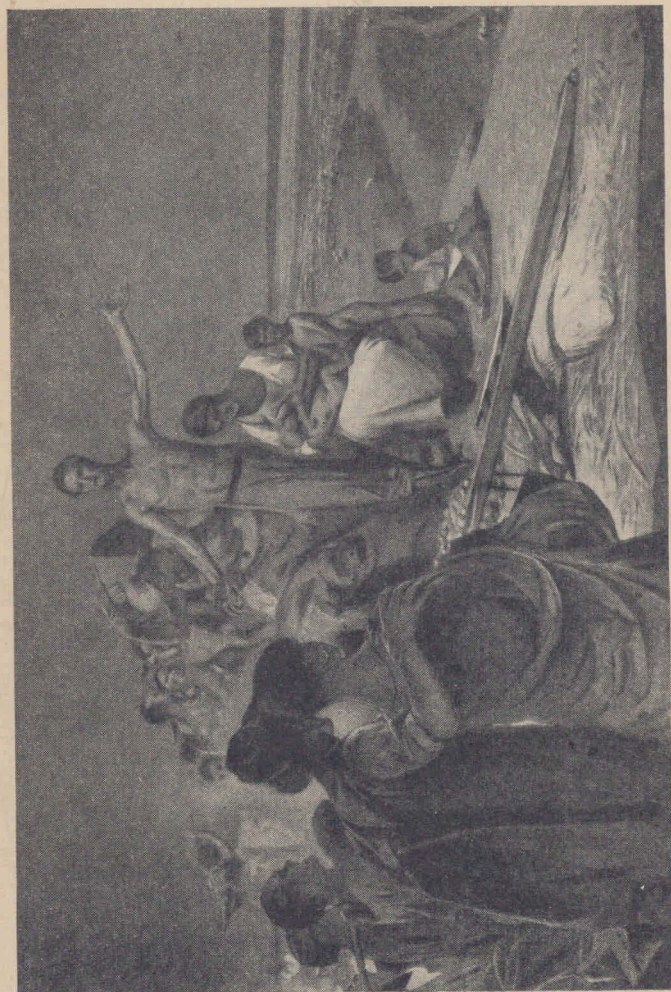
Su autor, el pintor Alice, inspirado en las palabras del preámbulo constitucional: «*para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino*», en una concepción magnífica hace un estudio económico-social, obra de un pincel de alto vuelo.

La perspectiva, la luz que ilumina aquel conjunto vario, el colorido, rico en matices, la técnica del dibujo, la factura de la obra, dejan de analizarse ante la bella concepción, magnífico asunto que ha sido llevado a la tela con gran felicidad.

La mujer, simbolizando la tierra argentina, amamanta, ubérrima, sus hijos; a su lado, el Trabajo — un mocetón fornido, — seguido por caravana incontable de fuertes varones, señala la tierra promisoras que se extiende, poblada de rebaños, a lo lejos. Aquí, los inmigrantes, optimistas, fuertes, animosos, escuchan, inquieren con la mirada.

Cada figura refleja de tal modo el aliento de esperanza que los anima, de tal manera viven los personajes la inquietante ilusión del momento — que es el porvenir, — que el espíritu, ante este soberbio cuadro, se emociona, el orgullo del suelo patrio surge, mientras se suspende, también, en meditación, la pequeña porción de artista que todos llevamos en nuestro indestructible y libre *yo* interior.





“ ARGENTINA, TIERRA DE PROMISIÓN ”  
ÓLEO DEL PINTOR ARGENTINO ANTONIO ALICE

## PALABRAS PIDIENDO UN DÍA DE LLUVIA

Pasan los días claros  
de áspero sol de fuego;  
días largos, monótonos  
y uniformados como regimientos.

Yo los veo pasar con su enervante  
marcha de caravana de camellos;  
siempre los mismos, luminosos, diáfanos,

con sus cielos de espejo,  
sus mañanas festivas y sus noches  
que hacen de cada noche un libro abierto.

¿Qué se han hecho las nubes?  
¿Los vientos, qué se han hecho?

¡Señor: que llueva un poco;  
que se oscurezca un poco el ancho cielo;  
que se abran los caminos invisibles  
al goce musical de un aguacero!  
¡Que haga un poco de frío,  
como para cerrar nuestro aposento  
y quedarnos detrás de las ventanas  
viendo llover sobre los rojos cerros,  
o leyendo algún libro  
que no es dable leer sino lloviendo!

¡Señor, que llueva un poco;  
que se haga trizas el cristal del cielo!  
No es porque tenga tierras labrantías;  
no es porque tenga campos o viñedos,  
o trigales unánimes  
o ganado sediento.  
¡Agua nos sobra en el Atuel profundo;  
agua nos sobra en el Diamante inmenso!  
Mas yo no tengo nada; a no ser esta  
flor de mi soledad y mi silencio  
que se me está secando entre las manos,  
¡entre mis manos flacas de labriego!

¡Señor, que llueva un poco!  
Tanto sol, tanta luz y tanto cielo  
me han llevado a olvidar la antigua y honda  
dulzura melancólica del tedio.

Estar un poco triste,  
Señor, también es bueno.

Más de una vez, más de una vez, Dios mío,  
¡da rabia estar contento!

ALFREDO R. BUFANO

Argentino (Mendocino)

## “NO ME ACUERDO DEL NOMBRE DE ESTA CHINITA”

Cansados de recorrer los rípidos y áridos cerros, al tardo paso de las mulas, los dos oficiales regresaron al cuartel.

Llevaban tres meses de estada en la Gobernación de los Andes, esta lejana e inhospitalaria tierra del noroeste argentino que tanto desearan conocer.

Varios días pasados en San Antonio de los Cobres, les habían bastado para adivinar los meses de tedio y aburrimiento que les esperaban... Y esa era la perspectiva para uno o dos años...

Ahora, allí en el valle solitario, donde la tropa tenía su campo de maniobras, anhelaban la prolongación indefinida de las horas de enseñanza a los conscriptos, como único recurso para matar el tiempo.

Al fin se divertían con aquellos infelices indios... Giran a la izquierda cuando se ordena a la derecha; hacen contra-marcha cuando se da la voz: «De frente..., mar!...»

Con esas caras enjutas, esos ojos adormilados, esa expresión, esa indiferencia en todos sus actos...

Son humildes, pero torpes. Extrañan las *ojotas* abiertas o los pies desnudos; ¡cómo han de marchar, encerrado el pie en el botín patria!

Añoran sus cerros, el alcohol, la coca; les hace sufrir, también, esta vida de trabajo y disciplina, a la que no se acostumbran. ¡Pobres muchachos!...

Vázquez y Rawson, los dos oficiales porteños, se sientan a escribir en su carpa, tapizada de ponchos y mantas indias. El asistente les ceba mate.

Desde la tienda ven los cerros bermejos, amarillos, violetas, iluminados por el sol de media tarde. Los reflejos de

algún próximo salar aumenta la claridad del paisaje. Pero es un paisaje triste; ni un árbol pone en el cuadro la alegría del verdor; matas bajas, brotadas con miseria, con frío; manchones de hiro y tola, y más arriba, nada. Piedra a derecha e izquierda; cerros rípidos e inhospitalarios.

Un viento frío penetra insidioso en la carpa; más tarde empezará el temporal y caerá la nevasca...

Rawson piensa en la cacería efectuada esa mañana por varios conscriptos y unos peleteros franceses. Cazaron centenares de chinchillas, esas princesitas grises de la Puna de Atacama, que viven entre las profundas cuevas de la montaña.

La sedosa piel de estos animales atrae a comerciantes europeos con quienes los militares suelen pasar momentos amenos, en tan apartados lugares...

Fuera de este escaso elemento de distracción y la instrucción de los conscriptos, en aquellos campos solitarios — no atravesados por ser humano sino de tarde en tarde — la vida no tiene alegrías; el espíritu siente un tedio que sólo el trabajo aleja...

Rawson y Vázquez, con otros militares, tienen a su cargo la preparación escolar de los conscriptos. Hay muchos analfabetos y es necesario que en perentorio tiempo sepan leer y escribir. Además, para ascender a *cabo*, deben leer regularmente.

El que más, el que menos, todos aprenden algo, pero ese buenazo de Reynoso no consigue distinguir una letra; tiene la cabeza dura como las rocas del altiplano.

Es tan torpe como bueno el conscripto Reynoso... Y hay que ascenderlo a *cabo*... ¡No faltaría más!... Un criollo como Dios manda. Socarrón, lince, diablo como él solo. Sabe esconder *los vicios* y engañar al capitán y al mayor, para ayudar a los oficiales; es el *pañ*o de lágrimas de éstos.

Es un buen gaucho el salteño; hay que ascenderlo a *cabo*...

El lunes se tomarán los exámenes; Reynoso no conoce ni la *O* por redonda, pero..., tendrá que leer ante la comisión *examinadora*.

— Che, Reynoso, mirá: mañana tenés que leer en esta página.

— Si no puedo aprender, mi oficial.

- No importa. Mirá, tenés que aparentar serenidad y acordarte de lo que voy a decirte. Mirá aquí; ¿ves esta mesa?
- Sí, mi oficial.
- Bueno; aquí dice: «La mesa de pino». Repetí.
- *La mesa de pino.*
- ¿Qué ves en esta figura?
- Un árbol.
- Aquí dice: «Un árbol alto». Repetí.
- *Un árbol alto.*
- Mirá aquí; ¿qué hay?
- Hay un caballo.
- Ahí dice: «Un caballo criollo». Y esta figura, ¿qué es?
- Una mujer lavando.
- Bueno; ahí dirás: «Justina lava».

---

Ante el capitán y varios oficiales los aspirantes a cabo rinden las pruebas primarias.

Llega el turno a Reynoso.

El oficial Rawson toma un libro «El Nene», abre en una página y con seriedad protocolar lo entrega al aspirante.

Éste mira el libro, tose, avanza un paso y lee secamente:

— «La mesa de pino».

El capitán, que conocía, por referencia, la torpeza del muchacho, cree oportuna una frase elogiosa.

— Muy bien, concripto.

Reynoso mira otro renglón, se compone el pecho y prorrumpe:

— «Un árbol alto».

Suspiro de satisfacción de los oficiales.

Otra mirada al libro, compostura del pecho, y como al galope dice:

— «Un caballo criollo».

Pasan unos segundos. Reynoso mira el libro; lleva la mano al labio superior en ademán de duda; compone el pecho, mira al capitán. Éste se percata de la incertidumbre del muchacho, y le dice:

— Muy bien, concripto, siga; ya veo que ha progresado mucho.

Silencio del conscripto, que sigue con la vista fija en la página...

— Lea, Reynoso; fíjese bien en lo que dice...

Silencio del lector.

— A ver la primera palabra, conscripto.

Y el muchacho, adelantando un paso y cuadrándose militarmente, con el desconsuelo pintado en sus ojos de indio bueno, exclama:

— Es que no me acuerdo del nombre de esta chinita, mi capitán.

Rawson y Vázquez hubieran querido estar, en ese momento, como las chinchillas, a muchos metros bajo tierra.

## OBRAS DE ARTE EN LA ARGENTINA

### MONUMENTO AL EJÉRCITO DE LOS ANDES

En un bello atardecer invernal atravesamos el Parque San Martín para admirar en el arbolado Cerro de la Gloria la obra magnífica del escultor oriental Ferrari.

Los picos más elevados de la cordillera se abrillantaban aún con los rayos solares cuando ascendíamos la amplia gradería que conduce al pie del conjunto grandioso que perpetúa la estupenda y atrevida hazaña.

Una balaustrada circunda el monumento, todo en granito arrancado de las entrañas mismas de la abrupta montaña.

Desde esta explanada contemplo — con la profunda emoción que toda obra de arte, bellamente concebida, despierta — los detalles del monumento al Ejército de los Andes.

Al frente, en primer plano, a caballo, San Martín, cruzado de brazos mira como escrutando los misterios o sorpresas que la cercana cordillera pueda deparar a la tan soñada y ya próxima ascensión. Escudriña decidido, con la pupila fija en el occidente; el ceño severo, la expresión resuelta.

Hasta su caballo, como afanoso de sentir resonar los cascos en el áspero sendero, extiende el pescuezo hacia el poniente, erguidas las orejas, vivaz la mirada.

Pocos pasos atrás del general en jefe, está el estado mayor, grave, decidido; la cerviz altiva y en cada semblante reflejados los heroicos anhelos. Todo en tamaño natural y en bronce. Es un grupo magnífico de epopeya.

Se alza luego, sobre el ancho basamento, una roca prismática irregular, bastante elevada. En la cima, coronándolo-





MONUMENTO AL EJÉRCITO DE LOS ANDES

ESCULTURA DE FERRARI.

la, unos granaderos, en soberbio anhelo de libertad, lanzan los bridones en estupenda carga; la Libertad se cierne sobre el épico grupo y lo guía al triunfo. Es tal la realidad de aquella homérica carrera, que se siente el piafar de los bridones y se oye el celeroso galopar. Y al lado, también heraldo de estos ideales, el cóndor parece guiarlos hacia la gloria, extendidas las alas, fija la pupila impávida en los picos gigantescos que van a trasponer.

Este es el frente del monumento.

Las otras tres caras historían en bien trabajados bajo relieves de bronce, toda la preparación de la expedición y el paso de los Andes.

Fray Luis Beltrán, el fraile militar, en la herrería: a sus pies un obrero le explica la tarea que tiene entre manos; detrás un herrero con el martillo; otros llevan un cañón recién terminado, mientras en otros grupos golpean y forjan el hierro. Es el lado izquierdo del monumento.

Van los bueyes arrastrando cañones; mulas llevando a lomo trozos de otros; los caballos conducen cuanto precisaba aquella legión de hombres. Trajes de la época, tipos, todo es tan real...

Hasta el estribo llamado baúl; la bota de potro que calzan muchos paisanos; en algunos casos los pedazos de trapo, envolviendo los pies; los perrillos que siguen a los criollos; la atadura de ciertos fardos, todo ha sido observado profundamente; todo es historia fiel de aquella época y de aquella empresa...

¡Evocación real, que hace pensar y sentir tan hondamente!... ¡Qué de emociones extrañas y de sentimientos, no percibidos aún, se despiertan ante estas magnas conmemoraciones del pasado glorioso; de ese pasado sublime en que se iba generosamente a redimir pueblos, en contraposición con el presente en muchos países en que se arrasa, se aniquila a naciones más débiles y se las borra del mapa, por el simple derecho de conquista brutal e inhumana!

¡Mil veces gloria a los que procedieron tan generosamente! ¡Que nunca se levante en la Argentina un monumento, una piedra sola, recordando una usurpación, un ultraje! ¡Que la Justicia y el Respeto humanos cultiven y hagan florecer los laureles del pueblo argentino!...

El fondo del monumento está ocupado por el bajo relieve siguiente:

San Martín, de pie, recibe a las patricias mendocinas que ofrecen sus alhajas por la redención de la Patria y de los pueblos hermanos.

Se alcanza a leer la inscripción, con los nombres de los más esclarecidos militares.

A un lado de este bajo relieve se ve unos paisanos arreglando las mulas, mientras otros las están cargando; mujeres de pueblo llevan atados con enseres para el ejército.

Además de las figuras que en gran relieve se destacan, por detrás de ellas, en todos los lados del monumento, *se esfuman*, diremos así, figuras y grupos históricos; siluetas, con la vaguedad de las reminiscencias, completan la obra grandiosa y terminan el amplísimo cuadro histórico.

Nos retiramos ya casi de noche del Cerro; sentíamos no sabemos qué de indefinible.

Hay cosas que se sienten, pero no pueden expresarse. Lo sublime, lo grandioso, emociona y enmudece.

Tal sucede al contemplar el Monumento al Ejército de los Andes.



DETALLE DEL MONUMENTO DE LOS ANDES

## ALMA PROVINCIANA

¡Oh alma provinciana!  
Sombra de los rincones olvidados,  
Evocación de edad que es muy lejana,  
Soledad de los sitios sosegados.

Estancias silenciosas,  
Escala dolorida de la hiedra,  
Suave humildad de las sencillas cosas,  
Tapias verduzcas, corazón de piedra,

Alma de las consejas  
Junto al hogar de placidez nocturna,  
Muda ternura de las cosas viejas,  
Ciudad humilde, simple y taciturna.

Sé siempre bendecida,  
En el claro reír de la mañana  
Y en las últimas tardes, en la vida  
Y en la muerte, ¡oh alma provinciana!

Feliz quien nace y muere  
Bajo la mansa luz del mismo cielo:  
Si en los zarzales el dolor le hiere  
Sus lares le propician el consuelo.

Si alguna vez respiro  
Distante del amparo de mis lares,  
He de tornar en alas de un suspiro  
A aspirar el solaz de estos lugares;

Mi espíritu abrumado  
Por el hastío de la vida vana  
Volverá a confortarse en tu apartado  
Nido de paz, ¡oh alma provinciana!

Tus amados recuerdos  
Pasarán uno a uno por mi mente  
En desfilarse de pensamientos lerdos,  
Reviviendo a la gracia de tu ambiente;

Como el manojito tierno  
De flores que murió en la rinconera,  
Abierto en la velada del invierno  
Trae un lejano olor a primavera.

Evocaré en la ausencia  
La inefable emoción del tiempo ido,  
Porque todo mi ser está en la esencia  
De estas cosas queridas difundido.

La casona desierta,  
Las higueras del patio, la fragancia  
De la vid, el portillo de la huerta,  
El blanco amor que sonrosó en la infancia.

Acude enhorabuena,  
Calma la fiebre de mi frente, sana  
Todo mi mal, mi corazón serena,  
Rejuvenéceme, alma provinciana.

Esta flauta sencilla  
Que he tañido en la huerta virgiliana,  
Sobre la húmeda hierba de la orilla  
De las acequias, alma provinciana,

Por ti tuvo sonido,  
Canté las dulces cosas familiares:  
La depongo en tu seno, agradecido,  
Guárdala en la quietud de estos lugares!

No llevaré en la mano  
Las alforjas del viático, vacías;  
Cargaré las cosechas del verano  
Las fragantes vendimias de mis días.

Marcharé con el oro  
Del racimo apretado de ilusiones,  
Dejando sobre el céfiro sonoro  
El lánguido morir de mis canciones.

Cuando yo parta lejos  
Bajo la tarde por la senda arcana,  
Envuélveme en tus últimos reflejos  
De claridad, ¡oh alma provinciana!

ATALIVA HERRERA

Argentino (Cordobés)

## A UN RÍO PROVINCIANO

Río amigo, yo te saludo. Tras breve ausencia he vuelto a verte. Te miro ahincadamente. Quiero ahondar la mirada en la ampulosidad de tus ondas, en la profundidad de tu correntada.

Te miro, río amigo, siempre renovado, siempre mozo. Las aguas que pasaron y que vi hace años, ya no las volveré a ver más — que jamás regresarán, — pero estas gotas de hoy son iguales a aquellas de antaño. ¡Quién pudiera decir otro tanto de los días en la vida!

Y yo te saludo como antes, con igual alegría, caudaloso río amigo.

Mientras voy a tu vera, mientras alegras el mirar y el corazón con tus frondas y tu murmurio, deja que te diga quedo, muy quedo, un secreto.

¿Sabes? Yo añoraba en las floridas vegas provincianas, en las tierras montañosas, mis lares porteños. Pero tú, generoso amigo, cual Schahrazada sabia, cual Schahrazada discreta, me referías, día a día, en el cantar de tus ondas, muchas cosas bellas, desconocidas por mí; tú me contaste, muchas veces, cosas sencillas pero encantadoras, y escuché, entre el raudal de tus aguas hirvientes o juguetonas, la tradición de los hogares provincianos, en los que se hace culto del hogar familiar. Tú, río, me hablaste, al pasar, de la ingénita hospitalidad de los sencillos criollos; tú me relataste la vida hogareña, en la solariega mansión o en el rancho aldeano; vida de paz, de tranquilidad. Como Schahrazada, me hiciste conocer en cuentos, fabulosos a veces, la fragosidad de las montañas, la trágica visión de las nevascas, la lujuriosa expansión de los viñedos esmeralda y oro, los

ensueños vividos bajo la umbría de los provincianos huertos exuberantes y sus arboledas gigantes. Oí de ti, río amigo, la suave canción de las claras acequias, la voz potente de los canales y el rugir violento de las torrenteras. Supe de las plácidas noches de plenilunio y de los atardeceres, en los cuales el Supremo pintor diluye una policromía fantástica.

Y antes de llegar al miliunanochesco relato de tus ondas parlanchinas, me sentí vencida por el encanto sin igual de estas tierras bendecidas que tú riegas. Río claro, río fresco, raudal amigo, ¡hasta siempre! No quiero decirte ¡adiós! No puedo decirte ¡adiós!





SEGUNDA PARTE



## PÁGINAS LITERARIAS

Las páginas literarias a continuación transcritas, ejemplifican diversos géneros literarios y diversos estilos. Son páginas consagradas de nuestros hombres de letras.

Después de haber estudiado algunos ejemplos de clásicos, bueno es comenzar el estudio de la literatura argentina, conociendo nuestros escritores.

## SACHA (\*) MÉDICO

Con ovejuno  
poncho y ushutas, (1)  
en su mulita  
viene mi cumpa — (2)

bajando el cerro  
pa la ciudad.  
Todos lo salen  
a saludar.

Lleva ochenta años  
a la cuncuna, (3)  
y es juerte y ágil  
como los pumas.

Tiene en los ojos,  
como en el habla,  
todo el misterio  
de la montaña.

Cura con yerbas  
y con palabras;  
sana los cuerpos,  
sana las almas.

---

(\*) *Sacha* — cuasi.

(1) *Ushutas* — ojotas, sandalias.

(2) *Cumpa* — compadre.

(3) *Cuncuna* — a cuestras.

Cuentan que a uno  
le curó el mal  
con tres palabras  
y un ademán.

Y es tan querido  
que cuando muera,  
en todo el valle,  
y hasta en diez leguas,

no habrá ni un alma  
que no le encienda  
para su ánima  
un pucho'i vela.

RAFAEL JIJENA SÁNCHEZ  
(Tucumano)

## “EL ROSAL DE LAS RUINAS”

(ESCENA DEL ACTO III)

*La Superiora.* —

(Antes de arrodillarse.)

Vamos a rezar, hermanas,  
nuestra oración por la paz...

(Orando, las manos juntas.)

Señor que desde la altura  
de tu trono celestial  
presides esta hora oscura  
del reinado terrenal...

¡Ve, Padre, lo que en la tierra  
hace enloquecido el Hombre,  
está ahito de muertes y espanto!

¡Haz que llegue hasta el mundo enrojecido  
un poco de tu cielo!

.....  
En nombre del sepulto y en nombre del herido,  
en nombre del que triunfa y en nombre del vencido,  
de los hogares mustios y los suelos repletos  
que gimen de pavor porque en su seno están  
blanqueando amontonados los torvos esqueletos  
como urbes subterráneas que forja el huracán,  
como urbes de silencio que ahondan los secretos  
de un mundo que no tiene ni brújula ni luz,  
de un mundo enloquecido que ha olvidado a Jesús;  
en nombre del martirio,  
del Amor, de la Cruz,  
de la rosa, del lirio,

de la sangre caliente que la locura estanca,  
de la niñez tranquila,  
de la paloma blanca... ,  
en nombre de las madres que tienen las pupilas  
exhaustas de llorar;  
de las hermanas pálidas que un día vieron marchar  
uncido a su mochila  
al buen hermano joven dorado de ilusión;  
en nombre de los viejos abuelos que callaron  
temblando de emoción  
y siempre esperarán  
la vuelta de los nietos que nunca volverán;  
en nombre del espanto  
y en nombre del horror,  
Señor, Señor, Señor, Señor!  
haz que reine en la tierra,  
que huya la guerra,  
que resuene el canto  
y orlen nuestra sien  
las olivas sagradas... .

Amén.

BELISARIO ROLDÁN  
(Buenos Aires)



## DE "LOS CAMINOS DE LA MUERTE"

Íbase apaciguando la levantisca índole de la raza. Por vez primera, desde 1810, teníamos una Patria de todos, una Constitución reconocida y un gobierno nacional estable y democrático. La batalla de Pavón, al dar, tres años atrás, el triunfo a Buenos Aires sobre la Confederación Argentina, había traído orden y paz; y la cabeza del Chacho, colgada en Olta hacía poco más de un año, significó el fin de la montonera y del caudillismo bárbaro. Cierto que «crudos» y «cocidos» — autonomistas y mitristas — perturbaban el colonial sosiego de Buenos Aires, pero estas turbulencias eran legítimas y no presagiaban, por entonces, la revolución.

Una inquietud, sin embargo, agrandábase cada día. Decíase que el tirano del Paraguay, Francisco Solano López, en guerra con el Brasil y con el Estado Oriental, atacaría también a la República Argentina. Los diarios, sobre todo desde febrero, en que cayera, después de larga guerra civil, el gobierno «blanco» de Montevideo, protegido por López, hablaban cotidianamente del tema.

Cartas particulares, llegadas a principios de Abril, anunciaban como segura la declaración de guerra. El pueblo porteño burlábase del tirano y atribuyéndole toda clase de malas intenciones contra Buenos Aires, afirmaba que la yerba mate, su monopolio particular, venía envenenada desde el Paraguay. Pero nadie creía que el déspota de la Asunción quisiera procurarse otro enemigo. Y el viejo orgullo porteño, exacerbado por la victoria de Pavón, negábase a admitir hasta las posibilidades de una provocación paraguaya.

La ciudad comenzaba a prosperar, material y espiritualmente. Aquel año de 1865 fué el del primer tranvía y el de

*La Revista de Buenos Aires*; dos escritores, entonces jóvenes, Nicolás Avellaneda y José Manuel Estrada, publicaron cada cual un libro más tarde célebre; en el Colón oía el público, cantadas por famosos artistas italianos, las flamantes óperas de Verdi; y un eco del Imperio llegaba en las modas femeninas, reproducidas orgullosamente por *El Correo del Domingo*.

Pero el aspecto de aquel pueblo chico de ciento cincuenta mil habitantes era casi el mismo que a la caída de Rosas, trece años atrás. El millar, o poco más, de casas modernas edificadas en el año anterior, no mitigaba el aire colonial del conjunto. Abundaban los techos de tejas, las veredas de uno o de dos metros de altura y de una vara de ancho, los muros pintados de celeste pálido, las puertas achatadas y macizas, las ventanas de rejas salientes o «voladas»; los postes esquineros para atar los caballos, las líneas barrocas, los grandes aldabones. Negros y negras vendían por las calles, a pie o a caballo, empanadas y dulces. Entre los escasos transeúntes, no se veían mujeres: la herencia española y morisca imponía el recatado encierro en el hogar. Sólo al atardecer, oscuros ojos femeninos, emboscados detrás de las rejas espían el paso del cortejante. Y apenas anochece, Buenos Aires, alumbrado por faroles de aceite, entecos y huidizos, era una triste ciudad muerta.

En el espíritu colonial, apocado, receloso, zahareño, aún imponía su ley, por aquellos años, a la sociabilidad, que consistía fuera de los raros bailes de los clubs del Progreso y del Plata, en exiguas tertulias de familia, en las que se conversaba en rueda, se jugaba a las prendas y se bebía agua con panales; y en los paseos de las plazas de Lorea, del Parque y de la Victoria — los jóvenes por un lado, las «niñas» por otro — mientras las bandas tocaban mazurcas, habaneras o trozos de óperas. Los hombres en los clubs o en las reuniones caseras, cuando no jugaban al tresillo, o al rocamor, hablaban de política. Las mujeres aplicábanse a la religión, a los menesteres domésticos, a la caridad, a la chismografía. Las horas pasaban lentas e iguales, al son diverso de las campanas eclesiásticas.

Un romanticismo tardío apartaba de aquella vida mediocre a los espíritus propensos. La sentimentalidad de «Flor

de un día» y «Espinass de una flor», lacrimante y revenida, todavía llevaba el llanto a los ojos de las almas tiernas. Las «niñas» soñaban sobre las páginas de «Oscar y Amanda» y de «Los amantes de Teruel». Y desde el friso agitado de los folletines, irrumpía en los corazones el melodramático heroísmo de las novelas de Alejandro Dumas y de Fernández y González. En verano las serenatas poetizaban las noches ardientes; y no era raro, cuando la luna llena reemplazaba al escuálido alumbrado de las calles, que algunos jóvenes y niñas recorriesen a caballo la ciudad misteriosamente enjalbegada.

MANUEL GÁLVEZ

(Santafecino)

## EL DORADOR

(FRAGMENTO)

.....  
.....

Si cumpliendo la ley de tu destino,  
Así que amengua el frío sus rigores,  
Floreces como el árbol del camino,  
Sin saber quién se llevará las flores;  
Si dueño de ti mismo en el contraste  
Y en la ventura, con feliz prudencia  
La plenitud de libertad lograste  
Exento al par de mando y de obediencia;  
Si tu dolor acendra lo que toca,  
Y en un alto heroísmo lo sublima,  
Como el águila impone a toda roca  
La soberbia tristeza de la cima;  
Si en sencilla piedad se entrega probo,  
Con ternura de pan tu corazón;  
Si sobre la fiereza de tu lobo  
Manos de suavidad tiende el perdón;  
Si amas la vida y sabes merecerla,  
Hasta hermohear tu propia desventura,  
Tal así como afina el mar la perla  
Que engendró en la inquietud y la amargura;  
Si vas perfeccionándola sincero,  
Sin preocuparte del postrer fracaso,  
Cual no arredra al artístico alfarero  
Saber que un día ha de romperse el vaso;  
Si va alcanzando en la sabiduría

La paz final tu espíritu seguro,  
Como anuncia el cercano mediodía  
La sombra que se acorta al pie del muro;  
Si para aminorar la ajena angustia,  
Inclinarte sabrás hacia el olvido  
Con la docilidad de la hoja mustia...  
Si has admirado y si has aborrecido,  
Si has llorado también, lo que se debe  
Llorar con dignidad y fortaleza;  
Si has sabido oponer a toda plebe  
Balaustrada de mármol tu firmeza;  
Si tu ingenio, a la vez jovial y pronto,  
Juzga con apacible menosprecio,  
En la absoluta convicción al tonto  
Y en la excesiva rectitud al necio;  
Si con fácil bondad te contradices,  
Y amable a todo el que de ti recoge,  
Tu pizca de mostaza en las narices  
No los priva del grano de tu troje;  
Si consiguió tu vida diferente  
Sobre la peña o por el cauce blando,  
La flexible unidad de la corriente,  
Que como va corriendo, va cambiando;  
Si fiel a la verdad que tu alma aquieta,  
En la sombra estrellada de tu abismo,  
La posesión de la bondad completa  
Te revela que Dios está en ti mismo;  
Si serenada de equidad, ya en tu alma  
Ningún torpe deseo se encapricha;  
No busques más, amigo, eso es la dicha.  
Así forma la vida tu tesoro.  
Que así las penas como los placeres,  
En cada hora te dan su gota de oro  
Pero el buen dorador tú mismo lo eres.  
Como sólo al arder rinde el incienso  
Su plenitud de aroma, vive y ama,  
Para que onda de perfume inmenso  
Te alce al azul la valerosa llama.  
Gloria en que todavía será prenda  
De fino amor, la cándida ceniza

Que a la fragante brasa de tu ofrenda  
Con apagadas canas tranquiliza.  
Dulce es ver la llegada del invierno  
Que acerca un desenlace sin congojas  
En la pureza del azul eterno  
Y el dorado silencio de las hojas.  
Silencio que, recóndito y dorado,  
Con tu recuerdo llorará después,  
La poesía del nido abandonado  
En el noble misterio del ciprés.  
Sonríe a tus quimeras seductoras,  
Y en tu huerto invernal reserva un poco  
De lento sol para dorar tus horas  
Feliz con haber sido cuerdo o loco.

LEOPOLDO LUGONES

(Cordobés)

## DE "DON SEGUNDO SOMBRA"

Goyo tuvo que arrastrarme lo menos unos tres metros tirándome de los pies para poder despertarme:

— 'cha que sos dormilón... Si ya te estaba por hacer la prueba que se le hace al peludo pa sacarlo 'e la cueva.

— ¿Nos vamos ya?

— Dentro de un rato.

Queriéndome incorporar hice un esfuerzo inútil.

— ¿No te podeh' enderezar?

— A gatitas — contesté mientras lograba tomar posición de gente.

— ¿Qué te duele? — reía Goyo.

— El porrazo — alegué para no confesar mi fatiga.

— ¿Ande, aquí?

— ¡Ahá! — exclamé retirando rápidamente el brazo que me apretaba Goyo. Pero aquello era en realidad una farsa. Lo que me dolía era el vientre, las ingles, los muslos, las paletas, las pantorrillas.

— ¿Estarás pasmao?

— Cuantito me mueva se me va a pasar.

Haciendo un sentido esfuerzo, salí caminando sin dar muestras de mis sufrimientos. Apenas quería aclarar el día nublado.

— ¿Tendremos lluvia?

— Sí.

— ¿Ande está don Segundo?

— En la tropilla, ensillando.

Guiado por los cencerros caminé hasta ver la gran silueta del paisano, abultada por la noche.

— Güen día, Don Segundo.

— Güen día, muchacho. Te estaba esperando pa hablarte.

— Diga, don.

— ¿Vah'a volver a ensillar tu potrillo?

— ¿Y de no?

— Güeno. Yo te vi'a ayudar para que no andés sirviendo de divirsión e la gente. Aquí naides nos va a ver y vah'acer lo que yo te mande.

— Cómo no, don Segundo.

De los tientos de su encimera lo vi sacar el lazo. Luego tomó mi bozal, revisó el cabestro que era fuerte y me ordenó que lo siguiera.

En la luz incierta de la madrugada llovedora, se dirigió hacia mi cebrunito haciendo la armada. El petiso medio dormido no tuvo tiempo para escapar. El lazo se ciñó en lo alto del cogote y don Segundo, sin darse siquiera la pena de «echar a verijas», contuvo a su presa.

— Andá arrimando tu recaio.

Cuando volví encontré ya a mi potrillo sujeto a un poste, por tres vueltas de cabestro y enriendado.

Con paciencia, don Segundo, fué colocando bajeras, bastos y cinchas. Cuando tiró del correón, el potrillo quiso debatirse pero era ya tarde. Los cojinillos completaron rápidamente la ensillada.

Asombrado miraba yo el dominio de aquel hombre, que trataba a mi petiso como a un cordero guacho.

Mientras apretaba el cinchón y desataba el cebrunito del poste trayéndolo al medio de la playa, Don Segundo me aleccionó:

— El hombre no debe ser zonzo. De la gente jineta que vos ves aura, muchos han sido chapetones y han aprendido a juerza de malicia. En cuanto subás charquiá no más sin asco, que yo no vi a andar contando y no le aflojés hasta que no te sintás bien seguro. Me ah'entendido?

— Ahá.

— Güeno.

El caballo de don Segundo estaba a dos pasos, pronto para apadrinarme. Antes de subir miré en torno, pues a pesar de los consejos del hombre que entre todos merecía mi respeto, me hubiera molestado que otros me pillaran trampeando.

Tranquilizado por mi inspección subí cautelosamente, no sin que me temblaran un poco las piernas. Ni bien estuve



sentado, el dolor de las ingles y los muslos se me hizo casi insoportable; pero era mal momento para ceder y me acomodé lo mejor posible.

— No lo movah'a ver si me da tiempo pa subir.

Como si hubiera entendido, el petiso quedó tranquilo hasta que mi padrino estuvo a mi lado.

Don Segundo alzó el rebenque. El petiso levantó la cabeza y echó a correr sin intentar más defensa. Alrededor de la playa dimos una gran vuelta. Poco a poco me fuí envalentonando y acodillé al petizo buscando la bellaqueada.

Dos o tres corcovos largos respondieron a mi invitación; los resistí sin apelar al recurso indicado.

— Ya está manso — dije.

— No lo busqués — contestó simplemente don Segundo, a quien mi maniobra no había escapado. Y colocándose alternativamente a uno y otro lado, me llevó hasta el lugar en que los demás troperos estaban desayunándose, con unos mates, a orilla del camino.

Nos recibieron con gritos y aplausos.

Hinchado de orgullo como un pavo, rematé mi trabajo tironeando al petiso según las órdenes de mi padrino:

— Aura pa la izquierda... Aura pa la derecha... Aura de firme no más, hasta que recule.

Y me cebaba en cada tirón, haciendo temblequear la jeta de mi víctima, tal como lo había visto hacer a los otros.

— Stá güeno. Te podés desmontar. Agarrate del fiador del bozal y abrítele bien para cair lejos.

Lleno de confianza me ejecuté.

— ¡Mozo liviano! — exclamó Pedro Barrales.

Recién cuando quise desensillar, me di cuenta de que por haberme excedido en los tirones tenía desgarradas las manos, de las cuales la izquierda me sangraba abundantemente.

— Teh'as lastimao — dijo Horacio, habiendo visto mi mirada. — Dejalo no más a tu redomón que te le vi a bajar los cueros.

No me hice rogar, porque sentía unos fuertes punzazos que me subían hasta el codo. Me envolví la herida con un pañuelo que Pedro me ayudó a anudar.

— Están reseca las riendas — dije a manera de comentario.

— Dejá eso no más — intervino Goyo — y arrimáte a tomar unos tragos del chifle que te loh'as ganao.

Con explicable alegría, recibí aquella oferta que me resultaba el más rico de los premios.

Media hora después, como se agotáran los elogios y las palmadas y la yerba, volvimos a nuestras impasibles actitudes de troperos. Pero ya llevaba dentro un tesoro de satisfacción, que saboreaba a grandes sorbos con el aire joven de la mañana.

Entretanto, los nubarrones amontonados en el horizonte habían recubierto el cielo y cuando el arreo, en marcha volvía a la angostura del callejón, las primeras gotas sonaron de un modo opaco y precipitado.

Como a pesar de la hora temprana sintiéramos calor, fué más bien un goce aquel tamborineo fresco. Algunos empezaron a acomodar sus ponchos; yo esperé.

Mirando el cielo colegimos que aquello era preludeo de algo más serio.

La tierra se había puesto a despedir perfumes intensamente. El pasto y los cardos esperaban con pasión segura. El campo entero escuchaba.

Pronto, un nuevo crepitar de gotas alzó al ras del callejón una sutil polvareda. Parecía que nuestro camino se hubiese iluminado de un tenue resplandor.

Esa vez me acomodé el «calamaco» preparándome a resistir el chubasco.

La lluvia se precipitó interceptándonos el horizonte, los campos y hasta las cosas más cercanas. Los troperos se distribuyeron a lo largo de la novillada para cerrar de más cerca la marcha.

— ¡Agua! — gritó Valerio entreverándose a pechadas entre los brutos.

Por mi parte me entretuve en sentir sobre mi cuerpo el cerrado martilleo de las gotas, preguntándome si el poncho me defendería de ellas. Mi chambergo sonaba hueco y pronto de sus bordes empezaron a formarse goteras. Para que éstas no me cayeran en el pescuezo, requinté sobre la frente el ala, bajándola de atrás a fin de que el chorrillo se escurrese por la espalda.

La primera reacción ante la lluvia, según más tarde pudo argumentar mi experiencia, es reír, aunque muchas veces nada de bueno traiga consigo la perspectiva de una mojadura. Riendo, pues, aguanté aquel primer ataque. Pero tuve muy pronto que dejar de pensar en mí, porque la tropa, disgustada por aquel aguacero que los cegaba de frente quería darles el anca y se hacía rebelde a la marcha.

Como los demás, tuve que meterme entre ellos y llenábase la boca de agua, obligándome esto a escupir sin descanso. Con los movimientos me di cuenta de que mi ponchito era corto, lo cual me proporcionó el primer disgusto.

A la media hora, tenía las rodillas empapadas y las botas como aljibe.

Empecé a sentir frío, aunque luchara aún ventajosamente con él. El pañuelo que llevaba al cuello ya no hacía de esponja y, tanto por el pecho como por el espinazo, sentí que me corrían dos huellitas de frío.

Así, pronto estuve hecho sopa.

El viento que traíamos de cara arreció, haciendo más duro el castigo y a pesar de que a su impulso el aire se volviese más despejado, no fué tanto el alivio como para que no deseáramos un próximo fin.

Acobardado miré a mis compañeros, pensando encontrar en ellos un eco de mis tribulaciones. ¿Sufrirían? En sus rostros indiferentes el agua resbalaba como sobre el ñandubay de los postes, y no parecían más heridos que el campo mismo.

El callejón, que había sido una nota clara con relación a los prados, estaba lóbrego. Por delante de la tropa, la huella rebrillaba acerada; atrás todo iba quedando trillado por dos mil patas, cuyas pisadas sonaban en el barrial como masticación de rumiante. Los vasos de mi petiso resbalaban dando mayor molicie a su tranco. Por trechos la tierra dura parecía tan barnizada, que reflejaba el cielo como un arroyo.

Dos horas pasé así, mirando en torno mío el campo hostil y bruñado.

Las ropas, pegadas al cuerpo, eran como fiebre en período álgido sobre mi pecho, mi vientre, mis muslos. Tiritaba continuamente, sacudido por violentos tirones musculares y me decía que si fuera mujer lloraría desconsoladamente.

De pronto, una abertura se hizo en el cielo. La lluvia se desmenuzó en un sutil polvillo de agua y, como cediendo a mi angustioso deseo, un rayo de sol cayó sobre el campo, corrió quebrándose en los montes, perdiéndose en las hondonadas, encaramándose en las lomas.

Aquello fué el primer anuncio de mejora que, al cabo de una breve duda, vino a caer en benéfico derroche solar.

Los postes, los alambrados, los cardos lloraron de alegría. El cielo se hizo inmenso y la luz se calcó fuertemente sobre el llano.

Los novillos parecían haber vestido ropas nuevas, como nuestros caballos y nosotros mismos, habíamos perdido las arrugas, creadas por el calor y la fatiga, para ostentar una piel tirante y lustrada.

El sol pronto creó un vaho de evaporación sobre nuestras ropas. Me saqué el poncho, abrí mi blusa y mi camiseta, me eché en la nuca el chambergo.

La tropa olfateando el campo se hizo más difícil de cuidar. Iniciamos algunas corridas arriesgando la costalada.

Una vida poderosa vibraba en todo y me sentí nuevo, fresco, capaz de sobrellevar todas las penurias que me impulsiera la suerte.

Entretanto, la vitalidad sobrante quedó agazapada en nuestros cuerpos, pues de ella tendríamos necesidad para sobrellevar los próximos inconvenientes, y sin despararmarnos en inútiles bullangas, volvimos a caer en nuestro ritmo contenido y voluntarioso:

Caminar, caminar, caminar.

RICARDO GÜIRALDES

(Bonaerense)

## EN EL MONTE

Amadeo Alzogaray iba delante, despejando la maraña de la senda con su cuchillo de monte. Martín Madrid lo seguía, paso a paso. Hacía dos horas que avanzaban, tras las huellas de una anta, por la cuenca del «arroyo de las doncellas».

Alzogaray era un hombre. Martín Madrid, un muchacho. Aquél era puestero, y éste, peón de campo de la estancia.

Ambos se habían topado en el bajo esa mañana y como se internaran por el arroyo en busca de unas yeguas, hallaron huella fresca de anta y resolvieron seguirla.

La huella era de la noche antes. Al cruzar el arroyo la iban viendo, bien marcada en la arena rojiza de las orillas. Al arroyo lo habían pasado ya una docena de veces. Costeando el curso de lentas aguas, la senda, a trechos, se internaba en la espesura, donde el «garabato» y la «tala guiadora», la habían casi borrado. Por eso tenían que hacer sin descanso.

Un sol de invierno, tibio y dorado, se filtraba de soslayo por entre las ramas de los cedros gigantescos. Del suelo negruzco y desperejo, tapizado de helechos, cubierto de ramajes muertos y de hojas secas, se alzaba un vaho húmedo, saturado de extraños olores: olor de romero y de arrayán, olor de hongos viscosos, olor de savias descompuestas, olor nauseabundo de laureles que se pudren, tumados desde cientos de años.

Reinaba en la selva la desolación del tiempo frío. Los pájaros han emigrado. Sólo se ven, de tarde en tarde, urracas azules, furtivos tucanes de enorme pico rojo, y en la profundidad de las quebradas, algunas pavas del monte.

De pronto, Alzogaray, dejando de hachar, escuchó. Delante de ellos, a una distancia imposible de calcular, oyeron los aullidos de los perros.

— Algo han hallao... Van corriendo — murmuró Alzogaray.

— Anta no hay ser...

— Anta no hay ser... Sería muy pronto...

— ¿Serán chanchos? (1)

— ¡Quién sabe!... — dijo Alzogaray, y animó a los perros con un alarido largo, que repercutió en la selva como son de clarín.

Escucharon de nuevo. Ya no se oía el tropel de los perros.

Ahora, muy lejos, los perros «ochaban», «toreaban» furiosamente, hacia la izquierda, quizá en la falda del cerro.

Los hombres, sin hablar palabra, se apearon, ajustaron las cinchas, se pusieron los «coletos», se acomodaron los chambergos, levantando el ala sobre la frente para ver mejor.

— ¿Vamos?... — invitó Amadeo.

— Vamos — dijo Martín Madrid a media voz.

Montaron y partieron. Dejando a un lado la senda, se largaron al trotecito corto, cerro arriba, pegados al flanco del caballo, sonando los guardamontes con los «guascazos» de las ramas. Llegaron al borde de un barranco a pique, y los caballos, sentados en las patas, como perros, se deslizaron en una resbalada súbita. Tuvieron luego que trepar por el opuesto borde, y los caballos, haciéndose arco, lo escalaron arañando.

A poco andar, en lo alto de ese repecho, Alzogaray se descolgó del caballo; una hedentina le había dado en las narices. Agachóse a mirar el suelo, apartó la maleza, escarbó con el cuchillo la tierra blanda, donde las raíces de un cedro caído formaban un socavón. Había allí, medio enterrado, hediendo, un ternero de año, con las entrañas abiertas.

— Huellas de tigre... — dijo Alzogaray.

— Parece grande el bicho — observó Martín, quien acababa de apearse, y hurgaba, inquieto, la tierra.

Entretanto los perros seguían «toriano», en una quebrada, cerca de allí.

(1) *Chanco majano*, o *pecarí*, o jabalí americano.

— Lo han empacao...

— Como no me destripe mi pichicho — dijo Madrid, y apremiado por esta idea, montó a caballo, y clavándole las espuelas, atropelló monte adentro.

— No te apurés, muchacho — observóle Amadeo. — No sea cosa que por salvar tu «caschi», te coma a vos.

Pero el muchacho, sin oír la advertencia, rumbeó derecho al lugar de donde venía la bulla de los perros.

Dos cuadras más allá, encontraron lo que buscaban.

Acosado por los perros, que eran ocho, se había subido el tigre a un árbol, cuyo tronco se inclinaba al borde de una cañada. Abajo, en el arroyo, Martín Madrid vió a su «caschi» que aullaba, metido en el lodo, sin poder moverse, mientras los otros perros iban y venían, algunos aullando al olfatear la muerte del «caschi», y los más corajudos, ladrándole al tigre.

— ¿No dije...? — murmuró el muchacho, lleno de rabia, con los ojos nublados. — De un cachetazo me lo ha botao lejos. ¡Pobrecito, caracho!

— Gracias que no ha «voltiao» más que un perrito — dijo Alzogaray. — ¿Qué vamos a hacer aquí sin carabina? —

— Enlazarlo — exclamó Martín.

— ¿Y cómo, pues...?

— Hagamos una armada, y soltemos los dos lazos yapados (1), por aquella rama, por encima del tigre. Atá vos tu lazo a la cincha.

— ¿Y quién lo trampea?

— Yo.

— ¿Vos...? — Amadeo Alzogaray iba a sonreír, iba a añadir algo, pero se contuvo. — ¡Ta güeno! — dijo, y pusieron manos a la obra.

Martín Madrid ató su caballo a buen trecho, para que no se espantara. Luego sacóse el colete, sentóse en el suelo y se descalzó las botas. Preparó la armada con un nudo maestro, y echó, como había pensado, el lazo por sobre una rama, de modo que la trampa quedó balanceándose en el aire, junto a la fiera que, agazapada, blandía la cola y miraba, huraña, con sus terribles ojos verdes, ya a los hombres,

(1) *Yapados*: añadidos; de yapar, americanismo.

ya a los perros. Éstos no cesaban de ladrar desde el fondo del zanjón, como esperando la caída de la presa. Amadeo, con el lazo apresillado a la cincha, aguardaba, reanimando a los perros, el momento en que debía arrancar, chicoteando, por la orilla de la zanja.

Martín Madrid cortó una vara larga, como de tres metros, terminada en horqueta, la sujetó con la diestra, y llevando el cuchillo entre los dientes, comenzó a subir gateando por el tronco, en cuya extremidad estaba el tigre. El muchacho, reptando así, cautelosamente, con la maña del que va a robar un nido, ensartó la armada del lazo en la horqueta de la vara, y trató de enlazar al tigre del pezcuezo.

Pero el tigre, de un zarpazo, rechazó la armada, y apagando las orejas gruñó sordamente y retrocedió un palmo, apretando más el cuerpo sobre el tronco en que descansaba. Martín Madrid ensaya de nuevo la maniobra. Para ganar el espacio que ha perdido, su cuerpo se estira largo a largo del tronco, su brazo blande la vara con certero tino. Ya la armada va a entrar cuando el bicho, de un zarpazo brusco, aparta de sí la trampa que le ha rozado los erizados bigotes.

El juego se repite varias veces con igual resultado.

Lo que al principio no parecía sino una travesura, resulta ahora empresa fatigosa, casi imposible.

Amadeo Alzogaray se da cuenta del peligro que corre el muchacho. Su voz, cada vez más débil, ha cesado de azuzar a los perros. Su cuerpo se estremece con ligero temblor; sus ojos absortos, su oído atento, atisban angustiosamente el esperado instante.

Por fin el tigre, exasperado, se incorpora. Va a lanzarse de un salto sobre Martín. Los perros, allá abajo, se abalanzan aullando.

— ¡Aura! — grita el muchacho; el lazo se cimbra en un estirón salvaje, y el tigre, enlazado del pescuezo, manotea al aire, ahorcado en el vacío.

Martín Madrid no sabe lo que ha hecho. Ha temblado un poco, sí, de cansancio, pero ha vengado a su «caschi».

En el fondo del zanjón, mientras Alzogaray desuella al tigre, Martín se ocupa de enterrar a su perrito.

JUAN CARLOS DÁVALOS  
(Salteño)



## DE "BLASÓN DE PLATA"

El pueblo argentino, al cobrar conciencia de sí mismo durante el siglo XIX, ha padecido un doble extravío acerca de sus orígenes: en lo que tenía de americano creyó necesario el antihispanismo, y en lo que tenía de español juzgó menester el antiindianismo. Semejante posición espiritual era el resultado de una deficiente información histórica, o la deformación del pasado a través de las pasiones políticas, o la prueba de que la propia conciencia nacional no había llegado a su madurez. La nueva posición que ahora buscamos ha de consistir en el equilibrio de todas las fuerzas progenitoras, dentro de la emoción territorial.

Por lo que respecta a las razas indígenas, ese extravío nos llevó a un doble error: el primero fué considerar al indio civilizador de la conquista igual en salvajez y rebeldía a su sobreviviente refugiado en el Chaco; el segundo fué persuadirse a que el espíritu de nuestra rudimentaria civilización indígena hubiera desaparecido en el país, porque ahora fuese nuestra religión el cristianismo, nuestro gobierno la democracia, nuestro idioma el castellano. Pero un estudio más completo de la génesis patria comienza a rehabilitar al indígena que el europeísmo proscribiera de la historia, como rehabilitará al español que fué proscrito a su turno por la pasión revolucionaria.

Nosotros no debemos olvidarnos que el régimen colonial significó la convivencia del indio y del conquistador, en la aldea, en la encomienda, en la reducción, en la doctrina. Los pueblos que aceptaron pacíficamente ese régimen, sin producir durante tres siglos otros actos de fuerza que la protesta contra la injusticia, no pueden ser comparados con el toba hambriento y feroz que asalta obrajes en el desierto chaqueño. Aquél tuvo el sentido de la patria, pues defendió

nuestro suelo, y el sentido de la fraternidad, pues acogió al extranjero y contribuyó a fundar nuestras ciudades. Los otros fueron reacios y nómades, puesto que no tenían patria ni ideal. La palabra «indio», por consiguiente, se ha de aquilatar en todo caso según el grado de civilización del pueblo al cual se aplique, pues no eran idénticos los calchaquíes a los charrúas, ni los diaguitas a los querandíes; o según la época histórica, pues su conducta defirió de la hospitalidad primera a la rebelión ulterior, y del sometimiento colonial al malón contemporáneo.

Sepa el rubio porteño de hogaño, que Buenos Aires fué poblado por guaraníes de las islas, cuyameaxis, lenceubes, zotoscerebes, loxales, ceremelaguas y delesceumbes, sin cuya alianza, Garay no habría podido someter a los querandíes rebeldes de Tobabá, y sin cuyo numeroso plantel, en rápida mestización de españoles, la segunda Buenos Aires no se hubiera salvado. Y por contraste, sepa el silencioso jujeño de ahora, vigilante en nuestra frontera del Norte, desde el tiempo en que los humahuacas cerraron el paso a don Diego de Almagro, que su noble ciudad fué poblada por los osas, los paypayas, los purumamarcas, los tilianos, los ocoyas, los tilcaras, todos sostén de la civilización española.

Ejemplos análogos dan todas nuestras ciudades, y no se ha de confundir a esos indios coloniales que dejaban sus dialectos por el quichúa para aprender el cristianismo, y abandonaban luego el quichúa por el castellano, para aprender la libertad, con los que hemos alcanzado en la selva chaqueña o en el desierto patagónico, resabio nómade y confuso de las razas rebeldes: matarás huídos de Esteco, tonocotes huídos de Concepción, calchaquíes huídos del Tucumán, y mocovíes, lules, tobas, juris, vilelas, chiquitos, yapitalagas, moamas, orejones, oristiné, zacaimbucúes, chiriguanos, matacos o guaycurús, en el Norte; y al Sur los que se han clasificado, según sus nombres pintorescos, en ranqueles de los cardales, cuyunches del arenal, leuvúches del río, calillehet de la sierra, pehuenches de los pinares, puelches del Este, huiliches del Sur, más los chuillau-coeni y sehuan-coeni, que van a caballo; los yacana-coeni que marchan a pie; los pay-yus y hey-yus del Estrecho, y los

frígidos alakaluf, que escrutan el misterio de las noches antárticas.

Una larga convivencia de tres siglos entre la raza conquistada y la conquistadora, ha debido influir sobre ambas forzosamente. Si el español legislaba el gobierno del indio y cristianizaba su religión y castellanizaba su idioma y europeizaba su vestir, el indio influía también sobre el gobierno, la religión, la lengua y el vestir de los españoles. Resultado de esa influencia recíproca fueron el caudillismo y la monótona de nuestra política, los mitos y leyendas de nuestro folklore, los idiotismos y americanismos de nuestro vocabulario, el poncho y el chiripá de nuestros gauchos. La lanza, el lazo, las boleadoras y levés de nuestros combatientes, armas fueron del indio. De él nos viene también la habilidad del rastreador o del baquiano, y ciencia atávica de los huarpes era la de Calibar. Legado indígena son también las hierbas medicinales, el rancho de quincha, los telares de lana y los zumos tintóreos que usan aún los campesinos del interior. Y si la lista de objetos fuera numerosa, no sería más breve la de vocablos indígenas.

El haber considerado la cuestión de los indios sólo desde el punto de vista etnológico, ha contribuído también a que nos apartásemos de su recuerdo. La comprobada pureza de tal cual familia exenta de mestización ha bastado a algunos para desvincularse por esta simple excepción doméstica de la tradición colectiva. Han olvidado que en la conciencia de un pueblo ha de considerarse también la impregnación espiritual del suelo y de la historia. Los pueblos donde vivimos y los campos donde sembramos obra fueron de los esfuerzos del indio, o solar de sus lares, y ellos, como nosotros, los hollaron. Perduraciones de su carácter son la indolencia, el valor y la melancolía del gaucho. El denuedo con que nosotros defenderíamos nuestro suelo es el denuedo con que ellos lo defendieron. Muchos cantos monótonos que arrullaron mi infancia provinciana brotaron de sus charangos y sus quenás. Runau turucus y cacuyes, que encantaron o espantaron mi inocencia de niño, fruto son de su fantasía. Y no sólo han dejado su huella perdurable en las cosas del alma y de la tierra, sino que algo de sus espíritus visionarios flota aún en la forma o en el miste-

rio de las constelaciones más lejanas. La vía láctea era para los tonocotes un río de bienaventuranza celeste, adonde iban a pescar las almas de sus muertos, y los astros eran para los calchaquíes el alma transfigurada de sus héroes...

Cualquiera que sea el idioma de nuestro patronímico o la genealogía de nuestros padres, un parentesco espiritual nos asemeja, por el solo hecho de nuestro nombre y de nuestra cuna, a todas las generaciones que antes de nosotros hayan respirado en la tierra argentina. Nuestro gentilicio viene del territorio que habitamos, y esto basta para sentirnos ligados a la primera estirpe que trasuntó en visión y verbo humanos, la vida de este mismo territorio. Nuestra emoción ante los paisajes natales ha de ser siempre idéntica a la que turbara el alma ingenua de los indios. Nuestra pampa, nuestra montaña, nuestra selva, nuestros ríos, nuestros árboles, nuestras aves, nuestras fieras, fueron espectáculos familiares a sus ojos. El hallazgo con que ellos les bautizaron, dura para nosotros, en la palabra o en la emoción. Cuando repetimos su viejo nombre indígena vuelve a vibrar en nuestra voz una onda de sus almas inmortales. Y si ante el Río de la Plata, por ejemplo, ya no repetimos el nombre de Paraná-Guazú, con que ellos le designaban, en cambio el río «grande como mar», que los indios de sus riberas al nombrar describían, sugiere en nosotros la misma comparación.

Toda esa tradición indiana, legada substancialmente al nombre argentino, viene para nosotros desde lo firme de la tierra y lo hondo de los siglos. Ella ha de entrar, con el bronce y el oro, en las aleaciones de nuestro tipo definitivo. Las naciones no reposan en la pureza fisiológica de las razas — quimérica por otra parte — sino en la emoción de la tierra y la conciencia de su unidad espiritual, creada por la historia, por la lengua, por la religión, por el gobierno, por el destino. Y esa visión de los paisajes natales — que el alma de los indios trasuntó la primera en verbo humano — habrá de ser para nosotros la fuente de perpetua emoción que dulcifique en su belleza la austeridad militante del patriotismo.

RICARDO ROJAS

(Santiagoño)

## LA VISIÓN DEL BOSQUE

— ¡Tiztijuil! ¡Tiztijuil!  
y era en el bosque,  
en el bosque mil veces milenario,  
y a la luz de un inmenso  
relámpago,  
vi los árboles todos del bien y el mal. En ellos  
la vida floreciendo me mostraron  
entre los tristes gajos de la muerte.  
Lo efímero, la flor; lo eterno, el gajo.  
En los añosos troncos  
el áspid y el gusano.  
En las copas más altas  
el canto de los pájaros.  
En las trémulas ramas, como un cierzo,  
el silencioso aliento de los hados.  
Y lo eterno y lo breve,  
y lo obscuro y lo cándido,  
y lo grande y lo mísero,  
todo junto en un ramo.  
Y abajo de las altas arboledas,  
los arbustos,  
pigmeos bajo el peso  
de sus frutos amargos.  
Y esta es la ley del bosque:  
Por su amargura enanos.

(Y cantaban los pájaros: — Para nosotros, músicos,  
sólo las libres hojas son atril.  
Cantamos en las cimas de los árboles...  
¡Tiztijuil! ¡Tiztijuil! Tiztijuil!)

Y vi los legendarios oquedales  
de los viejos milagros.  
Catedrales de frondas, en que el viento  
es el órgano enorme. Verdes claustros,  
donde sayales de verdor se ciñen  
monjes que exhuma la humedad del barro.  
Las fuentes como pilas bautismales  
las cosas por su nombre bautizaron,  
todo en sus santas pilas  
de amor santificando:  
la desnudez ardiente de la ninfa,  
la fuerza de los sátiros,  
la infancia de las flores,  
la adolescencia de los vástagos,  
la juventud de los follajes,  
la rugosa vejez del tronco anciano.

Y vi por los divinos oquedales  
de los viejos milagros,  
el árbol de la Cruz, el misterioso  
leño que hace exclamar: ¡Qué olor a nardos!  
El misterioso leño frente a frente  
de los cedros del Líbano sagrados.  
Y vi mucha madera, ya tornada  
en efigies de santos,  
que se acordaba todavía  
de la fragancia de los tabernáculos.  
Y en redor los susurros de la selva  
aprendían la letra de los salmos.  
Árboles vi frente a los cuales  
casi dije: ¡Oh patriarcas!... Viejos, blancos.  
Dulce la caridad de sus refugios.  
Inmensa la paciencia de sus tallos.

(Y en bandadas los pájaros gorjeaban,  
cien a cien, mil a mil:  
— ¡Bendito sea todo el bosque!  
¡Tiztijuil! ¡Tiztijuil! ¡Tiztijuil!)

Y árboles vi que estaban secos,  
de cenizas antiguas empolvados,

así como esqueletos  
escuálidos,  
perchas del brujo de los aquelarres,  
alcándaras del buho de los sábados;  
y a la luz de la luna vi la sombra  
quimérica del mago  
que arrastraba en los surcos de la hierba  
su ciencia de tortugas y lagartos.  
Y vi el mono también, esa metáfora  
que hizo del hombre para siempre el Diablo.

Mas vi también la India, toda bosque,  
entre un profundo olor a sándalo;  
y a los anacoretas  
del Veda, solitarios,  
pastores de elefantes y gacelas,  
su hojaldre aderezar, llenar su cántaro.  
— ¿Qué edad tenéis? — pregunto. — Y el más joven  
de todos me responde: — Diez mil años.

Y vi los sacrificios  
del principio del mundo, que era cuando  
las estrellas cantaban, y el sol de oro  
era un rey de zafiros coronado.  
Y allá vi los primeros sacerdotes,  
dulces juntar las manos,  
al despuntar el alba, y oraciones  
entonar como aquesta: — ¡Levantaos!  
Adoremos la Luz; la noche santa  
ha pasado.

Y vi también las vides y los huertos  
de Anacreonte y Safo,  
y entre los brotes de la primavera,  
el amor del amor enamorado.  
Y vi también en la espesura  
las plantas de Esculapio,  
y atajando medrosos los caminos  
los lívidos fantasmas de los antros.  
Mas yo dije: — ¡Feliz el que peligra

por los hombres, en nombre de Esculapio!  
Lo cual diciendo, con fervor del alma,  
eché a andar por la senda del santuario.

Mas cayeron después por muchos días  
los aguaceros pálidos.  
En su tristeza suspiraba el bosque,  
su llanto goteando.  
El mundo, poco a poco,  
se fué quedando opaco,  
y al viento del otoño se pusieron  
cenicientos los cielos como páramos.  
Y ya no hubo en el bosque más que nieblas;  
la niebla con su túnica de harapos.

¿Y las sombras? Aquello fué terrible.  
Los follajes también sienten su espanto.  
Sólo el viento sin ojos se aventura  
por las malezas como un dios borracho.  
¡Idiota! Rompe la crujiente selva  
buscando un tronco para hacerse un báculo.

Después llegaron como alucinadas  
las fantásticas noches del verano.  
Erraban en su fiebre las luciérnagas.  
Bullían en su manto los presagios,  
y secretos zumbidos de la sombra,  
zumbaban en las lianas enredados.

¡Oh gloria al otro día  
los himnos de los pájaros!  
Y el susurro sin fin de los follajes...,  
el susurro sin fin, diciendo oráculos...

(Y cantaban los pájaros,  
en la floresta, mil a mil:  
— ¡Bendito sea todo el bosque!  
¡Tiztijuil! ¡Tiztijuil! ¡Tiztijuil!)

Fué por entonces cuando en la espesura,  
por veredas sin nombre caminando,



me di con la glorieta  
reflorecida de los papagayos.

Y allí con uno de ellos  
tuve un diálogo:

— Dime, ¿cuál otro pájaro conoces  
que tenga el don de hablar? ¿Hay otro acaso?

— Todos saben hablar, menos el alma  
de los hombres, deforme pajarraco,  
¡en mala hora escapado de la jaula  
del caos!

Mas de pronto vi el bosque,  
bajo no sé qué luz transfigurado.  
Y me dijeron: — ¡Mira! — Y yo miraba  
su mundo vegetal tornarse humano.  
Las flores, ya pupilas, me seguían;  
las hojas se movían como párpados,  
las copas se mecían como sueños,  
las ramas se elevaban como brazos,  
las briznas se agitaban como dedos,  
los cálices se abrían como manos,  
y el cuajado rocío de la noche  
rodando de la flor se hacía llanto.

Entonces fué cuando yo dije:

— ¡Yo también soy un árbol!

De mis frutos comed, bebed los zumos  
que en mí la compasión ha destilado.

O si leña he de ser de los hogares,  
hachador, sobre mí, caiga tu hachazo.

(Y cantaban los pájaros  
en el aire sutil:

— ¡Bendito sea todo el bosque!

¡Tiztijuil! ¡Tiztijuil! ¡Tiztijuil!)

¿Qué me dijeron? — No, no pidas, hombre,  
la santidad del árbol.

Antes bien, coge un hacha,  
o la flecha y el arco.

¡Ea, derriba o mata! El hombre debe  
cumplir la furia del destino humano.

¿Quién vino a mi favor? Una voz grande  
se oyó venir a mi favor: — Dejadlo.  
Él quiere hacer un libro de hojas secas  
y a los cansados leñadores darlo,  
con las cosas del bosque bien escritas,  
el oro del otoño meditando.  
¡Sabe más ciencia que los hombres todos,  
la sombra de un solo árbol!  
Y a la sombra de un árbol, muchas veces  
ha sufrido; ha sufrido y ha callado.

Y viendo que la aurora ya subía,  
recé como en el Veda: ¡Levantaos!  
Adoremos la Luz; la noche santa  
ha pasado.

Y cantaban los pájaros,  
cien a cien, mil a mil,  
como sabiduría sin palabras:  
¡Tiztijuil! ¡Tiztijuil! ¡Tiztijuil!

ARTURO CAPDEVILA  
(Cordobés)

## DE “MONTARAZ”

En lo más encarnizado del combate se había destacado un joven paisano que, al frente de un grupo de lanceros, llevaba frecuentes cargas al centro de las indiadas que traía el enemigo, abriendo anchos claros en cada embestida. Y durante la retirada, marchando a retaguardia, se le vió volver cara varias veces, al sentir en la espalda como un latigazo el alarido feroz: *Ayucá — pá! Ayucá — pá!* (1) con que los caciques azuzaban a la chusma, mientras los clarines voceaban, lúgubres, a degüello...

Hubo un momento en que las boleadoras de un tape se envolvieron a las patas del lobuno que montaba el paisano; el jinete lo sofrenó de golpe haciéndolo rayar con los corvejones y las boleadoras cayeron al suelo. Pero el enemigo ya estaba encima amagando un lanzazo al gaucho, que giró velozmente hundiendo las rodajas en los ijares del caballo; el animal enloquecido se abalanzó cubriendo con su cuerpo al jinete, en el mismo instante en que el rejón se le hundía en los encuentros hasta el hueso, y la tacuara saltaba hecha astillas.

Al propio tiempo, la daga del paisano relampagueaba en alto para caer sobre la cabeza del contrario y lo volcaba de costado.

Un nuevo hachazo le hacía soltar las riendas y el cuerpo del herido se deslizaba por el costillar hasta quedar colgado de un estribo. Rápidamente el jinete se tiró al suelo, y de un solo tajo certero lo degolló. Luego de un brinco se enhorquetó al caballo del enemigo y huyó a incorporarse a los suyos.

---

(1) Maten, maten muchos; hagan estragos.

El lobuno dió unos pasos bamboleantes relinchando con la cabeza vuelta hacia el fugitivo, hasta que un borbollón de sangre le cortó bruscamente el resuello; estremeciése todo su cuerpo con temblor convulsivo, dobló las rodillas hipando y se desplomó muerto junto al cadáver del indio...

Aquel paisano era Apolinario Silva que empezaba a cumplir su juramento. La suerte, sin embargo, le había sido adversa en las primeras jornadas. El invasor aún era dueño de su pago. ¡Ah!, pero él y los suyos tendrían alientos para rescatarlo, se lo decía el corazón con su latir sereno, infundiéndole bríos.

Al caer la tarde, la diezmada columna hizo alto en las barrancas de un arroyo. Ramírez pasó revista, alentando las tropas con frases viriles y rudas. No era necesaria mucha elocuencia para enardecerlas: el temple de aquellos caracteres altaneros estaba formado por un común linaje. Traían además la herida sangrando y sólo anhelaban volver al encuentro para tentar el desquite.

— ¡Vencer o morir libres! — gritó alto el caudillo, irguiéndose en los estribos con imponente ademán, y un solo grito vibró, bronco y bravío en la soledad de la muda llanura, agitando los pechos taurinos de sus rudos montoneros, mientras todas las miradas se fijaban anhelosas en el bizarro jinete.

Tenía treinta y cuatro años. De estatura elevada y robusta musculatura; ancho el pecho, de fuerte armazón huesosa y el busto erguido con esa altivez del gesto dominador. El rostro hermoso, blanco, pálido, sombreado por ese color que imprimen la intemperie y los rigores de la vida campestre. La nariz aguileña, de correcto perfil, se alzaba sobre los labios imperativos; la cabeza algo abultada, llena de fuerza y energía, estaba cubierta por una espesa cabellera, que echaba hacia atrás en largos rulos, renegrida como las cejas y las patillas que usaba a la pernil. El resto de la barba y el bigote lo llevaba completamente rasurado.

Pero lo que atraía principalmente la atención eran los ojos, ardientes, imperiosos e irresistibles que brillaban con reflejo acerado bajo el arco sombrío de las cejas, acusando la decisión y bravura de la entraña.

Vestía con sencillez gruesa casaca militar, pantalón angosto con vivos rojos, y un sombrero bajo de amplias alas que volcaba con cierta altanería hacia la nuca, para dejar descubierta su frente abultada de revoltoso.

Un poncho de paño punzó, abierto en forma de capa, caía en sueltos pliegues sobre la espalda hasta cubrir el anca del fogoso caballo. Ancha espada de recia empuñadura pendía de la cintura, y apoyada en el estribo, sostenía con la diestra una flexible lanza de doble media luna y grandes pasadores cincelados, desde el cuento a la aguda moharra.

Fuertes botas de cuero, calzadas con pesadas espuelas de plata, completaban el sencillo traje que, a pesar de su elevada jerarquía militar, poco se singularizaba del que usaban los estancieros ricos de la época.

MARTINIANO LEGUIZAMÓN

(Entrerriano)

## EL DESIERTO

(FRAGMENTO)

La canoa se deslizaba costeano el bosque, o lo que podía parecer bosque en aquella obscuridad. Más por instinto que por indicio alguno Subercasaux sentía su proximidad, pues las tinieblas eran un solo bloque infranqueable, que comenzaban en las manos del remero y subían hasta el cenit. El hombre conocía bastante bien su río, para no ignorar dónde se hallaba; pero en tal noche y bajo amenaza de lluvia, era muy distinto atracar entre tacuaras punzantes o pajonales podridos, que en su propio puertito. Y Subercasaux no iba solo en la canoa.

La atmósfera estaba cargada a un grado asfixiante. En lado alguno a que se volviera el rostro, se hallaba un poco de aire que respirar. Y en ese momento, claras y distintas, sonaban en la canoa algunas gotas.

Subercasaux alzó los ojos, buscando en vano en el cielo una conmoción luminosa o la fisura de un relámpago. Como en toda la tarde, no se oía tampoco ahora un solo trueno.

— Lluvia para toda la noche — pensó. Y volviéndose a sus acompañantes, que se mantenían mudos en popa: — Pónganse las capas — dijo brevemente. — Y sujétense bien.

En efecto, la canoa avanzaba ahora doblando las ramas, y dos o tres veces el remo de babor se había deslizado sobre un gajo sumergido. Pero aun a trueque de romper un remo, Subercasaux no perdía contacto con la fronda, pues de apartarse cinco metros de la costa podía cruzar y recruzar toda la noche delante de su puerto, sin lograr verlo.

Bordeando literalmente el bosque a flor de agua, el remero avanzó un rato aún. Las gotas caían ahora más densas, pero también con mayor intermitencia. Cesaban bruscamente,

como si hubieran caído no se sabe de dónde. Y recomenzaban otra vez, grandes, aisladas y calientes, para cortarse de nuevo en la misma obscuridad y la misma depresión de atmósfera.

— Sujétense bien — repitió Subercasaux a sus dos acompañantes. — Ya hemos llegado.

En efecto, acababa de entrever la escotadura de su puerto. Con dos vigorosas remadas lanzó la canoa sobre la greda, y mientras sujetaba la embarcación al piquete, sus dos silenciosos acompañantes saltaban a tierra, la que a pesar de la obscuridad se distinguía bien, por hallarse cubierta de miriadas de gusanillos luminosos que hacían ondular el piso con sus fuegos rojos y verdes.

Hasta lo alto de la barranca, que los tres viajeros treparon bajo la lluvia, por fin uniforme y maciza, la arcilla empapada fosforeció. Pero luego las tinieblas los aislaron de nuevo; y entre ellas, la búsqueda del sulky que habían dejado caído sobre las varas.

La frase hecha: «No se ve ni las manos puestas bajo los ojos», es exacta. Y en tales noches, el momentáneo fulgor de un fósforo no tiene otra utilidad que apretar en seguida la tiniebla mareante, hasta hacernos perder el equilibrio.

Hallaron, sin embargo, el sulky, mas no el caballo. Y dejando de guardia junto a una rueda a sus dos acompañantes, que, inmóviles bajo el capuchón caído, crepitaban de lluvia, Subercasaux fué espinándose hasta el fondo de la picada, donde halló a su caballo, naturalmente enredado en las riendas.

No había Subercasaux empleado más de veinte minutos en buscar y traer el animal; pero cuando al orientarse en las cercanías del sulky con un:

— ¿Están ahí, chiquitos? — oyó:

— Sí, piapiá.

Subercasaux se dió por primera vez cuenta exacta, en esa noche, de que los dos compañeros que había abandonado a la noche y a la lluvia eran sus dos hijos, de cinco y seis años, cuyas cabezas no alcanzaban al cubo de la rueda, y que, juntitos y chorreando agua del capuchón, esperaban tranquilos a que su padre volviera.

Regresaban por fin a casa, contentos y charlando. Pasados los instantes de inquietud o peligro, la voz de Subercasaux

era muy distinta de aquella con que hablaba a sus chiquitos cuando debía dirigirse a ellos como a hombres. Su voz había bajado dos tonos; y nadie hubiera creído allí, al oír la ternura de las voces, que quien reía entonces con las criaturas era el mismo hombre de acento duro y breve de media hora antes. Y quienes en verdad dialogaban ahora eran Subercasaux y su chica, pues el varoncito — el menor — se había dormido en las rodillas del padre.

Subercasaux se levantaba generalmente al aclarar; y aunque lo hacía sin ruido, sabía bien que en el cuarto inmediato su chico, tan madrugador como él, hacía rato que estaba con los ojos abiertos esperando sentir a su padre para levantarse. Y comenzaba entonces la invariable fórmula de saludo matinal, de uno a otro cuarto:

- ¡Buen día, piapiá!
  - ¡Buen día, mi hijito querido!
  - ¡Buen día, piapiacito adorado!
  - ¡Buen día, corderito sin mancha!
  - ¡Buen día, ratoncito sin cola!
  - ¡Coaticito mío!
  - ¡Piapiá tatucito!
  - ¡Carita de gato!
  - ¡Colita de víbora!
- .....
- .....
- .....

HORACIO QUIROGA

(Argentino)



## SANCTI - SPIRITU

(DEL EPISODIO NACIONAL LUCÍA MIRANDA)

La América encantada,  
Mágico edén de luz y de armonía  
Que el genio de Colón arrancó un día  
De la mar ignorada,  
Fué para la anhelante fantasía  
Del hijo de la España  
Arca inmensa de insólito tesoro.  
¡Cuánta loca quimera, qué visiones  
No alborotó en su mente aquella extraña  
Desconocida tierra  
Que él pobló de fantásticas creaciones:  
Ríos de plata con arenas de oro  
Sobre lecho de ricos minerales;  
Y mares de zafiro fulgurantes  
Con arcos deslumbrantes  
De pintados magníficos corales,  
Y peñascos de perlas nacaradas;  
Con grutas encantadas  
Encerrando en sus senos misteriosos  
Caudales prodigiosos!  
Do quiera, en fin, bajo el fecundo suelo,  
Inagotables minas  
De innúmeros diamantes luminosos  
De ópalos bellos y esmeraldas finas.  
Y los hijos de España  
Ansiosos se lanzaron tras aquella  
Grata *promesa de oro*,  
Dejando el suelo de la patria bella,  
Arrostrando la saña  
Del furibundo mar, sobre la prora

De la nave atrevida,  
Para encontrar a veces solamente  
La muerte aterradora  
En aquella región desconocida.

---

Y así estamparon su valiente huella,  
De América en la orilla,  
Desde el golfo de Méjico espumoso  
Hasta el estrecho hermoso  
Que el pie acaricia de mi patria bella,  
Impávidas legiones  
De aventureros mil, que delirando  
Con locos y fantásticos ideales  
Y ardiendo en sed de oro,  
Cavaban de la tierra las entrañas  
Para apagar su fiebre de caudales:  
Anhelado tesoro  
Que al sepultarse en el abismo, avaros  
Dejaban por doquiera  
Bajo la lumbre límpida del cielo  
De América fecunda, cuyo suelo  
Orientales riquezas a porfía  
En cambio solamente  
De la labor honrada les daría.

---

Y así también llegaron a la orilla  
Del Plata, en sus arenas  
Clavando el estandarte de Castilla,  
Juan Díaz de Solís, hábil piloto,  
Víctima del salvaje  
Señor del Uruguay y sus riberas,  
Y el valiente Gaboto,  
Que, más dichoso que Solís, surcando  
Del Plata el oleaje,  
Llegó al grandioso Paraná, ese río  
Remedo de la mar, que murmurando

Con sonora armonía  
Va de perlas y espumas salpicando  
Los anchos llanos de la patria mía.

---

Surcó atrevido su raudal ligero  
Luchando a cada paso con el fiero  
Morador de sus playas,  
Y fué a clavar la hispánica bandera  
Do con lados de perlas y de nácar  
Forman ángulo hermoso  
El Paraná armonioso  
Con el plácido extremo del Tercero.

---

En aquellas magníficas llanuras,  
Bajo los verdes bosques  
Que bordan la extensión de la ribera,  
Cuyo espeso ramaje  
Teje la cariñosa enredadera,  
Entonces levantaba  
Su adüar el indígena salvaje:  
El Timbú, valeroso  
Como el ágil jaguar de la espesura,  
Libre como el pampero impetüoso  
Que cruza, murmurando, la llanura;  
Sobre los fuertes hombros  
Desceñida la inculta cabellera,  
Cruzado al pecho su carcaj repleto,  
Reinaba por completo  
A la voz de su jefe,  
En el río, en el bosque, en la pradera.

---

En su mismo dominio el veneciano  
Puso la planta altiva con su gente  
Paz brindando al Timbú, que más humano

Mas no menos valiente  
Que los demás del mundo americano,  
O tal vez fascinado  
Por la altiva actitud del extranjero,  
Se retiró sombrío  
De la ribera de su patrio río,  
La arrebatada libertad llorando,  
Dejando abandonado  
Al veneciano audaz el teatro inmenso  
De su poder perdido, mas llevando  
En el fondo del alma  
Sombría soledad, fúnebre calma  
Mil veces más fatal que la tormenta!  
Y ya de la comarca  
Dueño Gaboto, sobre el ancho río  
Se enseñoreó con su atrevida barca,  
Y el pendón español flameó triunfante  
En su mano arrogante  
En los dominios del Timbú bravío!  
Y dominó la escena  
Desde la altiva almena  
Del fuerte castellano *Sancti-Spiritu*:  
Primera construcción que en este suelo  
El genio levantó de la conquista,  
Y que el tiempo en su vuelo  
(¿Qué hay que a su soplo destructor resista?)  
En ruina ha convertido;  
Monumento primero que señala  
Sobre la arena movediza el paso  
Del héroe hispano de inmortal memoria  
A quien cabe la gloria  
De haber con su ambición arrebatado  
Al salvaje un magnífico diamante  
Por el polvo empañado  
De barbarie feroz, para ponerlo  
Pulido y fulgurante  
Del progreso en la fúlgida corona!  
De ese fuerte derruido  
Los muros verdinegros do se estrella  
Gimiendo el oleaje estremecido,

La primera jornada presenciaron  
De esta historia sangrienta  
Que, al través de los siglos,  
Hoy las cenizas de sus ruinas cuenta!

---

Tras dos años de lucha formidable  
En aquellas regiones, del destino  
Con el genio implacable,  
Sintiendo dentro el alma la nostalgia,  
Hacia la dulce orilla inolvidable  
De su querida España,  
Volvió Gaboto de su bajel la prora:  
Partió a aplacar la saña  
Con que su honor, en su país, traidora  
La calumnia manchara,  
Dejando a Sancti-Spíritu  
Confiado al mando del valiente Lara.

---

¡Ay! de Gaboto la partida impía  
La introducción sombría  
Fué de esta historia que mi lira canta,  
Porque ella principió desde aquel día  
En que por vez postrera  
Puso el marino la atrevida planta  
Del Paraná gigante en la ribera.

---

Para ya no volver partió Gaboto,  
Y en el recinto mísero del fuerte,  
Al azar peligroso abandonados  
De su ignorada suerte,  
Quedaron para siempre sus soldados.



CELESTINA FUNES  
(Santafecina)

## ÍNDICE

	Página
— Prólogo .....	5
— Río Nativo (poesía).....	7

### I PARTE

1 — Nobles amigos.....	11
2 — Serrana.....	12
3 — Columbina.....	14
4 — Un viaje a Paraná.....	16
5 — Flor de tuna (poesía) — R. Tudela.....	19
6 — El derecho a ser argentino.....	21
7 — Oración (poesía) — Ricardo Rojas.....	23
8 — La blanca tejedora.....	24
9 — Tela antigua.....	29
10 — Un pastorcito se ha muerto (poesía) — R. Jijena Sánchez.....	32
11 — Los pollos finos.....	34
12 — La danza de la flecha.....	38
13 — Canto a España y la Argentina (poesía) — Magnolia A. Millán.....	39
14 — Harto ají.....	41
15 — Bajo la nieve.....	45
16 — Y fué así.....	46
17 — De la vida nortea (con láminas).....	48
18 — Trapito (poesía) — Nilo Carrión Correa.....	52
19 — Marcelino.....	53
20 — Cava con paciencia. Ahonda con amor.....	57
21 — De la vida montañesa.....	60
22 — Canto al trabajo.....	61
23 — Noches de club.....	63
24 — La página blanca (poesía) — Belisario Roldán.....	68
25 — Por los campos de Santa Fe.....	69
26 — Lucía Miranda (fragmento) — Celestina Funes.....	73
27 — En las ruinas de un fortín.....	75
28 — Escuchando «Si yo fuera rey»... (poesía) — Magnolia A. Millán.....	82
29 — Pasaje del Paraná (con lámina).....	83
30 — Unidos de la mano.....	86
31 — De San Juan.....	88
32 — San Rafael.....	91

33 — Recuerdos de vida ribereña.....	100
34 — Navidad.....	105
35 — ¿Cantar?... Siempre canté (poesía) — Etelvina Soto y Calvo	110
36 — San Martín en Boulogne-sur-Mer (con lámina).....	111
37 — Tierra del Fuego.....	113
38 — El rosario de San Antonio.....	115
39 — Expedición al desierto (con láminas).....	120
40 — La muerte del toro (poesía) — Juan Carlos Dávalos.....	124
41 — ¿Homenaje a la Patria?.....	125
42 — Por el Oeste argentino.....	129
43 — Samay - Huasi.....	132
44 — Momentos.....	134
45 — La vendimia en San Juan.....	137
46 — Visión (poesía) — Magnolia A. Millán.....	139
47 — La red caminera.....	140
48 — Impresión serrana.....	142
49 — Argentina, tierra de promisión (con lámina).....	145
50 — Palabras pidiendo un día de lluvia (poesía) — Alfredo R. Bufano.....	147
51 — «No me acuerdo del nombre de esta chinita».....	149
52 — Monumento al ejército de los Andes (con láminas).....	153
53 — Alma provinciana (poesía) — Ataliva Herrera.....	157
54 — A un río provinciano.....	160

## II PARTE

— Páginas literarias.....	165
55 — Sacha médico (poesía) — Rafael Jijena Sánchez (Tucumano)	166
56 — «El rosal de las ruinas» (fragmento)—Belisario Roldán (Porteño)	168
57 — De «Los caminos de la muerte»—Manuel Gálvez (Santafecino)	170
58 — El Dorador (fragmento) — Leopoldo Lugones (Cordobés)...	173
59 — De «Don Segundo Sombra» — Ricardo Güiraldes (Bonaerense).....	176
60 — En el monte — Juan Carlos Dávalos (Salteño).....	182
61 — De «Blasón de Plata» — Ricardo Rojas (Santiagueño).....	186
62 — La Visión del Bosque — Arturo Capdevila (Cordobés).....	190
63 — De «Montaraz» — Martiniano Leguizamón (Entrerriano)....	196
64 — El Desierto — Horacio Quiroga (Argentino).....	199
65 — Episodio histórico: Lucía Miranda — Celestina Funes (Santafecina).....	202



